

UNIV. OF ARIZONA

mn

Maria Enriqueta/El misterio de su muerte



3 9001 03977 8181



Digitized by the Internet Archive
in 2024





MARIA ENRIQUETA

EL MISTERIO
DE SU MUERTE...

NOVELAS



EL MISTERIO DE SU MUERTE...

OBRAS DE MARIA ENRIQUETA

Rumores de mi huerto (poemas).

Rincones románticos (poemas).

Rosas de la infancia (lecturas escolares en cuatro tomos.

Obra de texto en las escuelas de la República Mexicana).

Mirlitón (novela).

Jirón de mundo (novela).

Sorpresas de la vida (novelas).

El secreto (novela).

Entre el polvo de un castillo (cuentos).

Enigma y símbolo.

El misterio de su muerte... (novelas).

Album sentimental (poemas, en prensa, con ilustraciones de la autora).



MARIA ENRIQUETA

EL MISTERIO DE SU MUERTE...

NOVELAS



COLECCIÓN CONTEMPORANEA.-CALPE

ES PROPIEDAD
Copyright by María Enriqueta, Madrid, 1926



Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

TALLERES CALPE, RÍOS ROSAS, 24.—MADRID

EL ARDID

74521

EL ARDID

El reloj estaba próximo a marcar las cinco de la tarde, y los empleados del Banco se aprestaban a la salida.

Luis y Germán, que no parecían darse cuenta de la hora, continuaban hablando en voz baja, puesto el codo sobre la carpeta de paño verde que cubría la extensa mesa cargada de papeles.

—Pues mira lo que son las cosas de este mundo—dijo Luis, continuando la charla—. Yo estaría encantado de que mi mujer no me celase, porque... verdaderamente, no tengo con ella un solo instante de paz...

—¡Dichoso tú!—exclamó Germán con acento impetuoso de envidia—. Porque ya te dije, y te lo repito una y mil veces, que yo vivo desesperado y en cavilación perpetua, porque mi Beatriz no me cela jamás. Aun no sorprendo en ella una sola mirada, un arranque cualquiera que revelen ni la más pequeña manifestación de celos... ¿Por qué?, me pregunto. ¿A qué obedece esto? ¿Es que Beatriz no me ama? Y como yo no comprendo el amor sin celos... Esto hace que mil dudas me hiervan en la cabeza. A veces pienso en el orgullo de

Beatriz—porque, eso sí, a orgullosa no le gana nadie—; y entonces me digo: «Es el orgullo el que la obliga a esconder sus celos.» Y esto me calma. Pero luego vuelven mis dudas, vuelven mis cavilaciones: «¿Será que no me quiere?... ¿Será que le soy indiferente?...» Sí, no cabe duda: es eso—repito desesperado—. Y ¿sabes?, hasta me viene la idea de probarla, sí, de probarla, haciendo la corte a otra mujer... delante de ella... Porque he llegado al delirio... Esto es como una obsesión que me persigue día y noche, como una enfermedad... Sólo un temor me ha detenido para no llevar al cabo el proyecto de cortejar a otra mujer: el de perder a Beatriz; porque es tan orgullosa, que no me perdonaría ese pecado ni aunque yo le jurase que lo había cometido solamente para probar su amor. Y acabaría por abandonarme...

Germán se llevó las manos a la frente y lanzó un suspiro ahogado, que era mitad desesperación, mitad sufrimiento.

—Nadie está contento con la suerte que le toca —dijo Luis—. Yo me sentiría dichoso en tu lugar, y tú no lo eres. Pero aquí lo cierto es que no hay razón para que dudes del cariño de Beatriz. ¿A qué fin vendrían sus celos, si tú vives de rodillas a sus pies?... ¿Cuándo le das ocasión para que tema un engaño? Lo que tú juzgas en ella frialdad, se llama confianza. Es preciso que así lo entiendas. Adviértelo tú mismo; sé razonable...

Quedó callado Germán, como si estuviese me-

ditando alguna cosa. Y pocos momentos después, el reloj dió las cinco.

—¿Nos marchamos?—dijo Luis, levantándose de la silla y dando una palmada afectuosa en el hombro de su amigo.

—Yo me quedo aún—respondió Germán, abandonando su actitud de preocupación y aprestándose a tomar la pluma—. Tengo algunos asuntos pendientes. Me iré más tarde.

—En tal caso, te espero en el café; ya charlaremos largo... Hasta luego.

Luis salió, y Germán, febrilmente, abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un papel. Acababa de tener una inspiración feliz: había por fin encontrado el proyecto que de tiempo atrás buscaba, el proyecto único que, sin exponerle al desprecio de su mujer, serviría para probar los celos de ésta. ¡Oh, momento dichoso!... Aquella idea le había venido de pronto, como relámpago vivaz que alumbra un cielo entenebrecido.

Mojó la pluma en el tintero, y desfigurando los caracteres de la letra, escribió sobre aquel papel estas breves palabras:

«Abril 3 de 1925.

»Adorado Germán: Ya que nuestra cita de ayer fracasó, confío en que la de mañana será tan bella como las otras. Con ansia te espero. No te olvides de tu

LUISA.»

Dobló convenientemente ese papel, y se lo guardó en el bolsillo. Después tomó un pliego gris, donde estaban grabadas sus iniciales, copió en él, con igual carácter de letra, lo que acababa de escribir en el papel anterior, y agregó al final, ya sin designar la escritura, estas palabras:

«Copia exacta de la carta que de mi puño y letra he escrito hoy para poner a prueba los celos y el cariño de la mujer que adoro. Esta copia queda guardada en el cajón número 3 de la mesa en que trabajo, el cual cerraré, llevándome la llave. Una vez conseguido mi objeto de ver celosa a la que tanto quiero, le entregaré dicha llave para que se convenza de mi lealtad, abriendo ella misma este cajón, y leyendo lo que aquí dejo escrito. Firmo con mi nombre y rúbrica.

GERMÁN DEL RÍO.»

Concluída esta carta, la guardó en el cajón, cerrando éste con llave.

El proyecto de Germán era el siguiente: dejar caer en el suelo de su biblioteca el papel que se había guardado en el bolsillo, para que al día siguiente, a la hora de las faenas de la casa, Beatriz, que tenía por costumbre dirigir personalmente las labores de la doncella en el estudio de Germán, viese aquella carta, la levantara del suelo y la leyera...

El plan no fallaría. La mancha clara de aquel papel se destacaría vivamente sobre el fondo obscuro de la alfombra. Beatriz vería esa carta, Beatriz la leería... ¿Qué ocurriría después de aquella lectura? Eso era lo que Germán quería saber; esa incógnita era la que había que despejar cuanto antes... Y se despejaría, sí, se despejaría... ¡Lástima que no pudiese hacerse desde luego!...

Largo, muy largo parecíale a Germán el tiempo, cuando pensó que hasta la mañana siguiente no podría llevar al cabo su proyecto. ¿Lograría por fin ver celosa a Beatriz?... ¡Dios santo! Eso sería un placer sin nombre... Adelantaba la escena en su pensamiento, y asistía a ella claramente: Beatriz, con la carta en la mano, pálida, tambaleante, se llevaba la diestra al corazón y caía en el diván, anegada en lágrimas, ahogada por los sollozos... Entonces Germán, que estaría tras de la puerta del estudio, entraría precipitadamente, caería de rodillas ante ella y le diría sonriendo:

—¡Es mentira, es mentira! ¡No te engaño, no puedo engañarte, porque te adoro!... Sólo ha sido un subterfugio, un ardid... He aquí la llave que guarda las pruebas de mi lealtad... Ve a mi mesa, abre el cajón, saca el pliego gris que está allí, y lee, lee... ¡amor mío, vida mía!...

Y siempre de rodillas, siempre en actitud de adoración, le explicaría sus dudas, sus cavilaciones, su dolor, la eterna preocupación que le había empujado hasta poner en planta un proyecto loco,

ese proyecto que le había hecho sufrir por algunos instantes... Pero ya, ya había pasado todo; nada era verdad: ni la indiferencia de ella, ni la infidelidad de él... Todo había sido como en los malos sueños: ficticio, irreal. La única, la sola verdad era que se querían, que se adoraban, que eran dichosos...

Germán, cuya imaginación exaltada le había obligado a vivir esta escena, volvió de pronto a la realidad, y se encontró solo, ante su mesa de trabajo, con la frente apoyada en la mano y los ojos clavados en la pared. Una sensación de frío le recorrió el cuerpo... Se estremeció nerviosamente, se levantó de la silla, tomó de la percha su sombrero, y salió.

Al cruzar la puerta y verse en plena calle, volvió a pensar en su proyecto, y se dijo:

—Mañana mismo...

Pero ¿quién es capaz de asegurar lo que hará mañana, cuando somos hojas llevadas por el viento?...

Germán, que comenzaba a medir a largos pasos la acera, sintió de pronto que la respiración le faltaba; un sudor frío le bañaba la frente, y las cosas, ante su vista, parecían huir, alejarse hasta empequeñecerse, hasta volverse microscópicas... Sorprendido, intentó buscar la causa de aquel trastorno; levantó el rostro y fijó los ojos en la parte alta de las casas, pero éstas parecían venir-sele encima... Tuvo entonces la sensación del va-

cío, y se acercó a la pared para no caer. En ese momento pasaba un obrero, quien, al verle pálido y con la mirada extraviada, se acercó a prestarle auxilio.

—Haga la buena obra de acompañarme a casa—dijole Germán, trabajosamente—. Me siento enfermo. Vivo en la calle de la Paz, número 3.

El obrero le tomó por el brazo, y los dos emprendieron la marcha. Por fortuna la calle de la Paz no estaba muy lejos del Banco; pero el trayecto le parecía a Germán un suplicio. El piso huía bajo sus pies, el aire le faltaba más a cada momento, y la lengua se le entorpecía. Hubiera querido dar las gracias al hombre que le guiaba con tanta solicitud y empeño; pero su lengua era una cosa inútil, una pesa de plomo que no quería moverse...

Germán tuvo miedo. Comprendió que algo grave le ocurría; pensó en un ataque al cerebro, en algún trastorno del corazón... ¡Qué violencia para que la enfermedad nos asalte en el camino y nos eche encima su garra despiadada!... Germán, con sorpresa y con angustia, medía el tamaño de su mal. El cerebro guardaba perfecto estado, pero el cuerpo entero estaba en desequilibrio; los pies casi no obedecían, el tacto faltaba en las manos. Quiso al llegar a la puerta de su casa, que era un hotel de bella apariencia, oprimir el botón de la campanilla; pero los dedos no atinaban con el sitio preciso; Germán quería darles una dirección,

y ellos se empeñaban en tomar otra... Esto acabó de acobardarle. La fuerza moral, que era la que le tenía aún en pie, le abandonó por completo, y hubiese caído en las baldosas si su acompañante, que era un hombre corpulento, no le hubiera sostenido con fuerza.

En este instante la puerta se abrió, y una hermosa mujer, alta, distinguida, con traje y sombrero gris perla, apareció en el dintel: era Beatriz, que salía de paseo.

Un ronquido ahogado de Germán y un grito penetrante de su mujer, se mezclaron trágicamente en el dintel de aquella puerta.

El obrero explicó el caso. Germán nada podía decir; sus ojos, de mirada vaga e indecisa, se clavaban en los de Beatriz con humildad dolorosa... Y la pobre mujer, presa de una inmensa angustia, se arrojó sobre Germán con los brazos abiertos, mientras llamaba precipitadamente para que la servidumbre saliese a prestar auxilio.

Los criados acudieron a toda prisa, y Germán fué transportado a su lecho.

Desde aquel instante, la confusión reinó en la casa. Una junta de médicos declaró que se trataba de la descompensación violenta del corazón, y que aquello no tenía remedio.

Oxígeno, inyecciones, sinapismos... todo se hizo; pero todo parecía inútil.

Entró el sacerdote, entraron con él los Santos Oleos, y la Muerte comenzó también a prepararse

para penetrar en la alcoba, acechando cautelosamente desde la puerta... Ya su hálito envolvía la casa como una niebla misteriosa. Los rostros de los visitantes se habían tornado graves; los labios hablaban en secreto; en los ojos de todos había una sospecha medrosa...

Beatriz, arrodillada junto al lecho de Germán, le besaba las manos, le dirigía los más dulces nombres, y rezaba, rezaba con tal fuerza de intención, que las palabras parecían salir por sus labios solidificadas, como cuentas macizas... La piadosa Virgen tendría lástima de ella, de su hija devota, que ningún día se olvidaba de poner nuevas flores en los vasos... No, no era posible que Germán muriese... Viviría, viviría, y entonces, juntos los dos, cruzarían la iglesia de rodillas y se llegarían así hasta los pies de la madona, para besar la fimbria de su manto y llorar, llorar de placer, de ventura, de agradecimiento... ¡Oh santísima Señora! ¡Cómo había de ser posible que cerrase los oídos y no quisiera escuchar aquellos humildes y ardientes ruegos!... No, no podía ser: la Virgen oiría, la Virgen haría el milagro...

Beatriz mojaba con sus lágrimas las manos de Germán, y éste, que aun conservaba claro el cerebro, se hacía cargo de aquel dolor. ¡Qué mejor prueba—se decía—para su desconfianza! El destino se la estaba presentando más espontánea, más palpable y más pronta de lo que podía esperarse... Porque ciertamente, ¿no era una muestra

real del amor de Beatriz aquel dolor, aquel gigante dolor que había matado el rosa de sus mejillas, que le había enflaquecido en breves minutos el rostro, que le había puesto hielo en las manos, temblores en el cuerpo y en la voz, lágrimas abundantes en los ojos?... No, no había duda ya: Beatriz le amaba. Mas ¡oh, cruel suerte! Cuando él ya tenía la prueba plena del gran amor de esa mujer, la muerte quería interponerse entre los dos, quería separarlos...

Germán hizo un esfuerzo para erguirse y abrazar a Beatriz, pero no pudo avanzar hacia ella; quiso entonces acariciarle el rostro, pero sus manos, pesadas y duras, tomaban otro rumbo; intentó decir algo, mas el habla no acudió a sus labios...

La tarde entera había pasado Germán en esa lucha cruel. Luego, vino la noche, y el fin parecía llegar también. Los médicos lo habían dicho ya: aquello sería muy breve.

—Mejor así—agregaron—, porque de este modo el enfermo sufre menos.

Sonaban ya las once. Más que con el pensamiento, con el instinto quería Germán asirse a la vida; pero ésta se escapaba, se escapaba... Si hubiera tenido forma, la habría visto claramente como un objeto que huye, que rueda, que se empequeñece a la distancia, que se esfuma y que desaparece al fin... Una especie de niebla comenzaba a interponerse entre él y Beatriz. Quería llamarla, gritarle, pero nada podía contra aquella masa de

bruma pesada que caía sobre él, sofocándole, aplastándole, aniquilándole... De pronto, una sensación misteriosa pareció arrancarlo al peso que le oprimía; un gran hueco se abrió bajo sus pies, y en seguida, su cuerpo comenzó a hundirse en él, lentamente, como cubo que baja al fondo de un pozo... Agudo calofrío hirió su medula espinal, y el cerebro funcionó todavía con un último pensamiento de temor que le hizo volver a Dios el espíritu... Después, Germán perdió el conocimiento, y minutos más tarde, las sombras de la muerte se pintaron en su frente y en sus labios...

Beatriz, al verle inmóvil, le creyó dormido; apoyó levemente la boca en los dedos de Germán, y un rayo de esperanza le entró en el corazón. El enfermo no se quejaba... ¿Sería que la crisis había pasado y que llegaba ya la quietud, el descanso del que, tras larga y dura brega con la muerte, se ve de pronto libre de ella? Beatriz no se atrevió a levantar los ojos para ponerlos en los de Germán: tuvo miedo de un bárbaro desengaño; quedóse inmóvil, y entre el profundo silencio que reinaba, pensó en su vida, en aquellos dos años de suave y quieta ventura pasados al lado de Germán. Durante ellos, nada había alterado la paz de la casa. El amo de ella era un dechado perfecto de bondades. Beatriz recordaba una a una sus delicadezas. ¡Con qué ternura le colocaba en sus hombros el abrigo, a la salida del teatro! Al cruzar las esquinas, la llevaba casi en peso para defenderla

de los carruajes; en la mesa le mondaba la fruta; nunca volvía de la calle con las manos vacías: los pastelillos, los bombones, las flores, algo había de traer para ella.

—Tu sombrero no va ya con la moda—le decía—. Precisa que te compres otro.

Y Beatriz, que acababa de escogerlo en una de las mejores tiendas, respondía con gran calma:

—Te engañas, querido; aun está nuevo y en boga. Habrá que irte a la mano para evitar locuras...

Pero él insistía, y la escena sólo terminaba cuando Beatriz prometía formalmente llegarse a la tienda para comprar, al menos unos guantes, unos pañolillos, un perfume. ¡Oh, qué generosidad la de Germán! Gracias a que Beatriz era una mujer juiciosa, que aborrecía el derroche. De otro modo, las economías hubieran faltado en los cajones. Pero Germán todo lo quería para ella.

—Si fuera mago—le decía—, te comprara un mundo...

—¡Basta ya!—respondíale Beatriz—. Preciso es que te vuelvas serio.

Pero Germán, en un ímpetu efusivo, caía de rodillas ante ella, cruzaba los brazos como si estuviese ante una imagen, e inclinándose devotamente, besaba los pies de Beatriz, exclamando con ternura:

—¡Mujercita querida!... ¡Mujercita adorada!...

El recuerdo de esta escena fué tan vivo, que Beatriz sintió de pronto como si le magullasen el

corazón. Levantó violentamente la cabeza, y volviendo a la realidad brutal, clavó los ojos en el rostro de su marido y lanzó un grito agudo.

El médico entraba en esos momentos.

—¡Doctor, por piedad!—suplicó Beatriz, alzando hacia él los brazos—. ¡Es preciso salvarle! ¡Es preciso!...

El médico, tras de hacerse cargo de que todo había concluído ya, sólo pudo decir con voz insegura:

—¡Valor, señora! ¡Valor!...

Beatriz, al oír la temida palabra reveladora, abrió los labios para lanzar un nuevo grito, y cayó sin sentido sobre el gran tapiz que alfombraba el cuarto.

De allí la recogieron brazos piadosos que la llevaron al lecho.

Y no sin consecuencias se reciben golpes tan rudos. Beatriz no pudo levantarse de aquella cama sino tres semanas después, cuando Germán dormía bajo tierra, cuando ya su sepulcro estaba cubierto con una gran losa de mármol, cuando en rededor de aquella losa florecían pensamientos...

¡Oh, qué dolor! Manos extrañas habían vestido el cuerpo de Germán para su viaje al otro mundo; manos extrañas habían encendido los cirios; manos extrañas habían cerrado el féretro...

Beatriz, bañada en lágrimas y sollozando angustiosamente, se incorporó en el lecho ayudada por sus amigas.

Ya una bata negra la esperaba, extendida sobre el diván, con los brazos abiertos...

La viuda, al ver aquella bata y aquel abrazo fúnebre que parecía ofrecerle, volvió sus ojos hacia el cielo, exclamando:

—¡Llévame con él, Dios mío! ¡Llévame pronto!...

.....

Un año hacía ya de la muerte de Germán.

Rosa, la amiga preferida de Beatriz, que días antes del triste suceso había partido para Italia, en viaje de bodas, estaba ya de vuelta, y acababa de entrar en el pequeño salón de la calle de la Paz.

Vestía rico traje de crespón negro, y cubría su cabeza con un velo enlutado.

En espera de Beatriz, examinaba tristemente los cortinajes, los cuadros, los muebles de aquel salón donde tantas veces había visto a Germán suspenso de los labios de su mujer, dispuesto en toda hora a caer de rodillas para besar los pies de Beatriz, calzados siempre con finas zapatillas de raso que el mismo Germán traía de la tienda..! ¡Cuántas veces envidió Rosa la dicha de Beatriz. Y en aquel momento, la envidiada lloraba por un muerto, y Rosa, en cambio, tenía cerca de sí a un compañero solícito, que la envolvía en ternuras...

La puerta del fondo se abrió en ese instante, y Beatriz apareció en ella, un tanto pálida, pero erguida, elegante, vestida con una hermosa bata de seda color de almendra.

Rosa, que esperaba encontrarla guardando to-

davía el luto riguroso de la viuda, pareció desconcertarse al ver el color de su traje; pero Beatriz, después de abrazar efusivamente a Rosa, tomó asiento junto de ella y le dijo tranquilamente:

—Para sorpresas, la vida... Más que de ver el color de mi vestido, habrás de asombrarte cuando sepas que hace cuatro meses, al estar yo cepillando y poniendo en orden la ropa de mi marido, cayó del bolsillo de uno de sus trajes esta carta que echa por tierra todo el edificio que había yo levantado. Lee para que comprendas cuanto digo.

Y Beatriz entregó a su amiga un papel doblado en cuatro, que decía lo siguiente:

«Abril 3 de 1925.

»Adorado Germán: Ya que nuestra cita de ayer fracasó, confiemos en que la de mañana será tan bella como las otras. Con ansia te espero. No te olvides de tu

LUISA.»

Rosa, terminada a lectura, dejó caer los brazos en actitud desconsoladora, y clavando sus ojos en los de Beatriz exclamó con asombro:

—¿Es posible?... ¿Conque te engañaba?...

—Ya lo ves...

—Pero...—agregó Rosa—¿te has enterado bien? El traje de cuyo bolsillo cayó esta carta, ¿no era de los que tu marido llevaba antes de su boda contigo?

—¡Pero no seas ingenua!—respondió Beatriz—. ¿No te parece bastante con la fecha de la carta? Además, no hay ya ninguna ropa de la que Germán llevó siendo soltero. Este papel estaba precisamente en el traje gris que yo le regalé para el día de su cumpleaños...

—¡Dios mío!—dijo Rosa, levantando los ojos hacia el cielo—¡Y yo que creía que te adoraba, que te tenía en un altar, que te veneraba!... Hasta envidié tu dicha... ¡Parecía quererte tanto!...

—¡Ah!—exclamó Beatriz con expresión reconcentrada y sombría—¡El pérfido!... ¡El desleal!...

Wáshington.

EL MISTERIO DE SU MUERTE...

EL MISTERIO DE SU MUERTE...

I

Nunca se me borrará la brusca y terrible impresión que tuve cuando al entrar nuevamente en casa, después de cinco años pasados en aquel colegio extranjero, pregunté a mi madre por tío Rafael.

—Hija mía—me dijo—, no quisimos darte la noticia porque te hallabas lejos de nosotros; pero ahora que estás en tu casa y con tus padres, tendré que decirte la verdad: desgraciadamente, tu tío.... murió poco después que partiste...

Las palabras de mi madre fueron como agujetazos que me traspasaron el corazón; como viento arremolinado que derrumba de pronto un castillo de cristales...

Porque yo, que salí de casa a los catorce años, y que volvía a los diecinueve, había pasado ese largo paréntesis de mi vida pensando deliciosamente en el momento de reunirme de nuevo a mi tío, que era quince años menor que mi padre, a quien éste veía como a un hijo—por ser también

su único hermano—, y que siempre había vivido con nosotros. Ese delicioso pensamiento de ver nuevamente el rostro de tío Rafael y de oírle decir a él, con su voz tan bien timbrada que a mí me parecía una campanilla de oro: «¡Ya estás aquí por fin, querida Alicia!...», había dulcificado mi largo encierro, desparramando en su negrura las luciérnagas de la ilusión...

Por ella, por esa ilusión, más de una vez, al ponerme ante el espejo tal o cual adorno, ya una peinetilla de carey, ya algún lazo de seda, había exclamado con firme acento:

—No; guardemos todo esto para cuando esté yo de vuelta en casa... ¡Necesito adornarme para tío Rafael!...

¡Tan dulce y profundo interés sentía yo por mi tío!... ¡Y él, a su vez, tanto me había preferido siempre, y con tanto calor repetía que no había visto otros ojos más hermosos que los míos!... Me extrañaba, eso sí, que nunca me escribiese al colegio. Pero ya mi madre me había dado muchas veces la explicación, cuando ella y mi padre hacían su viaje anual para visitarme en mi cautiverio: «Mi tío no escribía porque le faltaba el tiempo material para hacerlo; estaba demasiado ocupado. Pero se acordaba mucho de mí.» ¡Ah! ¿Se acordaba?... Pues entonces... aunque no escribiera. Y me pasaba la vida diseñando planes para cuando yo estuviese de retorno en la casa paterna. «Entonces haré tal cosa—pensaba—, tal otra... Llamaré

a tío Rafael de este modo... Le diré de aquél...» Su recuerdo llenaba todos mis momentos libres. «Cuando yo salga del colegio—me decía a menudo—, seré ya una señorita... ¿Y tío Rafael?...»

¡Pensad, pues, cuál sería mi sorpresa dolorosa en ese memorable día, cuando al entrar de nuevo en casa, oí de los labios de mi madre aquella terrible noticia: «Tu tío... murió poco después que partiste...»

La sonrisa quedó helada en mi boca, y el asombro me quitó la palabra.

En un ímpetu corrí de pronto hacia mi padre, que estaba de bruces sobre una mesa, llorando convulsivamente—cosa extraña en él, que era un hombre de hierro—; y mi madre fué detrás de mí, para confortarnos a los dos con sus consuelos bondadosos.

—Hay que pensar en esta niña, que hoy vuelve al hogar—añadió—. Es preciso darle ánimo, ya que ella va a ser ahora nuestro apoyo en tanto sufrimiento.

Mi padre pudo al fin contener el llanto. Se enjugó los ojos, agitó la cabeza como para sacudirse los negros pensamientos, y haciendo con los hombros un ademán que parecía traducir la palabra *Irremediable!*, se levantó de la silla, me tomó cariñosamente por los hombros y me condujo al comedor, donde el almuerzo nos esperaba.

Muy poco apetito sentíamos todos. Mi padre estaba profundamente emocionado, casi sombrío;

y mi madre tenía que esforzarse mucho para darnos ánimo, predicando a mi padre la resignación y la entereza.

Mientras almorzábamos, pude hacer algunas observaciones. Faltaba sobre la chimenea el hermoso y rico juego de bronce, compuesto del reloj y de las dos soberbias ánforas. No estaban en la pared las copias de Rembrandt; y en el fondo había desaparecido el más hermoso de los aparadores, tallado artísticamente como un mueble de rey...

Un temblor me rizó la piel bajo el traje, y una pregunta subió a mis ojos...

—Sí—dijeron a un tiempo mis padres, que parecían ya esperar la interrogación—. También eso se ha perdido: el bienestar.

Y mi madre agregó tímidamente:

—Algunos malos negocios...

—No pido explicaciones—me apresuré a exclamar, extendiendo las manos para acariciar a los autores de mis días—. Ni las pido ni se me deben... Yo sólo busco aquí el calor del cariño; y sé que lo tengo. Lo único que me amarga inmensamente es no encontrar ya en casa a tío Rafael...

Iba a sacar mi pañuelo para llorar libremente, mas como viera en la fisonomía de mi padre que su aire sombrío se acentuaba más y más, me contuve, dando a la conversación nuevos giros. Hablé de mi vida de colegio, de mis estudios, de mi carrera por fin concluída.

—La has terminado más pronto de lo que esperábamos.

—Es que estaba yo ansiosa de volver con vosotros. Por fin lo he logrado. Si no fuera porque tío Rafael ya no se encuentra aquí...

—Procura resignarte, hija mía—dijo mi madre—. Y, sobre todo, ya no hagas mención de esa desgracia, porque a tu padre le impresiona mucho que se hable de ella. Tratemos de aquietar nuestro dolor...

Obedecí a mi madre, fingí serenidad para no aumentar aquella herida abierta que llevábamos todos, y me apliqué a mondar cuidadosamente la fruta servida en mi plato.

Poco después, abandonábamos el comedor. Mi padre se vió precisado a salir como todos los días, para el arreglo de sus asuntos, y mi madre y yo quedamos solas, ocupadas en ordenar la ropa y los objetos que fué preciso sacar de los baúles de viaje.

No había cambios en mi alcoba: era la misma cama de nogal, el mismo armario con su espejo, los mismos sillones junto a la chimenea. Pero excepto ese cuarto, la casa entera parecía haberse mudado a otra parte...

Una tristeza profunda me tenía oprimido el corazón.

—Ya tu padre ha comenzado a equilibrarse en sus negocios—dijo mi madre—. Va salvando por fin la situación, después de luchar mucho tiem-

po... Tú no sabes las privaciones que hemos sufrido, y los días tan amargos que hemos pasado...

Abracé a mi madre para que desahogara su llanto sobre mi pecho, y medité, conmovida, en lo que significaba de cariño abnegado hacia mí la ocultación de tan terribles noticias que me hubieran arrebatado la tranquilidad.

Habría yo querido saber desde cuándo existían esas penas y cuál había sido la causa de semejante-despeñadero en el bienestar económico de mi padre; pero me guardé de hacer preguntas que ahondaran más aquella herida fresca.

—Trabajaré con gusto para ayudar a los gastos—dije con tono valiente y resuelto—. Tengo ya un título, y puedo muy bien...

—No, querida Alicia—respondió mi madre, interrumpiéndome—. Yo sería la primera en pedirte lo que ofreces, si las cosas estuvieran como hace cinco años. Pero ya te repito que la crisis ha pasado y que tu padre va mejorando momento a momento.

Sin preguntarlo, me enteraba de la fecha en que había sido el fracaso. Cinco años hacía... Es decir, días después de que fuí internada en el colegio.

—Entonces—pensé—, tío Rafael pudo, quizás, ahorrarse tan terrible dolor... Como él murió por esos mismos días...

Y un descanso me bajó hasta el alma. Pero ¡ay! después de ese respiro, la pena volvió a subir a mi

garganta para resolverse en un sollozo; porque la muerte de tío Rafael era un hecho irremediable...

Fué entonces mi madre quien me ofreció sus brazos para llorar entre ellos; y fué bien largo el rato que invertí en mis lágrimas. Mas pude otra vez reponerme, y continuamos las dos ordenando la ropa y los objetos, hasta dejar cada cosa en el sitio que le fué destinado.

La tarde acabó prontamente, y, al obscurecer, mi padre estuvo de vuelta en casa. Esperé un momento oportuno, y le manifesté mi deseo vehementemente de ayudarle.

—Si fuera preciso—dijo él también, como mi madre—, aceptaría tu generoso ofrecimiento; pero no es necesario. Ya mis asuntos se han encarrilado bien. Pronto volverá a alumbrarme el sol...

—¡Qué dicha será!—exclamé, abrazando a mi padre—. Todo tendrá remedio,.. menos lo de tío Rafael...

En esos momentos entraba mi madre.

—Vuelvo a rogarte, hija mía, que ya no insistas en hacer evocaciones dolorosas. Advierte cuánto impresionan a tu padre...

En efecto, el semblante de éste adquiría nuevamente ese sello sombrío que desfiguraba por completo su rostro.

—¡Perdón!—dije a los dos—. Prometo enmendarme. Es que la sorpresa y el dolor han sido inmensos para mí... Yo soñaba con abrazar a tío Rafael...

No pude contenerme, y comencé a llorar de nuevo, mientras mis padres, afligidos, trataban de consolarme. Pude al fin acallar mis sollozos, y volví a tomar la palabra para referir largamente cuanto se había relacionado con mi vida en esos cinco años de ausencia. Mis padres parecían olvidar sus pesares mientras yo hablaba. Bien tarde nos recogimos todos, y sólo cuando ya estuve sin testigos en mi cuarto pude llorar verdadera y ampliamente por aquel suceso imprevisto que acababa de echar abajo mi castillo de cristales...

Pocos me entenderán, porque yo era verdaderamente un extraño ejemplar de mujer dada a los sueños. Sólo así puede explicarse que los ojos grises de tío Rafael se hubiesen ido conmigo al partir yo para el colegio, dirigiendo en él mis menores actos y haciéndome esclava... ¿Debo decirlo más claro?... Lo diré, si es que no se ha entendido todavía: el raro atractivo de tío Rafael me había robado el alma; yo le amaba con una devoción profunda y fuerte. Ya con estas confesiones dejo ver que era yo una ilusa. No ha de extrañarse, pues, que me hubiese empeñado con tanta persistencia en acariciar esos sueños. El recuerdo de tío Rafael era una lámpara que iluminaba mi vida...

Saqué del relicario que llevaba al cuello con los retratos de mis padres una pequeña fotografía de mi tío, que yo guardaba de tiempo atrás, y quedé largo rato contemplándola. Era el mismo retrato que me acompañaba en el colegio, el mismo que

yo veía de continuo, sin imaginar jamás que fuese el retrato de un muerto... Al contemplarlo nuevamente, hasta me pareció observar que había en sus ojos grises y profundos cierto sello de melancolía no advertido antes de entonces... Un calor frío me hizo estremecer, y sin darme cuenta, examiné con inquietud los rincones del cuarto... Pero como yo no era propensa al miedo, volví fácilmente a encauzar mi imaginación por el rumbo que llevaba. ¡Qué dolor! ¡Estar ya de vuelta en la casa paterna, y no encontrar a tío Rafael!... Jamás había podido entrar en mis planes esa horrible realidad...

Volví a fijar mis ojos en la fotografía, y volví a advertir lo que nunca había advertido: que una gran sombra de tristeza envolvía todo el rostro, dando al retrato un aspecto nuevo. Hasta me pareció que me habían cambiado aquel retrato: tan extrañas tintas creí advertir en él.

Recordando que esa fotografía era la copia en pequeño de un gran retrato que estaba en el salón, bella y lujosamente encuadrado en un marco de oro antiguo, apresté el oído para enterarme de si mis padres se habían dormido ya, y, advirtiéndome que toda la casa guardaba completo silencio, salí sigilosamente de mi alcoba al pasillo distribuidor (que era también el de la entrada a la casa), y, recorriéndolo quedamente, empujé la puerta del salón y avancé por él. Pero con gran sorpresa vi que el retrato no estaba ya en su antiguo sitio.

—Seguramente se lo habrá llevado mi padre a su despacho—pensé—, para tenerlo más cerca de sí.

Y como el despacho estaba al lado del salón, abrí silenciosamente la puerta que comunicaba con él, y entré, presurosa. Pero después de buscar ese retrato por todos los rincones, no lo hallé en ninguno.

Muy contrariada quedé; mas como no era posible que yo emprendiese, a una hora semejante, la tarea de recorrer la casa entera en busca de un retrato, dominé mi ansiedad, disponiendo esperar juiciosamente el nuevo día para hallar lo que tanto me importaba, y salí del despacho, cuya puerta se abría también hacia el pasillo de entrada. Volví a cruzar éste con el mismo sigilo, y entré nuevamente en mi alcoba. Allí, sobre un sillón, me entregué otra vez a dolorosas meditaciones, y después, guardando en el relicario mi tesoro, me apresé a apagar la luz para recogerme.

La noche fué larga. En ella dormí muy poco, entregada casi por completo a mis tristes reflexiones y a mis lágrimas. Muy pálida me hallé en el espejo al día siguiente; claro hablaba mi semblante de las luchas interiores que yo había estado devanando. Pero mi madre, ajena completamente a ese drama, nada pudo advertir en mí.

Aproveché el primer instante para hacer la investigación que deseaba. Fuí primeramente a la alcoba de mi padre, pensando que el gran cariño que éste había tenido siempre por su hermano Ra-

fael, le habría pedido llevarse aquel retrato a la cabecera de su lecho, para que fuese todos los días el primero que recibiera su saludo matinal; pero con gran asombro mío, el retrato no estaba allí tampoco. Fuí después al dormitorio de mi madre, y recorrí con escrúpulo riguroso todos los muros; pero en ellos sólo había las imágenes de su devoción: la Virgen, un Calvario, el crucifijo de plata heredado de mis abuelos y tres o cuatro pequeñas estampas con marcos de nogal. De allí me dirigí a la alcoba de tío Rafael, en la que aun no me había atrevido a entrar y que esperaba ver como yo la dejé cuando partí. Perfectamente la recordaba, con el gran diván de seda verde en el fondo, los cortinajes pesados y elegantes, el tocador de mármol a la derecha, la cama de palisandro a la izquierda, un rico tapiz persa cubriendo el suelo, un soberbio armario con espejo oval, grandes gobelinos en las paredes, y en el centro, la mesa, cargada de libros hermosos, artísticamente encuadrados, porque el buen gusto de mi tío era proverbial.

Con emoción puse la mano sobre aquella puerta, que cedió al instante, dejándome el paso libre... Pero ¡ay!... esa alcoba, tan llena en otro tiempo de muebles y objetos de arte, se hallaba completamente vacía... Un olor a humedad hablaba allí de abandono, de olvido, de muerte... Ni siquiera una cruz donde estuvo el lecho—como hay en las tumbas—, ni una lamparilla que velase por el mo-

rador de esa estancia, ni un retrato de él... Nada que indicase al visitante que un hombre, que un mortal había respirado y pensado allí, trabajando algunas veces con los números—porque mi tío era un hábil matemático—y otras veces tejiendo algunos versos... Me pareció aquel cuarto un camino sin nombre, olvidado por los guías...

Con el corazón oprimido me dejé caer de bruces en la pared, abriendo sobre ella mis brazos... Así, en cruz sobre el muro, envidié la existencia de esos pajarillos sombríos que pasan su vida en un agujero, apegados al viejo muro, siempre inmóviles, con la cabeza bajo el ala... Yo habría escarbado otro agujero allí, para acompañar perennemente, como una golondrina fiel y adicta, el recuerdo de aquel muerto adorado...

Si yo hubiera mandado en casa, habría reconstruído devotamente ese cuarto, como se hace con las iglesias de interés histórico. Allí habría ardido siempre una lámpara, y no hubieran faltado las flores en los grandes vasos bronceíneos; pero yo nada podía sino regar esa pared con mis lágrimas...

Por ella resbalaron silenciosamente, hasta que, temerosa de ser encontrada allí, moderé mi dolor y salí de la estancia para continuar, con más ahinco que nunca, las investigaciones sobre el paradero de aquel retrato.

Visité hasta los últimos rincones de la casa sin éxito alguno. Lo que yo buscaba con tanta ansiedad, había desaparecido.

En el primer momento que estuve a solas con mi madre, le dije:

—No veo ya por ninguna parte aquel retrato de tío Rafael, que estaba en el salón, encuadrado en un precioso marco de oro antiguo...

—¡Ah, sí, es verdad!—exclamó mi madre—. Ya recuerdo que cuando te fuiste al colegio estaba en ese sitio... Pero... ahora lo tiene tu padre.

—No—dije con voz segura—. No está ni en su despacho ni en su alcoba.

—Es que lo ha guardado en su armario.

—¡Ah! ¡Ya comprendo!—dije yo—. ¡Pobre padre mío!... Es natural: muerto su hermano, ha querido encerrar ese retrato en el armario para tenerlo consigo, bien defendido del polvo y hasta de la luz... Hoy mismo le diré que me lo muestre.

—¡No, no!—replicó inmediatamente mi madre—. Yo te ruego que no hagas nada de eso. No hay que nombrar a tu tío Rafael, porque esto impresiona horriblemente a tu pobre padre. No le pidas que te enseñe ese retrato ni nada de lo que se relacione con él. Yo misma no sé dónde lo tiene guardado. Vuelvo a pedirte que no nombres aquí a tu tío. ¡Por amor de Dios que oigas mi ruego!...

Una gran angustia se había pintado en el rostro de mi madre. Hasta parecía que tenía secos los labios al hablarme así. Me apresuré a decirle, para quitar de su ánimo todo temor, que no volvería yo a nombrarle.

—Sólo quisiera—añadí con valor, y a riesgo de

dar a mi madre un disgusto—, sólo quisiera saber cómo murió tío Rafael...

—¡Calla!—me interrumpió—. ¡No ves que tu padre puede oír todo esto? Yo te ruego que no se hable ya del pasado, porque nos afecta mucho. Temo hasta enfermarme si exiges de mí que entre en detalles...

—No, no—me apresuré a decir, mirando que, en efecto, las facciones de mi madre se descomponían visiblemente—. ¡Que ya no se hable más de ese asunto... no, ya no! Perdón por mi insistencia.

—Prométeme—dijo mi madre—, prométeme que hoy es la última vez que se tocan esos recuerdos... Nos impresionan demasiado. Tu padre...

Como evocado por su nombre, el autor de mis días se presentó de pronto ante nosotras.

—Sí—dijo él—, mucho nos afecta tratar de estas cosas que pertenecen ya a un pasado irremediable. Te suplico, hija mía, que esta sea la última vez que se toquen. Comprendo tu pena, y entiendo la necesidad de desahogarla con nosotros; pero ¿qué quieres? hemos sufrido ya bastante por esta causa, y estamos en el deber de buscar alivio, dejando de hurgar en la herida... Sea, pues, ésta la última vez que se hable de tu tío. Esa es mi resolución, y espero que la acatarás con la obediencia con que has acatado hasta hoy todas mis disposiciones.

En efecto, yo estaba acostumbrada a obedecer. Mi padre era un hombre muy riguroso, que sabía

mandar y que llevaba hasta el fin todos sus planes. Desde que yo había empezado a dar mis primeros pasos, comenzó a decir: «Cuando esta niña cumpla catorce años, irá a educarse a un colegio extranjero, y no volverá al hogar sino hasta que obtenga el título.» Y las cosas se llevaron a término tal como las había planeado. Mi padre era un hombre de una pieza, forjado en hierro, con voluntad invencible. No había, pues, manera de contrariarle.

Hice formal promesa de no volver a nombrar a tío Rafael, y me propuse cumplir esas resoluciones, aunque la petición me pareció no sólo injusta, sino extraña.

El nombre tan amado de mi tío quedó recogido en la urna de mi pensamiento, y sólo en el silencio de mi cuarto se destapaba esa urna para que sonase tan dulce nombre, repetido a media voz, noche a noche, como grata despedida antes de apagar la luz...

Y mi imaginación comenzó a marchar en razón inversa de mi silencio. Era lógico.

No pudiendo obtener detalles de la muerte de tío Rafael—pues todos los amigos a quienes pregunté los ignoraban, conviniendo tan sólo en que su muerte había ocurrido mientras mi tío viajaba por el sur de la provincia—, me dí a construir los sucesos más dolorosos, éste, por ejemplo: que tío Rafael hubiese muerto en algún accidente, o que se hubiera suicidado...

¿Sería posible tal cosa?... ¿Dónde estaba yo entonces, Dios mío, para no haber podido detener el arma con mi propia mano?...

¿Había, quizás, muerto en alguna tragedia, asesinado por una mano alevosa?... ¿Le habían matado por cumplir una venganza?...

Algo de eso tenía que ser, ya que mis padres no se atrevían a tocar el capítulo de su muerte. En ese caso, les asistía la razón para callar. No era piadoso, pues, escarbar semejante llaga...

¿Si al menos hubiera yo podido saber cuál de esas tragedias era la de tío Rafael!...

Mas fuese la que fuese, el deber me mandaba obedecer a mi padre, callando el adorado nombre de mi tío y ocultando cuidadosamente el inmenso dolor de mi alma al ver que había quedado roto para siempre y caído por el suelo tan hermoso castillo... Apenas podían mis ojos y mi corazón creer en semejante catástrofe...

Si yo no hubiera sido una ilusa, pronto me habría consolado, pues entré de plano en la vida social—que no conocía—, y fuí conducida por mis padres a teatros y a paseos. Mi casa era también frecuentada por amigas y amigos que parecían buscar afanosamente mi trato.

En cierta ocasión oí que decía a mi madre una de las damas que la visitaban:

—Ningún trabajo ha de dar a ustedes casar a Alicia, porque tiene unos ojos...

¿Casarme yo?... Nunca había pensado en ello.

Casi estuve a punto de llorar, considerándolo como una ofensa que se cometía contra la memoria de tío Rafael... ¡Era el colmo hablar así!...

—¡Pobrecito!—exclamé para mí—. Bien dicen que a rey muerto, rey puesto...

Pero pude en seguida disculpar a aquella dama, pensando que ella ignoraba en absoluto mi indestructible amor por tío Rafael. Bien escondido estaba y estaría por siempre ese cariño. Nadie lo sospecharía, y yo seguiría en silencio viviendo el drama de mi amor y acomodando a él mi vida con la resignación valerosa que el caso demandaba. Tales eran mis resoluciones.

II

Hacía ya un año que había yo vuelto del colegio. Una tarde—era el treinta de diciembre—mi padre me llamó a su despacho, e indicándome que tomara asiento a su derecha, me dijo de pronto:

—Nuestro amigo Juan Rosales ha pedido tu mano.

Y como viera que yo guardaba un silencio absoluto, insistió:

—¿Has oído lo que acabo de comunicarte? Rosales te pide por esposa.

A lo que respondí inmediatamente:

—Comprendo que es buen partido Juan Rosales; pero no le quiero.

—¿Te has examinado bien?—dijo mi padre—
Ve que no hay dos con su juicio y su apostura.

Pensé en mi interior que era Juan precisamente el tipo opuesto al de tío Rafael, sin sus bellos ojos grises, sin su frente tan bien cortada, sin el raro atractivo que le envolvía por entero...

—No, padre mío—le dije—. No me agrada el señor Rosales... No me agrada.

—Seamos juiciosos también—dijo mi padre—, y no nos precipitemos ni en uno ni en otro sentido. Te doy un mes para pensar tu respuesta. Al cabo de ese tiempo volveremos a hablar del asunto, y hoy dejémosle en tal estado.

Por no contrariar a mi padre, no le repetí que Juan Rosales no sería jamás mi esposo; y accedí a su petición de esperar un mes entero para dar la respuesta definitiva.

Después de esto, más me di a pensar en tío Rafael. No había ningunos ojos como los suyos; nadie le igualaba en distinción ni en nobleza. Resueltamente: yo le adoraba.

Ya sé que no era práctico pensar así; ya sé que no era razonable; pero si admitimos la escala gradual de los cerebros, que va desde el cuerdo hasta el loco, tendremos que comprender, y tendremos que disculpar, al soñador iluso que se empeña en mecer un capricho, aunque éste le sirva sólo de tormento. Cierto que mi dolor se había atenuado un tanto, siguiendo la dura o piadosa ley de que todo en el mundo es cambiante; pero mi tierno co-

razón, que amaba aún a tío Rafael, más se abrazó a su recuerdo ante la perspectiva poco hidalga de traicionarle, suplantando por otra su imagen querida.

Yo no podía tomar por esposo a Juan Rosales. Seguramente a mi padre se le preparaba un disgusto con mi respuesta; pero yo, que tenía también mucha voluntad, como él, estaba resuelta a manifestarle claramente que no debía casarme con su elegido, porque no le amaba.

Día por día, durante ese mes, vi que la mirada de mi padre se fijaba en mí con frecuencia, pretendiendo investigar qué curso había tomado en mi mente aquella proposición de matrimonio; mas como a ese respecto mi padre no me dirigía pregunta alguna, yo callaba, sabiendo que él, rigorista en todo, no trataría el asunto sino hasta llegar el treinta de enero, que era la fecha señalada.

Muy duro había estado el invierno. Las nevadas caían con frecuencia, y cuando la nieve no cubría las calles, la lluvia lo empapaba todo, entoldando el cielo y entristeciendo el paisaje. Era en esos días cuando más me punzaba el corazón mientras hilaba yo mis recuerdos... Tío Rafael llegaba hasta mí como una aparición melancólica y doliente, a veces para reprochar a mi padre que se empeñara en casarme con un hombre a quien yo no amaba, y a veces, para decirme con su dulcísima voz:

—No me olvides, querida Alicia, no me olvides...

¿Olvidarle yo?... ¡Jamás!—pensaba—. Y más me hundía en mis recuerdos.

De estas ensoñaciones me sacaba generalmente mi madre, que iba a ponerme en los hombros algún chal, porque el frío se intensificaba.

En efecto, la nieve caía con frecuencia y el viento se colaba a veces por las cerraduras de las puertas.

—Espero que al venir el invierno próximo—decía mi madre—ya tendremos calefacción y criados, esto sobre todo, porque a mí me apena mucho verte haciendo la faenas de la casa.

—Pues a mí me distrae y me divierte—respondíale al punto.

Lo que era verdad, porque mientras yo ayudaba a mi madre en los quehaceres, divagaba un tanto mi pena, y el tiempo me parecía menos largo.

Era ya la víspera del día fijado para dar mi respuesta, y yo me preparaba a la lucha acumulando razones y argumentos.

—Si mi padre supiera—pensé—que el único motivo de la negativa es mi devoción por tío Rafael...

Pero como eso no podía siquiera sospecharse, me concreté a buscar algunos otros motivos salvadores, además del principal y de tanto peso, que era el de no amar a Juan Rosales.

Nunca había yo discutido punto alguno con mi padre, acostumbrada como estaba a obedecerle

ciegamente; pero en esa ocasión iba a ser preciso que yo luchase con él cuerpo a cuerpo, hasta lograr el triunfo de mi libertad.

—Quizá fuera mejor exponer mis razones en una carta—dije para mí, temerosa de provocar una reyerta con mi padre—. Así podré expresarle claramente, y sin dar lugar a discusión, que no me parece leal casarme con una persona a quien no amo, porque eso sería un engaño punible.

Presentadas las cosas de un modo claro, pero cuidando mucho de la forma para que el respeto a mi padre y la obediencia debida quedaran subsistentes, podría yo de seguro defenderme y defender también a Juan Rosales, pues no era de justicia cometer contra ese hombre tal crimen de engaño.

—Sí—me dije concluyendo—, eso es lo mejor, dar mi respuesta por escrito. Esta noche, mientras duerman los demás, yo pasaré al papel cuanto sea preciso decir.

Pero recordando de pronto que esa misma tarde tendrían que salir juntos mis padres para ir a visitar a unos antiguos amigos que los habían citado desde la víspera, aplacé para esa hora mis proyectos.

Y así lo hice. Apenas desaparecieron por la puerta los autores de mis días, corrí a toda prisa a encerrarme en mi alcoba, y di principio a aquella carta. Era el primer paso en favor de mi libertad.

Con energía extendí el papel sobre la mesa, mojé la pluma en el tintero y busqué en el aire la primera palabra con que había de comenzar aquella negativa. ¡Era tan difícil rebelarme ya de una manera abierta contra las disposiciones de mi padre!... Pero no tenía remedio; había que defenderse. Bajé, pues, la pluma, y comencé... Mas no habría yo escrito seis renglones, cuando sonó la campanilla de la escalera.

Como ya de sobra he dicho que en casa no había criados, solté rápidamente la pluma sobre la mesa y me lancé hacia el pasillo, deseosa de terminar cuanto antes toda conferencia que fuese a retardar mi proyecto.

Un caballero de barba blanca y cabellos grises, perfectamente abrigado en su amplio gabán de pieles, esperaba frente a la puerta.

—¿El señor Vidal?...—preguntó.

—Es mi padre—respondí precipitadamente—. Pero no se encuentra en casa.

—¿Podré esperarle?...—agregó.

—Quizá tardará demasiado—le expliqué—, porque acaba de salir...

—Es que ha comenzado a nevar en abundancia, y como tanto me urge verle, no quisiera tener que volver...

—En ese caso—me apresuré a decirle—, sírvase usted pasar.

Abrí más ampliamente la puerta, y le invité a que entrara, mostrándole en seguida el perchero,

que estaba a unos pasos de la puerta. El visitante, con mucha distinción, colgó allí su sombrero, blanqueado enteramente por la nieve, y se despojó del gabán, que también colocó en su sitio. Luego, indicándome que tomara yo la delantera, me siguió a lo largo del pasillo hasta llegar al despacho de mi padre.

—No hay idea—me dijo aquel caballero mientras tomaba asiento en el diván—del frío terrible que corre por la calle. La nieve cae sin medida. Vengo tiritando...

En efecto, por lo mucho que temblaba y por el color cortado de su rostro, comprendí que afuera la tormenta se había desencadenado con furia.

Pensé en mis padres, quizá todavía en la calle, y consulté el reloj para ver si era tiempo de que ya estuviesen bajo techo. Daban las cuatro, hora en que se proponían llegar a la visita.

—Ojalá—dije en alta voz—, que mi padre y mi madre, que han salido juntos, se vean cuanto antes al abrigo, porque si no es así...

—En efecto—repuso el caballero—, nieva demasiado...

Y señaló hacia el balcón.

Enormes copos, azotados por el viento, bailaban en un torbellino, obscureciendo el ambiente.

—Por eso he insistido en rogar a usted —añadió el recién venido—que me permitiese esperar aquí al señor Vidal...

—¿Conoce usted personalmente a mi padre?—

le pregunté con cierta curiosidad por no haberle visto antes de esa ocasión.

—Conozco de tiempo atrás a toda la familia.

—¿A toda?—le dije con gran ansiedad.

—A toda—me respondió con voz segura.

Su respuesta me transformó. Sin dar siquiera disculpas, sin buscar pretextos, arrastré una de las sillas que estaban junto a la mesa, y me senté frente a frente de aquel caballero.

—Entonces—le dije sin detenerme a inquirir por qué nos conocía, y pretendiendo sólo llegar al único punto que me interesaba—, entonces también conocería usted quizás...

—Dispense usted que la interrumpa—me dijo de pronto el caballero, poniéndose en pie—. He dejado mi pañuelo dentro del gabán, y voy a traerlo; pero no... ¡no se moleste usted!—añadió mirando que yo me preparaba a levantarme también para acompañarle—. No se moleste, porque en ese caso me obliga usted a no dar un paso más...

Temiendo que interpretara como desconfianza lo que era únicamente consideración de mi parte, no me empecé ya en acompañarle al pasillo, y le dejé que saliera solo hacia él. No pude seguirle los pasos con el oído, porque la angosta alfombra que había a lo largo de ese pasillo los apagaba del todo, pero me pareció escuchar que abría la puerta de entrada y que salía... «¿Es que va a marcharse?—pensé, asombrada—¿O es que va a tirar alguna cosa a la escalera?... No—me dije aguzando

la atención—; vuelve ya...» Creí escuchar nuevamente que la puerta se cerraba con sigilo, y advertí ya sus pasos avanzando hacia el despacho; pero de nuevo también me desconcerté al percibir que se detenía en la puerta del salón, la cual se abría igualmente sobre el pasillo, pues la sala estaba al lado del despacho. Iba yo a levantarme, cuando le oí claramente que se acercaba ya. Dos pasos más, y entró por fin con el pañuelo en la mano.

—Mil perdones pido a usted por haberla interrumpido—me dijo en tono muy cortés—. Quedo ya a sus órdenes para responder a la pregunta que había usted comenzado a dirigirme. Veamos cuál es.

—¡Ah, sí!—exclamé, atrapando prontamente el hilo de lo que tanto me interesaba—Como dijo usted que nos conoce a todos, quería yo saber si también conoció usted a mi tío... a mi tío Rafael, que hace seis años murió...

—Sí—respondió el caballero—, también... también le conocí...

—¿Es posible?—murmuré casi con júbilo—¿Conque usted le conoció?...

Sentí que mi rostro se iluminaba con una luz. Debía de vagar una sonrisa de éxtasis por mis labios. Pero instantáneamente hubo un cambio en mí al decirle:

—En ese caso, si usted le conoció, podrá responder a una pregunta que me interesa inmensamente.

Y sin dar tiempo a que el visitante hablase palabra, añadí:

—¿Quisiera usted referirme cómo y de qué murió tío Rafael?

Después de una ligera vacilación, me preguntó:

—¿Pero es que sus padres no se lo han dicho?

—No han podido hacerlo—expliqué—. Hubieran sufrido demasiado con un relato minucioso. Es tanto lo que les impresiona cuanto a eso se refiere, que hasta me han prohibido nombrar a tío Rafael. Ese nombre no suena aquí jamás... Por ello se ve el estado en que se encuentran. ¿Cómo podían entonces hablarme con detalle de lo que tanto daño les causa?... ¡Era imposible! Solamente me notificaron que tío Rafael murió. Pero usted puede hacerme saber cuál fué su mal. ¡Yo se lo ruego!...

—Si lo supiera—me dijo—, accedería desde luego a su petición; pero yo también lo ignoro...

Un gran desaliento me obligó a bajar la cabeza y a cubrirme el rostro con las manos. Era indudable: mi tío debía de haber muerto en alguna tragedia, ya que todos estaban de acuerdo para callarme la causa que se lo llevó.

—¿Qué desgracia!—exclamé—¿No saber siquiera de qué mal ha muerto!... ¡Tanto como he querido y quiero a mi tío!... Aquí está la prueba, mire usted: su retrato me acompaña siempre. Lo tengo conmigo desde que yo era una chiquilla...

Saqué el relicario que llevaba al cuello, lo abrí

violentemente, y mostré aquel retrato al visitante.

—Cuando yo partí para el colegio—le dije—era así tío Rafael.

—En efecto —me respondió observando el retrato—. ¡Pobre amigo mío!...

—Y usted—le pregunté—, ¿cómo y cuándo le conoció?

El caballero se pasó la mano por la frente, como quien trata de evocar una fecha exacta, y luego dijo:

—No podría precisarlo; pero aquí, en esta ciudad, le conocí, y hace seis años estuvimos los dos en América.

—¡En América!—exclamé—. Jamás me han contado mis padres que tío Rafael hubiese hecho un viaje por allá.

—Lo comprendo—dijo el visitante volviendo a pasarse la mano por la frente—. Lo comprendo... Hay cosas que es imposible referir...

—¿Por qué?—pregunté intrigada, irguiéndome en la silla—¿Qué hay de mal en que a mi tío le hubiese ocurrido hacer un viaje por América?

—Si eso no estuviera ligado con algo que... casi, casi es un drama...

—¡Un drama!—exclamé—. Sí; no me extraña, no. Tenía que ser... Hace ya tiempo que espero descubrir un drama en la vida y en la muerte de tío Rafael... ¡Por favor, dígame usted cuanto sepa! ¡Yo se lo ruego!... ¡Por favor!...

—¿Tendrá usted entereza para oírme con calma?

—Se lo prometo a usted. De mi padre he heredado el valor. Puedo oírlo todo.

Confieso que las carnes me temblaban; pero la voluntad me hubiera empujado en aquel momento hasta despeñarme en un abismo.

—Quiero saberlo todo—repetía como una monomaníaca—. Todo, todo... Refiérámelo usted... ¡Se lo suplico!...

—Pues bien, comencemos entonces por lo primero—dijo aquel hombre en un tono reposado y procurando atenuar con la voz lo que seguramente iba a ser doloroso referir—. Rafael pagó mal a su padre de usted los muchos favores que este caballero le hizo, y la gran confianza que había depositado en él...

—¡Es posible!—exclamé a media voz con profunda melancolía—¡Nunca lo hubiera creído!... Pero... habría que ver también—dije, reponiéndome al instante y resuelta a tomar a mi cargo la defensa de tío Rafael—, habría que examinar las razones en que se funda esa opinión. A veces las malas inteligencias se confabulan para perder a una persona. ¡Pobrecito de mi tío!—añadí con exaltación—. Quizá la mala suerte cayó sobre él... ¡Qué desgracia, Dios santo, qué desgracia!... Tal vez si yo hubiera estado aquí para defenderle...

Un río de lágrimas corría de mis ojos. En medio de aquella exaltación, saqué el relicario que llevaba al cuello, y sin abrirlo, devotamente, con

inmenso respeto y con piedad, lo besé repetidas veces, como para pedirle perdón por las palabras que aquel desconocido acababa de proferir contra él.

—Recuerde usted—me dijo el caballero, suavizando aún más la voz, y después de algunos momentos en que dejó correr libremente mis lágrimas—, recuerde usted que me prometió entereza absoluta. Si quiere usted saber lo demás, tendrá que calmarse... O si usted prefiere que guarde yo silencio...

—¡No, no!—le dije al instante—. Por el contrario, quiero saberlo todo y cuanto antes. Puede usted continuar.

Sequé mis lágrimas y me erguí en la silla para hacerle ver que estaba yo dispuesta a seguir escuchando con serenidad.

El, entonces, levantándose del diván para cerrar la puerta que daba al pasillo, como si no quisiera que lo que iba a decir lo oyera más persona que yo, vino hacia mí pausadamente, y colocándose en la silla más próxima, me preguntó a media voz:

—¿Se ha hecho usted cargo del cambio operado en la fortuna de sus padres?...

—Sí... sí, señor—le respondí, temblando de angustia y sin saber adónde iban a parar esas inquisiciones.

—Pues bien, el culpable, por desgracia, el autor de todo esto, fué uno solo...

—¿Quién?—le pregunté anhelante—¿Quién?...

—El que menos pudo ser, por los servicios recibidos... (pues hay que decir las cosas como son...)

—¡Acabe usted, por Dios!...

—El más obligado de todos: Rafael, su tío Rafael...

Si me hubieran dado una puñalada, la habría sentido menos que el golpe de aquella revelación. Abrumada por él, dejé caer la cabeza en mis rodillas, lo mismo que en plena tempestad cae el árbol después de la descarga...

—¡El, sí; él!—continuó sin piedad aquel hombre, dando salida al borbotón de sus palabras—. El, desgraciadamente. ¿Cómo? Jugando grandes sumas que dieron al traste con la fortuna de don Lucio Vidal, su padre de usted... Porque fué preciso pagarlo todo para evitar la cárcel y salvar así el honor de la familia... Don Lucio perdió todos sus bienes... Y después, Rafael huyó hacia América... Me apena mucho referir todo esto; pero usted me ha pedido la verdad, y yo no puedo ni debo engañarla. Cada palabra de este relato me duele tanto como a usted... se lo aseguro...

Sentí que el puñal clavado en la herida se removía sin misericordia...

—Pero esto ¿es verdad?—pregunté levantando la cabeza y dirigiendo los ojos hacia el balcón para buscar el cielo, obscurecido más que nunca por la nieve que caía sin descanso—. No... no puede ser... El rostro de tío Rafael es el de un caballero. ¡Im-

posible!... No lo admito. Y aunque así fuese—dije solemnemente poniéndome en pie y sin dejar de ver el cielo gris—, no se puede juzgar a los muertos... Son ya de otro dominio... Pido paz para ellos. Sin contar—añadí—con que ya mi padre ha vuelto a encarrilarse en sus negocios... ¡Ya... basta ya...!—dije alisando mi frente con los dedos para borrar de ella la fatídica sombra que había intentado obscurecerla—. Basta. Nada ha sucedido para mí... Tío Rafael es el mismo; y yo, la misma para él. Si en algo faltó, Dios le ha juzgado ya. Y mi padre de sobra le habrá perdonado, cuando nunca le he oído palabra ninguna contra él.

—Se engaña usted—me dijo el visitante, poniéndose en pie bruscamente—. Don Lucio Vidal no ha perdonado a su hermano...

—¿Cómo puede usted saber más que yó?—le repliqué exaltada y en el colmo del asombro.

—Lo sé... lo sé muy bien... Vengo de América, y fué allá, de tiempo atrás, donde el mismo Rafael me enteró de todo... Como que traigo encargos suyos que me hizo entonces y que hasta hoy puedo cumplir por causas que después explicaré. Ya puede usted comprender si estaré bien informado...

Con la voz casi extinguida por la emoción, repetí:

—¡Encargos suyos!... ¡Encargos de tío Rafael!... ¿Puedo yo saber cuáles son?...

—Usted mejor que nadie—me dijo—, ya que

en esta casa es usted la única que se interesa por él...

—Mi padre le quiere en demasía—repetí con voz segura—. No puede siquiera oír su nombre sin que el rostro se le ensombrezca. Tanto sufre escuchándolo, que el nombre de tío Rafael ya no se pronuncia nunca...

—Mal hecho—dijo el visitante con sorda voz—. Eso dice claramente que don Lucio Vidal no ha perdonado a su hermano. Si éste delinquiró, había que pedir por él a menudo, para alcanzarle la gracia divina... Dios manda perdonar... Y yo sé bien cuántas lágrimas de sangre costaron a Rafael sus faltas, y cómo se arrepintió de haberlas cometido. En América jamás se recogió en el lecho sin volver los ojos hacia acá y hacia el colegio donde se educaba usted. «Allá en Europa, me decía frecuentemente, está lo que yo más quiero.» Y me hablaba de usted como de una hada minúscula, de su cuñada—la madre de usted, una santa mujer, según decía—, de su hermano—un hombre generoso y bueno como pocos—. Esas eran sus expresiones. En cambio, aquí... sólo existe la consigna de callar su nombre para siempre... Esto no es de caridad...

Lágrimas abundantes corrían de mis ojos al pensar en mi querido tío volviendo los suyos hacia Europa en busca de una familia que no le quería nombrar...

—Pero diga usted cuanto antes—exclamé—

cuál es el encargo que dió a usted mi tío para nosotros...

—Son dos: uno, devolver a su padre de usted las sumas que en momentos desgraciados jugó mi pobre amigo Rafael; y el otro, solicitar de ustedes el perdón por sus faltas... Cumplo con lo primero—dijo.

Y abriendo una gran cartera que traía consigo, comenzó a sacar de ella algunos fajos de billetes, monedas y otros documentos que fué colocando después con gran orden y método sobre la mesa de mi padre.

Atónita le veía yo moverse activamente, consultar de tiempo en tiempo un pequeño cuaderno de bolsillo que tenía en la mano, contar, trazar apuntes sobre un papel...

Cuando juzgó concluída la tarea, abarcó de una ojeada cuanto había sobre la mesa, y dijo con satisfacción:

—Queda saldada la deuda de Rafael, que fué su primer encargo. Vamos ahora al segundo: solicitar el perdón de la familia. Comienzo por usted... Y he querido que usted sea la primera, porque Rafael me rogó mil veces, con gran ansiedad, que empezara por usted. «Si Alicia toma a su cargo mi defensa—repetía—, podré obtener el perdón. Mi hermano es rígido, y yo me porté muy mal. Todo lo espero de Alicia, que tanto me quiso... Habrá que buscarla a solas. Hay que comenzar por ella...» Y ya ve usted que voy cumpliendo todo

rigurosamente, puesto que hoy, para entrar en esta casa, he aguardado en la esquina a que salieran sus padres, invitados desde ayer por mi indicación...

Yo escuchaba todo aquello en el colmo del asombro, sin poder interrumpir lo que oía, porque las palabras de aquel hombre salían a borbotones, como río desbordado.

—Vamos, pues, a cumplir con el segundo encargo—añadió—, que es solicitar el perdón de la familia, como lo dije ya. Comienzo por usted...

—¿Por mí?—grité, bañada en llanto—. Ningún perdón tengo yo que otorgar a tío Rafael, porque yo jamás le he creído culpable. Y en cuanto a esas sumas allí amontonadas, sólo tendrían valor a mis ojos si pudieran servir para comprar la vida de mi tío, a quien tanto quise y quiero...

Ahogada por los sollozos caí de bruces sobre la mesa, permaneciendo en esa postura un largo rato.

Oí que el visitante iba y venía, paseándose a lo largo del estudio. De pronto se detuvo ante mí, y después de rogarme que acallara mis sollozos, me dijo en un tono lleno de misterio:

—¿Tendrá usted valor para oír algunas cosas más?... Porque aun faltan revelaciones...

—Todo... todo lo quiero saber—respondí con suprema ansiedad, abandonando mi actitud e irguiéndome nuevamente—. Ya dije que he heredado de mi padre la entereza... Hable usted... ¡por favor!...

Volvió a mirar hacia las puertas para cerciorarse de que aun estaban como él las había dejado, y sentándose junto a mí en una actitud visible de protección, me dijo:

—Pues bien: es preciso que usted lo sepa, y lo va usted a saber: Rafael, su tío Rafael...

Un campanillazo agitado cortó bruscamente la confidencia. Comprendí, por la manera de llamar, que mis padres volvían.

—¡Acabe usted, por Dios!—supliqué roncamente, con las manos juntas y sin moverme de la silla—. Mis padres llegan. ¡Acabe usted, se lo ruego!...

—¡No puede ser!... ¡No... no puede ser!...—me dijo poniéndose en pie violentamente—. Será preciso abrir... Vaya usted.

Había cerrado los ojos para indicarme que era completamente inútil toda súplica, y con el brazo tendido señalaba hacia la puerta.

Aun vacilé; pero como el campanillazo volvió a repetirse, me levanté a toda prisa y me lancé hacia el pasillo de entrada.

Algo anormal debía yo de tener en el rostro porque mis padres, al verme abrir, exclamaron a un tiempo:

—¿Qué es lo que te ocurre?

—Nada—respondí—. Pero en el despacho espera a mi padre un caballero... Según me ha dicho, es portador de varios encargos que le hizo tío Rafael en vísperas de su muerte...

Si en ese momento hubiera caído un rayo, no habría producido en mis padres tal conmoción.

—¿Ha muerto Rafael?—exclamaron a un tiempo, cambiando entre sí una mirada angustiosa y olvidando mi presencia y cuanto había en redor.

Después de ese grito incomprensible para mí, se lanzaron los dos hacia el despacho. No hay para qué decir que yo corrí tras ellos, ansiosa como nunca de una luz que aclarase aquel enigma cada vez más complicado.

Atropellándonos los tres, cruzamos el pasillo y llegamos al despacho. Junto a la mesa, puesto en pie e inmóvil, se hallaba el visitante.

Ibamos todos a abrir la boca para hablar, cuando una figura de mármol—tal era la palidez de su rostro—asomó por la puerta que daba al salón, avanzando después hacia el centro del despacho.

Era un caballero vestido de obscuro, con el semblante marfilino y patético.

Al verle, este único grito, este solo nombre se escapó de los labios de mis padres:

—¡Rafaell!...

—Sí—repitió el caballero, en tono amargo, dirigiéndose a mi padre:—: Rafael Vidal, tu hermano, a quien diste por muerto en tu casa... pero que vive aún...

Abrí los ojos desmesuradamente y examiné de un golpe al que hablaba. No había duda alguna: era tío Rafael. De un salto estuve en sus brazos;

y mientras yo me apretaba sobre su corazón, oí que me decía con voz de inefable ternura:

—Sólo tú, mi querida Alicia, guardaste fielmente mi recuerdo... Todo lo he escuchado tras de esa puerta... Si yo, porque así lo quiso Dios, he podido sin estímulo alguno arrepentirme de mis graves faltas, ¿cómo en lo de adelante, al ver tu hermoso ejemplo de bondad y rectitud, no había de tener fuerza bastante para ser otra vez hombre de honor?... Por ti quiero vivir, querida Alicia... ¡Por ti quiero vivir!...

Así, mecida por sus brazos como en cuna de seda, me sentí transportada a otra región...

Un sollozo me volvió a la realidad: era mi padre, casi desplomado en una butaca. Arrastré a tío Rafael hacia allá, y lo arrojé en sus brazos.

No se necesitaba mucho para que esos dos hombres, separados tan sólo por un accidente fatal de la vida, volvieran a fundir en ese abrazo estrecho todo su cariño de hermanos.

—¡Perdón!—murmuró mi padre desflorando, a la par que esa palabra, un beso leve en la mejilla del que más que hermano había sido siempre para él un hijo predilecto—. ¡Perdón... perdón...!

—Yo soy quien debe pedírtelo—dijo entonces tío Rafael—. Pero no tendré derecho a hacerlo, sino hasta poner en tus manos todo lo que perdiste por mí... o al menos, una buena parte... Se ha hecho ante Alicia la confesión de mis faltas. Ella sabe ya que fuí un miserable jugador...

Mi padre, estremecido, se apretó más que nunca a tío Rafael; pero éste, deshaciendo el nudo cariñoso que le formaban sus brazos, le arrastró consigo hacia la mesa, para mostrarle cuanto estaba allí aliñado, y que debía formar una suma importante.

—Poco falta—añadió—. Todo he de pagártelo. Y esto que ves aquí, ha sido ganado con trabajo legítimo. Soy ya, por fin, el hombre honrado y útil que tú querías hacer de mí... Solicito, pues, tu perdón y el de tu santa mujer.

Mi madre, que sólo se había ocupado en llorar sobre el pañuelo, fué a reunirse a los dos, y mi júbilo no tuvo límites cuando contemplé aquel grupo que formaban los tres...

Busqué de pronto al visitante que había pasado la tarde en casa; pero ya no le vi por ninguna parte. Comprendí que había desaparecido para volver en día oportuno.

Por largo tiempo sólo se oyeron en esa estancia los sollozos de dicha que desahogábamos los cuatro... Hasta que mi padre, apartándose al fin, dijo a su mujer, mientras se enjugaba los ojos:

—Vayamos a arreglarle a Rafael su antigua alcoba...

Y mientras él y mi madre salían del despacho a toda prisa, ansiosos de poner en planta esa disposición, tío Rafael vino a mí nuevamente para repetir con su voz de oro:

—¡Sólo tú, mi querida Alicia, guardaste fielmente mi recuerdo!... Por ti quiero vivir!...

¿Y para qué relatar lo que después me dijo tío Rafael, si no ha de estar prestigiado por su voz?...

Baste añadir que al día siguiente, cuando mi padre me llamó a su despacho para recordarme que era el treinta de enero, fecha en que debía obtener mi respuesta sobre la petición matrimonial de Juan Rosales, yo le dije con valor:

—No puedo casarme con él, porque... quiero a otra persona...

—¿A otra persona?...—repitió mi padre, asombrado—. ¿Quién es ella?...

Y respondí humildemente:

—Es tío Rafael...

Mi padre, entonces, frunciendo un poco el ceño y con un tono que era mitad severidad, mitad temor, me dijo, vacilando:

—Es que... antes de arrancarme el permiso para ese matrimonio, tendrías que esperar algunos años...

Y yo le respondí extasiada:

—Puedo esperar toda mi vida...

Madrid.

LA HISTORIA DE UN RAMO

LA HISTORIA DE UN RAMO

Prendíase Marta el velo para marcharse a la misa de nueve, cuando entró en la alcoba su hermano Teodoro.

—Vengo a pedirte tu ayuda—le dijo—. Deseo regalar unas flores a Clementina del Val, y nadie mejor que tú para acompañarme a elegirlas. Precisamente al lado de la iglesia donde vas está el jardín del *Mirto*; allí las compraremos, de allí mismo se las llevarán, y tú no perderás mucho tiempo en la elección.

—¿Vas a regalarle flores a Clementina del Val? —dijo Marta, mirando con fijeza a Teodoro—. No persistas en enojarte, pero... creo que será un dinero mal gastado...

—Quítate esas ideas, querida Marta. Convénce-te por fin de que no es Clementina la muchacha insubstancial que tú crees ver en ella. Hoy, que comienzo a conquistarla...

—¿Conquistarla tú?... ¡Qué ceguera!—respondióle Marta—. Ni tú la conquistarás, lo que será una gran fortuna para ti, ni ella dejará de ser lo que es: una casquivana con la cabeza a pájaros...

—¡Cuánto rigor para tratar a una mujer que hasta hoy no te ha hecho daño alguno!... En ese caso, pues que tan mal la quieres, no me atrevo ya a pedir tu ayuda para elegir las flores...

—Como la ayuda no es a ella, sino a ti—dijo Marta, sonriendo alegremente para quitar a su hermano todo enfado—, iré gustosísima, y escogeremos algo nunca visto... Yo te lo prometo.

Violentemente acabó de prenderse el velo, tomó los guantes y el devocionario y salió de la alcoba seguida por Teodoro.

—Eso sí, habrá que ir muy de prisa, porque es de nueve la misa que he de oír.

—Se hará como quieras—respondió Teodoro obedientemente.

Y una vez en la calle, los dos hermanos redoblaron el paso para llegar cuanto antes al jardín del *Mirto*.

En éste, la exposición de ramos y de canastillos era deslumbrante. Allí había desde el pequeño ramillete de violetas para el ojal de la americana, hasta el amplio *bouquet* de lilas y palmas que luce el tabor de la escalera.

—Si desea la señorita algo especial, podemos servirla a satisfacción—dijo un dependiente acercándose a Marta.

—Yo quisiera—respondió la joven, cerrando los ojos para ver mejor lo que iba a pedir—, yo quisiera un hermoso ramo de rosas amarillas, con un grupo de violetas en el centro, y que este cen-

tro de violetas imitara la forma de un corazón... ¿Podrían hacerlo? ¿Se entiende bien lo que pido?...

—Perfectamente—afirmó el empleado—. Yo me encargo de las explicaciones y de la dirección. En veinte minutos quedará concluído el ramo, y en otros veinte será entregado adonde la señorita indique.

—Mira, querida Marta—dijo Teodoro—. Márchate tú, que yo me quedo aquí para ver terminando el *bouquet* y atender a su expedición. Creo que tu idea será muy bien interpretada. Vamos a ver...

Marta se despidió de su hermano, y Teodoro se instaló bajo una gran palmera, para esperar la conclusión del ramo. Impaciente estaba el enamorado; pero no tuvo que aguardar mucho tiempo. Media hora después, el *bouquet* quedó concluído. Era verdaderamente linda la combinación de colores que ostentaba. ¿Y qué decir de aquel corazón violeta, perfectamente delineado, que ponía su nota viva en el centro de las rosas? ¿Y qué del perfume delicioso que emanaba de todas las flores? Teodoro quedó arrobado al verlas. ¡Vaya un regalo hermoso!...

—Sin Marta—pensó—, no se hubiera obtenido una cosa tan bella y original. Clementina quedará encantada...

Sacó de su cartera una tarjeta, la colocó entre las flores y dió al portador las señas de la casa donde había que llevar el ramo. Y juntamente con

el *bouquet* y con el que lo llevaba, Teodoro salió triunfante del jardín del *Mirto*.

No había dado muchos pasos por la calle cuando Marta, que salía de la iglesia, corrió a reunírsele.

—A tiempo llegas—le dijo Teodoro—. No me contentaba que se fuera el ramo sin que tú lo vieras. Ha quedado hermosísimo.

—Efectivamente—repuso Marta examinando las flores con gran satisfacción—. Estoy vanidosa de haber tenido esta idea. Es un ramo lleno de novedad. ¡Vamos, que ese corazón de violetas en el centro, destacándose sobre el amarillo de las rosas!... La verdad es que no se puede pedir cosa mejor. Ya se te habrá quitado el enojo...

Teodoro sonreía, demostrando con ello que todas sus nubes habían pasado. A través de las gafas de aumento, sus ojos, ingenuos y brillantes, estaban húmedos de ternura.

Marta dió a su hermano un golpecillo en el hombro, y se despidió para ir en busca de su amiga predilecta, Rosa-Luz.

—Recuerda bien que hoy no almuerzo en casa—le dijo Teodoro, viéndola marcharse—. Estoy convidado por Mauricio Tílbury.

La joven aprobó con la cabeza, y desapareció por la esquina.

Teodoro, mientras el portador del ramo fué a cumplir con su cometido, resolvió pasar la mañana, que era hermosa, en un banco del Parque Real.

—A la una—se dijo—, antes de presentarme en casa de los Tílbury, me llegaré al jardín del *Mirto* por la respuesta de Clementina.

Y soñando en ella, gozó como nunca del canto de los pájaros, del rumor de la fuente, de la brisa tibia que le acariciaba los ensortijados cabellos, de la deliciosa sombra de los árboles, bajo la cual, abigarrados grupos de niños cantaban rondeles y hacían cadenas cogidos de las manos.

Gracias a estos atractivos, tuvo Teodoro paciencia para esperar con tranquilidad. Llegado el momento se levantó del banco y se dirigió al jardín del *Mirto*. Allí le aguardaba la respuesta de Clementina, mezclada con otras cartas de variados colores que se amontonaban en una mesa.

«Delicioso regalo—decía la bella señorita entre otros muchos adjetivos y con letras muy adornadas—. Nunca he visto nada igual. ¡Qué matices! ¡Qué dibujo! Es el mejor y más bello adorno de mi salón. Estoy orgullosa de poseer este ramo. ¡Y cómo voy a llorarlo cuando ya comience a marchitarse y a perder sus colores!...»

¿Podía pedirse más? ¡Conque hasta iba a ser regado ese *bouquet* con lágrimas cuando los días que pasaran sobre él le hubiesen ajado ya!... Era el colmo... Y Marta, la incrédula Marta, ¿qué diría si llegaba a leer esa respuesta?... Sería preciso mostrársela para que la viese con sus propios ojos...

Teodoro, conmovido, triunfante, leyó varias veces aquellos renglones, y luego se los guardó en la

cartera, ansioso de que llegara el momento de poder presentarlos a su hermana.

Pero de pronto el enamorado joven dió un salto nervioso: acababa de oír sonar la una y media en un reloj, y la invitación de los Tílbury estaba fijada para la una en punto. ¡Qué atrocidad! Teodoro, tan cumplido, tan exacto, sintió al ver su falta, que una ola de fuego le pintaba el rostro... Detuvo el primer auto que pasaba, y ofreciendo al cochero doble propina, subió en el vehículo y se dejó arrastrar en él lleno de una angustia indecible, de la que sólo pudo librarse cuando vió en los rostros de la familia Tílbury la afable sonrisa que les era peculiar. Entonces, al comprender que no había incurrido en falta grave, pudo sonreír también, poniéndose en el tono jovial de los demás. Y ya satisfecho y sonrosado, oyó cantar las romanzas que Lola Tílbury entonó para él mientras llegaba el momento de pasar al comedor; y aplaudió las bromas, siempre llenas de ingenio, con que Mauricio divirtió a los presentes haciéndoles olvidar que el almuerzo sufría un retardo.

Por fin, el criado anunció que la mesa estaba servida, y todos se levantaron sin hacerse esperar. Teodoro dió el brazo a la señora de Tílbury, Lola y Mauricio les siguieron, y el resto de la familia, compuesto de niñas y niños de todas edades, salió también del salón en tropel desordenado y alegre.

Al entrar al comedor, un grito de sorpresa incontenible se escapó de los labios de Teodoro. En

el fondo de la vasta pieza alumbrada por vitrales de colores, sobre un alto jarrón de cristal, un hermoso ramo de rosas amarillas prestigiaba el comedor con su belleza y su perfume. En el centro del ramo un gran corazón de violetas se destacaba vivamente, haciendo contraste delicioso el tono fuerte de las florecillas que lo formaban, con el amarillo pálido que se moría en las rosas...

Teodoro, al ver de pronto ese ramo en el comedor de los Tílbury, no había podido contener el grito de sorpresa que acababa de escapársele.

Toda la familia se le acercó al instante para inquirir el motivo de su asombro; y de tal modo se vió Teodoro apremiado a dar una explicación, que, maquinalmente, sin pensarlo siquiera, dejó ver algo de lo que él deseaba esconder y que le había impresionado tan vivamente.

—Es que ese ramo de rosas...

—¡Ah, vamos!—dijeron todos a un tiempo—. En efecto: es que ese ramo no tiene comparación; es de una originalidad verdaderamente pasmosa. Porque ¿a quién se le había ocurrido jamás poner en un ramo la figura de un corazón? A nadie. Se necesita para ello el refinado gusto de Clementina del Val, nuestra amiga que usted conoce tanto. Porque es ella, Clementina, la que hoy mismo, hará una hora quizás, ha tenido la gentileza de enviar a Lola ese regalo tan exquisito... ¡Vamos, que no hay ojos con qué ver tan hermoso ramo!...

Teodoro aprobaba con la cabeza.

—En efecto, en efecto... Es un ramo delicioso... fantástico... nunca visto...

A Teodoro no le cabía en el juicio lo que estaba mirando, y, como era natural, no pudo apartar sus ojos de aquellas flores mientras duró el almuerzo.

—¿Conque es Clementina del Val quien ha hecho a ustedes tan exquisito regalo?—preguntaba de tiempo en tiempo.

—Sí, ella misma—respondían alegremente las ocho voces de los Tílbury.

No cabía duda, pues: el ramo ideado por Marta y enviado por el mismo Teodoro a Clementina del Val, había hecho una pequeña estación en casa de la obsequiada, y había salido inmediatamente después, para ir a adornar el comedor de los Tílbury...

A Teodoro le parecía que aquella comida no iba a terminar jamás. Pero como todo tiene fin en este mundo, sirviéronse los postres, y momentos después la familia se instalaba de nuevo en el salón para tomar el café.

—Callado estás hoy—decía frecuentemente Mauricio a Teodoro.

—Si he de hablar con verdad—se atrevió a responder el joven—, me duele horribilmente la cabeza. Pido, pues, a ustedes permiso para retirarme.

Y como éste le fué concedido en el acto, el atribulado Teodoro salió a toda prisa de la casa y se echó a vagar por las calles para rumiar a solas su disgusto. ¡Apenas podía concebirse cosa igual!

¡Conque la hermosa Clementina, a más de casquivana, como aseguraba Marta, era una hipócrita? ¡Decir que iba a llorar sobre ese ramo cuando el tiempo lo hubiese ajado ya, y no esperar ni dos horas para deshacerse de él!... ¡Vaya un engaño!... ¡Si Marta lo hubiera sabido!... Pero se guardaría muy bien de contarle lo ocurrido.

Iba Teodoro a buscar otros epítetos que aplicar a su amiga Clementina, cuando oyó una voz que le llamaba desde la acera de enfrente. Era Luis Blasio, uno de sus íntimos.

—¡Eureka! — le dijo Luis al estrecharle la mano—. ¡Qué fortuna encontrarte! Porque has de saber que esta mañana compré un gramófono, el cual me llevarán a casa hoy mismo por la tarde. Te ruego, pues, que me acompañes para que lo oigas y me des tu opinión. Es de la marca del tuyo. Si algún defecto le encuentras, todo será remediable, porque lo pagaré al recibirlo. Mucho te agradeceré el favor, y ojalá que éste no te traiga molestias muy grandes...

Teodoro, con ojos de víctima, protestó que aquello no le acarreaba molestia alguna; y los dos amigos se encaminaron a la casa de Blasio. En ella, Laurencia, la hermana de Luis, se ocupaba en transformar el salón para buscar un lugar adecuado al gramófono que iba a llegar. Atareada, como una ardilla iba y venía por todas partes, llevando y trayendo objetos.

—Es preciso estudiar cuál es el sitio que ofrece

mejores condiciones acústicas... Mira, Luis, ven aquí: sería oportuno que solfearas unos cuantos compases de *Norma* o de lo que quisieras, para ver si en este rincón hay alguna resonancia...

Luis volaba hacia allá; tosía para preparar buen camino a la voz, y empinándose en un pie, daba algunas notas altas que parecían de falsete, y después de varias repeticiones, el rincón era rechazado por impropio, ya que ni la menor resonancia quedaba de aquel desafortunado intento de cavatina.

—Sería mejor que ensayaras tú—opinaba Luis tras de algunos fracasos, dirigiéndose a su hermana—. La voz de la mujer puede servir mejor en este caso.

Y era entonces Laurencia quien, garraspeando un poco para aclarar su garganta, preludiaba el aria de *Lucía*, sin perdonar el acompañamiento de piano ni los juegos portentosos de la flauta. Pero a pesar de tanta nota, la resonancia faltaba por todas partes.

El atribulado Teodoro aprobaba sonriente cuanto allí se decía, pero su pensamiento fraguaba planes desesperados para escapar de esa ratonera.

—Ya voy creyendo que no hay en el salón sitio ninguno donde colocar el gramófono—dijo Luis, preocupado—. Y a todo esto, ¿qué pasa con él? —añadió, consultando el reloj—. Son ya las cinco de la tarde, y estaba concertado que lo traerían a las cuatro.

No bien acababa Luis de articular estas palabras, cuando sonó la campanilla de la puerta.

—Helo allí—gritó Laurencia, corriendo a desalojar el sitio que ocupaba una pequeña mesa entre dos balcones—. Aquí se le colocará provisionalmente, y ya después veremos qué lugar definitivo se le asigna.

Luis corrió a ayudar a su hermana, y mientras los dos preparaban convenientemente aquel sitio, la puerta del salón se abrió y una doncella entró precipitadamente con un gran ramo de rosas en la mano.

—Es para la señorita Laurencia, de parte de su amiga Lola Tílbury.

Todos los presentes volvieron el rostro hacia el ramo.

Era hermosísimo en verdad: un gran mazo de rosas amarillas, con un apretado grupo de violetas en el centro.

—¡Pero ved que las violetas tienen la forma de un corazón...!—dijo Luis, maravillado—. ¡Vaya un ramo original!... ¡Qué deliciosa idea!...

—Es que no hay dos mujeres que tengan el exquisito gusto de Lola Tílbury—añadió Laurencia—. Ella solamente es capaz de forjar un ramo como éste... No hallo palabras para elogiarlo... ¡Qué hermosura!...

Teodoro, como reo que ve el garrote, fijó los ojos en aquel ramo único, que le era tan conocido y que tanto le estaba haciendo sufrir desde por la mañana.

—Si ustedes lo permiten, me retiro—dijo en un ímpetu imposible de contener—. Me siento enfermo...

No tenía que jurarlo para que se le creyera. Sus ojos de carnero moribundo lo estaban diciendo bien claro.

Luis y Laurencia le acompañaron hasta la escalera, y Teodoro bajó a toda prisa, temeroso de que algo o alguien le volviera hacia atrás o le detuviera en el camino. Cuando se vió en la calle, lanzó un suspiro de alivio, y bajando la cabeza para evitar nuevos encuentros con amigos o conocidos, tomó violentamente el camino de su casa, deseoso de encontrarse a solas en ella. ¿A solas había dicho?... ¿Y Marta, su hermana, que al verle llegar pretendería inquirir si Clementina había quedado satisfecha del regalo?... Teodoro tembló ante semejante idea. Lo mejor sería en ese caso marcharse al café y volver a su casa a media noche, cuando Marta estuviese ya dormida. Pero ¿quién podía impedir a la joven que a la mañana siguiente hiciese todo género de preguntas? Nadie. ¿Y sería posible referir a Marta cuanto había ocurrido a propósito del ramo? ¡Jamás! Teodoro no tendría fuerzas para oír de los labios de su hermana un «*¿Ya lo ves?... ¡Te lo dije!...*» Más valdría entonces mostrarle la carta de Clementina, y que las cosas quedaran allí. Eso era, pues, lo mejor.

Ocupado en estas reflexiones, cruzó las calles y

entró en su casa. Felizmente, Marta no se hallaba en ella. Era seguro que Rosa-Luz, su amiga predilecta, la habría invitado a comer, reteniéndola también por la tarde. Mejor así. Teodoro se dirigió al estudio para ver si podía distraerse leyendo algún libro interesante o escribiendo algunas cartas; pero como nada de esto fué capaz de arrancarle el disgusto y la pena humillante que llevaba en el cuerpo, tomó nuevamente su sombrero y se marchó al café, donde estuvo en compañía de otros amigos hasta las doce de la noche. Cuando entró de nuevo en su casa, Marta dormía tranquilamente y todo se hallaba hundido en el silencio. Al menos, por esa ocasión nadie le dirigiría preguntas peligrosas. Tan fatigado estaba, que no le costó gran trabajo dormirse; y fué para él una verdadera sorpresa ver entrar al otro día la luz de la mañana y oír sonar las diez en el reloj de la vecina iglesia. Todas sus preocupaciones le asaltaron nuevamente al abrir los ojos; y martirizado por ellas se hizo la *toilette* matutina, en la que invirtió una buena parte de la mañana; después se vió largamente en el espejo, como un autómatas, y salió de la alcoba para encaminarse al comedor. Allí estaba Marta.

—¡Dichosos los ojos que te ven!—dijo la joven avanzando hacia Teodoro—. Rosa-Luz me detuvo todo el día; pero anoche, al volver, te esperaba yo con ansia para saber por fin si agradó a Clementina tu regalo, que era bien hermoso por cierto.

Como única respuesta, y para no tener que hablar, Teodoro entregó a su hermana la carta de Clementina.

Marta leyó despacio cuanto el pliego decía.

—Pues no es poco lo que ofrece la damisela —dijo sonriendo al concluir la lectura—. Se propone llorar sobre el ramo cuando el tiempo haya secado las flores... Pero... difícilmente podrá llevar al cabo su propósito—añadió—, porque esas flores... están aquí.

Marta señaló hacia el aparador que se hallaba en el rincón, y Teodoro, pálido de sorpresa, vió sobre el mueble indicado un hermoso ramo de rosas amarillas, que ostentaba en el centro un gran grupo de violetas con la forma de un corazón... ¿Cómo podía ser aquello?...

—La cosa es muy sencilla—siguió diciendo Marta—. Si oyes leer estos renglones de mi querida amiga Rosa-Luz, verás explicado el caso. Entérate, pues.

Y leyó lo siguiente:

«Querida Marta: Creo que será de tu agrado ese ramo que te envió. Mucho me hubiera gustado haber discurrido su confección y haberlo encargado para ti; pero como ya sabes que la sinceridad es mi norma, tengo que decirte que no lo he comprado yo, sino que me ha sido regalado hace un momento por Laurencia Blasio. Conociendo yo tu exquisito gusto, y viendo que el ramo es

verdaderamente hermoso, he pensado que te agradeceré poseerlo y que estará mejor en tu salón que en el mío. Recíbelo, pues, con mi afecto sincero. Tu amiga que mucho te quiere,

ROSA-LUZ.»

—Ya ves—añadió inmediatamente Marta—que no es Clementina la que va a llorar sobre ese ramo, sino... tú. Convéncete: además de casquivana, es hipócrita esa mujer...

Un gran silencio, que fué a la vez convencimiento y confesión de un contrito, respondió a esas palabras.

Y un año después, cuando Teodoro acababa de casarse con Rosa-Luz, ésta no comprendió por qué su marido le decía tiernamente y con dulce voz:

—Toda mi felicidad se la debo a cierto ramo de rosas amarillas que tú le regalaste a mi hermana, y que tenía en el centro un grupo de violetas con la forma de un corazón...

Madrid.

LAURA Y SU ORGULLO

LAURA Y SU ORGULLO

I

Llamábase Laura, y sólo porque era tan hermosa podía llevar airoosamente ese nombre, idealizado por el Petrarca.

—¡Lástima que tenga tanto orgullo!—decía más de una voz cuando la hermosa mujer cruzaba la calle—. Si fuera humilde, podría casarse, a pesar de no ser una jovenzuela; pero todos la temen por altiva...

Estas voces no llegaban hasta Laura; y si le hubiesen llegado, ella quizás habría seguido serena por su camino, sin mostrar que las oía.

Era una mujer misteriosa, desconcertante, que lo mismo acudía a las fiestas del mundo como asistía a las ceremonias que la Iglesia celebraba.

Sola se había quedado en la vida, sin más compañía que sus cuantiosos haberes; pero no se le oía jamás queja alguna contra la soledad en que vivía.

—¿Piensas casarte?—le preguntaban las indiscretas.

—No me llama el matrimonio—respondía—. Pero el día mejor, pudiera daros una sorpresa...

—Como es tan orgullosa—decían más tarde algunas de sus amigas, comentándola en casa de una de ellas—, como es tan altiva, asegura que no la seduce el matrimonio.

—Y para dejarnos ver que no le faltan enamorados decididos, nos profetiza una sorpresa—agregaba otra.

—Hay quien dice—añadió una tercera—que el hombre a quien ella quiso hasta morir, la engañó. Y por eso es ahora desdeñosa y altiva con todos.

—Nada de eso me ha dicho a mí—exclamó con énfasis la que por íntima de Laura se tenía—. Todo me lo confiesa, y de esto no me ha hablado palabra.

—Aun así, no te fíes, porque Laura es un cofre cerrado; pudo muy bien ocurrir lo que se cuenta... como puede suceder también que el día mejor nos dé la sorpresa que anuncia, casándose con quien menos lo esperemos.

—Y bien guapo será din duda el elegido—añadió una cuarta voz—, porque no ha de ser *la hermosa Laura*, como la llaman en las crónicas de las fiestas, la que escoja por marido a un hombre mediano.

—Es que, a veces—dijo la amiga envidiosa que nunca falta—, las mujeres que han llegado sin casarse a la edad de Laura, echan mano de lo primero que encuentran...

—Pues, mira, que Laura no es de ésas—dijo con brío su amiga más devota—. Y sin ir más lejos, sé yo muy bien de cierto caballero guapo y a la moda que acaba de sufrir un rechazo de la hermosa Laura...

—¡Vaya unos sueños que tienes, querida Luz!—replicó la envidiosa, riendo para ocultar su enfado.

—Bien sabes tú que no son sueños míos—dijo Luz con marcada intención e irguiéndose, mientras fijaba sus ojos largamente en los de su contrincante.

—Pues no sé yo de ningún caballero a la moda que se haya prendado de Laura...

—¡Sí lo sabes!—dijo Luz con sorda voz, poniéndose en pie y acercándose a la bella porfiada—. ¡Sí lo sabes!

—¡Pero, vamos! Por lo visto te ha picado la mosca de la ira... ¿Por qué he de asegurar que conozco a un caballero a quien no conozco?...

—Porque bien sabes quién es él—dijo Luz en el colmo de la indignación, arrojando por el suelo toda máscara y olvidando las conveniencias—. Porque sabes muy bien que ese caballero no es otro que Leoncio, tu novio...

La sorpresa dejó sin habla al corro de amigas, y Luz, sin escuchar las razones que a gritos salían de la boca de la agraviada, añadió:

—Estos mis ojos lo vieron; soy testigo asistente a la escena del rechazo. Y el que no lo crea, que se

lo pregunte al mismo Leoncio cuando yo me halle presente. Conque así, no dudéis de lo que digo; y bien sabéis vosotras que si habla Laura de sorpresas, no ha de ser para casarse con uno de sus criados. Por su belleza le corresponde un príncipe; mas si a ella le viniese en gana poner sus ojos en alguno de vuestros prometidos...

Hubo miradas recelosas entre el grupo femenino; pero Luz desbarató las nubes, lanzando una alegre carcajada.

Y cuando la risa general quedó extinguida, se hicieron cargo las damiselas de que la novia de Leoncio había salido de la casa.

—Mejor así—dijo Luz despectivamente—. Es una envidiosa que no sabe cómo denigrar a Laura... En buena hora nos libra ella misma de su presencia. Ya me venía cansando...

La charla tomó otros giros, y poco después la reunión se disolvía, quedando aplazada para el fin del verano, cuando las jóvenes hubiesen vuelto de la sierra y del mar.

No faltaron sus nombres, ni el de Laura, en la lista social que publicaron los diarios dando cuenta de la partida de «tan elegantes damas» hacia los hoteles y balnearios que la moda imponía. Y después, un silencio de tres meses cayó sobre todas ellas, como polvo que amortaja.

Pero un día sopló de pronto un vientecillo fresco, casi frío, que hizo exclamar a cuantos se habían quedado en la ciudad:

—Pronto volverán los veraneantes...

Y había razón para decirlo, porque días después, en el salón de Luz, donde acababan de quedar nuevamente colocadas las ricas alfombras y los valiosos tapices, el corro alegre de las amigas y enemigas de Laura se reunía como antes.

—¡Gracias a Dios que hemos vuelto!—dijo Luz, acomodándose negligentemente en un diván—. Mucho os extrañaba a todas.

—¿Y Laura?—preguntó la más ansiosa del grupo.

Como una respuesta preparada, la doncella entró al salón en aquel momento, llevando en la bandeja una carta.

—¡Héla aquí!—dijo Luz—. Porque esta es la letra de Laura. ¡Vaya si la conozco! Veamos lo que nos dice, pues indudablemente se habrá acordado de vosotras.

Y abriendo la carta, leyó en alta voz lo siguiente:

«Mi querida Luz: No has de haber olvidado que antes de marcharme os prometí una sorpresa, ¿no es verdad? Pues bien, héla aquí: os hago saber que en vez de casarme con alguno de los caballeros que últimamente me hicieron la corte, he preferido marcharme al convento de la Cruz, donde estoy desde hace un mes, pidiendo mucho a Dios por mis amigas y por mis enemigas—que algunas tuve—. Espero encontrar aquí la paz que en silencio anhelé; y para vosotras deseo, con esa mis-

ma paz, todas las venturas que guardan la tierra y el cielo. Tú, mi querida Luz, nunca olvides a la» que fué y será siempre tu fiel y devota amiga,

LAURA.»

La estupefacción más completa quedó pintada en los rostros de las oyentes... ¿Conque ésa era la sorpresa que Laura les preparaba?... ¿Era posible tal cosa?... ¿Y desde cuándo meditaba todo eso?...

—Yo afirmé una vez que Laura era impenetrable—exclamó Angelina, atreviéndose por fin a romper el silencio.

—Y yo—agregó Teresa—; yo también dije mil veces que Laura desorientaba a todos.

—¡Increíble!—gritó Luz en un violento sollozo, escondiendo la cabeza entre las manos—. ¡Increíble!... ¡Y esto sin despedida, sin preparación!... ¡Pobrecita amiga mía!...

Su consternación fué tal, que algunas de las presentes, contagiadas por aquellas lágrimas sinceras, juntaron las suyas a las de Luz. Y aquel salón, que momentos antes era una alegre pajarera, pareció nublarse y entrar en meditación. ¡Era tan inesperado! ¡Era tan incomprensible!...

—Hasta puede ser una broma—dijo de pronto Sofía.

Pero Luz protestó:

—¡Imposible! Bien sabéis que Laura no bromea jamás.

—Pues esto, digan lo que digan—exclamó una rubia—, no puede ser más misterioso de lo que es.

—Tiene que obedecer a alguna causa que ignoramos—añadió Sofía.

—Yo no veo más causa que la de la vocación—dijo Luz.

—Quien tiene tanto orgullo como Laura—insistió Sofía—no se halla en vísperas de meterse monja... Otra cosa ha de haber dentro de eso. A mí no me lo quitan de la cabeza...

—Pues yo voy de acuerdo contigo—dijo Paz—. Algo ha de haber en esto, que no es la vocación. Tal vez se aclare más tarde.

—El tiempo demostrará que no hay enredo alguno en el asunto—dijo Luz con firmeza—. El ratificará que la vocación, y sólo la vocación, ha llevado a Laura hasta el convento... ¡Es una alma selecta!... ¡Pobrecita amiga mía!... Ya que Dios me la arrebató, que El la cuide y que El la guarde para siempre...

Nuevas lágrimas volvieron a rodar de los ojos de Luz; pero ya sus camaradas, por más que lo desearon, no pudieron acompañarla en ellas.

Y como esta noticia restó entusiasmo al salón, las visitantes se despidieron más pronto de lo que esperaban, y Luz quedó a solas para lamentar la pérdida de su amiga predilecta.

II

El tiempo, que no se apresura ni se retarda, porque nada tiene que esperar ni que temer, corrió metódicamente, y tres años después, en el salón de Luz, una tarde en que sus amigas se hallaban allí congregadas para celebrar cierta fiesta, Sofía, la bella Sofía, se presentó de pronto llevando en la mano un sobre.

—Mira—dijo a Luz—; adivina de quién es esta carta que ayer recibí.

—¡Dios mío!—gritó Luz al reconocer la letra—. Es de Laura.

Algunas de las amigas de tan hermosa mujer la tenían un poco olvidada; pero sus enemigas la recordaban muy bien.

—¡Una carta de Laura!—gritaron las visitantes—. ¡Pronto, pronto! ¡Léenos lo que dice!

Con visible emoción abrió Luz la misiva de su amiga predilecta, recorriendo para sí los primeros renglones.

—¡No, no!—exclamó inmediatamente un coro de voces—. Hay que leerla bien alto. Ve que todas somos amigas de Laura... ¡Por Dios, no nos desesperes!...

—Es que la emoción no me deja articular palabra—dijo Luz muy conmovida.

—Pásamela a mí—exclamó Teresa, arrebatándole el pliego.

Y sin esperar a más, principió su lectura.

«Querida Sofía: Como al despedirme de todas vosotras hace ya tres años reservé la causa que me llevaba al convento—donde sigo por gracia de Dios—, van ahora estas líneas para decirte a ti, pero solamente a ti—¿lo entiendes bien?—el verdadero motivo que me impulsó a encerrarme en el claustro.

»Has de saber que estando una mañana ante el espejo de mi tocador, advertí de pronto que un hilo de plata se destacaba fuertemente entre los rizos de mis negros cabellos. Y al ver ese hilo brillante, y pensar que bien pronto—porque yo no era ya una jovenzuela—mi cabellera de azabache estaría convertida en un montón de nieve, el calofrío del terror estremeció mi cuerpo. ¿Conque el mundo tendría que asistir sin remedio alguno a la transformación de mis cabellos de ébano en hilos de plata, y de mi cutis de seda en tez rugosa de árbol sin riego?...—¡Jamás!—gritó mi orgullo—. Habrá que huir cuanto antes. —Y la idea de encerrarme en un convento cruzó como un relámpago sobre el cielo sombrío de mi imaginación... ¿Cuánto tiempo lo medité? No es de interés hacer la cuenta. Pero el resultado lo conoces ya. Y lo que no sabíais ni tú ni mis otras camaradas, era el motivo de tal resolución. Hoy te lo revelo a ti, recordando que siempre fuiste tan buena amiga. Además, como ahora huyeron ya de mi tez las rosas, como ya mi cabeza es gris, y como también mi orgullo se ha trocado en filosófica

resignación, no he vacilado en hacerte la confidencia. Pide mucho a Dios por mí.

»Yo también rezo de continuo por todos los que dejé en el mundo.

»Si aún eres amiga de Luz, dile que jamás la olvido en mis oraciones. No me olvidéis vosotras a mí. Tu amiga en Jesucristo,

LAURA.»

—¿Es posible?...—dijeron algunas voces.

—Pero ve que esa carta era sólo para ti—dijo Luz a Sofía en un tono de reproche.

Mas ésta, sin atender a la indicación, exclamó con apasionamiento, dando pequeños saltos de triunfo:

—¿No os lo dije? ¿No os repetí hasta el cansancio que el motivo del encierro de Laura en el convento era completamente misterioso? Ved cuánta razón tenía en asegurarlo. Aquí está ya la verdadera causa: el orgullo y sólo el orgullo... No me extraña... Nunca he visto una mujer más orgullosa que ésta...

—¡Y pensad lo que será para Laura—añadió Teresa—el verse ya con la cabeza gris y la tez ajada!... ¡Ella, que tanta vanidad tenía en su belleza!...

—Nunca le oí ninguna alusión sobre esto—dijo Luz con la benevolencia que la caracterizaba.

—No había sino ver su actitud—dijo Teresa.

—¡Era una gran vanidosa!—exclamó Sofía despectivamente.

—¿Y cómo se llama el engaño que esa monja pretende hacer a Dios—dijo Clemencia—yendo a encerrarse en un claustro solamente para evitar que el mundo asista al derrumbamiento de su belleza?...

—Verdaderamente—murmuró Luz, pensativa y casi para sí—, nunca pensé que Laura fuera capaz de hacer estas cosas...

—Yo siempre juzgué desconcertante a esa mujer—opinó una rubia que estaba recostada indolentemente en un sillón.

—Y yo—dijo una morena—, bien claro os manifesté que era Laura un cofre cerrado...

—¡Y tan cerrado!—exclamó Sofía—. Como que pretende engañar al mismo Dios. Ya lo veis.

—Casi no lo puedo creer—dijo Luz—. Era una mujer que me inspiraba admiración, ternura y hasta respeto... ¡Quién lo hubiera dicho!...

—Pues toma experiencia, querida—le aconsejó Teresa.

—Es que nunca acaba uno de aprender en este mundo—dijo Luz, vencida ya, con un dejo amargo de escepticismo.

—Pero a mí no me engañó jamás—respondió Sofía, radiante de triunfo—. Yo siempre esperé que el orgullo de esa mujer podía llevarla a cometer una atrocidad; y ya estáis viendo la que ha hecho. ¡Porque eso de pasar sobre Dios!... Que El la perdone.

Iban todas a signarse, atemorizadas, cuando

el criado entró al salón anunciando que estaba servido el té.

Y mientras el corro alegre se transportaba al comedor para saborear los pastelillos y las confituras, en un rincón sombrío de la capilla del Cristo, allá en el convento de la Cruz, Laura, arrodillada en uno de los confesonarios, asistida por fray Juan Alonso, cuyo rostro enjuto hablaba de mortificación y de penitencia, llegaba al final de su confesión.

La voz austera del fraile se había detenido en un punto e insistía sobre él:

—No debiste hacerlo, hija mía... No se puede mentir. Si tú, por gracia de Dios, no tienes grises los cabellos, ni ajada la tez, sino que conservas intactos los dones que el cielo te otorgó, nunca debiste decir lo contrario.

—Repito, padre mío—repuso Laura con la voz temblorosa—, repito que lo hice para castigar las últimas rebeliones de orgullo que me quedaban... Lo hice para ofrecirme a Cristo lavada ya de esa pasión...

—Ni aun así, ni aun así—replicó la voz grave y severa de fray Juan—. Tampoco hiciste bien—añadió después—al decir que tu ingreso en el convento se debió a un deseo de evitar que el mundo presenciara las transformaciones del tiempo sobre tu rostro, sabiendo, como de sobra sabemos los dos, cuán antigua y fuerte ha sido tu vocación religiosa.

—También lo dije para matar mi orgullo. ¡Eran tan dolorosas esas confidencias!... ¡Me ponían en tan ridícula situación!... ¡Hacían tanto daño a mi alma orgullosa y altiva!... Ha sido un presente que ofrezco a Dios...

—Hija mía—dijo el fraile con visible titubeo—, Dios no exige tanto... no... no. Tenías que mentir para esto... Pídele perdón, hija mía; pídele perdón... Rezarás un rosario en memoria de sus llagas...

El fraile alzó la mano entre la sombra, haciendo un signo que puso alguna luz en el rincón. Y cuando Laura, contrita, encorvada por el acatamiento, se alejaba hacia los bancos para reunirse con sus compañeras de encierro, fray Juan, mirándola partir, murmuró a media voz estas palabras que semejaban un cántico de letanía:

—Por tan grande humildad y paciencia, ¡dale el cielo, Señor!...

Wáshington.

EL NUEVO PRETENDIENTE

EL NUEVO PRETENDIENTE

—¿No sabes, querida Berta?—me dice mi amigo Luis inmediatamente después de tomar asiento—. Anoche, por fin, le declaré mi amor a Herminia.

—¡Es posible!—exclamo con un grito de satisfacción—. ¡Bendita sea la hora! Mucho has tardado en hacerlo, pero si ya por fin te decidiste a dar el paso, más vale tarde que nunca... Hasta me parece que respiro mejor. No sé cómo he podido soportar con paciencia el espectáculo de tu silencio ante una mujer como Herminia, que lo reúne todo: virtud, belleza, inteligencia, tino, juventud, discreción... Sólo un ciego como tú, o un caprichoso incomprendible, ha podido tener enfrente un modelo semejante, sin caer a sus pies rendido de amor, y esto, oyendo mis consejos y exhortaciones continuas: «Ve que Herminia te conviene para mujer; mira sus ojos, observa el encanto de su sonrisa, estudia sus movimientos, pon a prueba su inteligencia, aquilata su juicio y la alteza de sus miras; toma nota de su dulzura, de su abnegación, de su entereza de alma... Esa, esa es la mujer completa, la única que puede ser compañera y consuelo del

hombre; es la que te conviene a ti; oye mi voz; no pierdas más el tiempo...» Pero tú—¡qué desesperación!—como si no te dieras cuenta de lo que yo decía... Como si no estuviese yo hablando... No sé cómo he tenido paciencia para asistir a esa apatía incomprensible, pensando siempre que, a lo mejor, otro más listo que tú podía presentarse de pronto y llevarse la alhaja... Pero veamos, ¿qué es lo que te ha decidido por fin a declararte? Porque esto es portentoso; lo veo, y me parece mentira... Habla ¡por favor! Explícalo todo...

Luis, que me ha escuchado en silencio, puestos los ojos en la alfombra y con cierta sonrisa enigmática, se decide a hablar.

—Sí—me dice—, tenías razón en temer que un tercero se interpusiese entre Herminia y yo... Ese tercero se ha presentado ya...

—¡Cómo!—grito levantándome del sillón—. ¿Te han ganado a Herminia? ¡Habla, por Dios!...

—A punto, quizás, he estado de perderla; pero ya te he dicho que anoche le declararé mi amor.

—Y ese hombre, ese tercero en discordia, ¿quién es?... ¿Y cómo se entiende el hecho de que Herminia me haya callado todo lo que se relaciona con ese nuevo personaje?... No entiendo una palabra...

—Será tal vez porque no te ha visto en estos días.

—Es verdad. Entonces, ese tercero acaba apenas de presentarse... Pero veamos: ¿cómo has hecho

tú para descubrirlo? ¿Acaso le encontraste en casa de mi amiga? ¿Le has visto quizá por la calle?...

—Ni lo uno ni lo otro. He leído una carta suya... Y lo curioso es que ni Herminia le conoce. Parece que él trata de interesarla poniendo en juego el misterio...

—Pero ¿cómo y cuándo viste esa carta?

—Anoche, anoche mismo. Estaba yo visitando a Herminia, cuando la doncella entró al salón con una bandeja en las manos... En esa bandeja venía la misiva (que no es la primera...) Herminia la leyó frente a mí, y yo pude observar su rostro... sintiendo en mi corazón la mordedura de los celos... Porque sólo un niño no hubiese comprendido que se trataba de una carta de amor... Sí, no podía ser otra cosa. Entonces, a la idea de tener que marcharme sin haber leído lo que decía ese papel, una molestia insufrible se apoderó de mis nervios. Resolví, pues, poner en juego la poca o mucha habilidad de que dispongo, y media hora después, la carta estaba entre mis manos.

—¡Por fin!—exclamo—. Pero cuenta, explica pronto lo que decía esa carta...

—Pues decía... lo que yo esperaba ya: que su autor moría de amores por Herminia; pero que antes de presentarse a ella, iba a mostrarle su espíritu, valiéndose del medio epistolar, que permite la expansión más completa y espontánea... Habían llegado ya dos cartas anteriores...

—¿También las viste?

—Sí, también; Herminia, atendiendo a los muchos ruegos que le hice, las puso en mis manos. Son unas cartas románticas, sobrias, no mal escritas... Los celos me borran las palabras... Perdí la serenidad; comencé a aplicar algunos motes duros al autor de esos papeles, y acabé por... lo que debí empezar: por decirle a Herminia que la quiero con locura, y que estoy dispuesto a casarme con ella en el acto...

—¡Cuántas fugas ahora!—digo en tono filosófico—. ¡Ah, los hombres! Así son todos. Antes, la apatía, la calma total, la indiferencia, el desdén... Como nadie se avista para disputar la presa... Pero apenas se perciben los pasos de un enamorado que viene, entonces la palabra dormida pide subir a los labios y la parálisis desaparece, dando libertad a los movimientos... Si a ese caballero romántico no le hubiese venido la idea de presentarse, habrías dejado tú pasar a Herminia, sin advertir que es la mujer nacida para comprenderte... Confiesa tu error...

Luis, silencioso, turbado, mustio, confundido, inclina la cabeza bajo el peso de mi acusación. Y más tarde, cuando ya se marcha, tomo la pluma para decir a Herminia:

«Si no me lo impidiera una visita que espero, volaría a tu lado. Acaba de confesarme Luis que anoche te declaró su amor. Veo que la aparición de cierto caballero que, según me dijo el mismo

Luis, te ha escrito algunas cartas, ha producido el feliz resultado que yo anhelaba para ti. Nada me habías contado tú de ese nuevo personaje. Supongo que será porque no nos hemos visto; pero hay que bendecirle, pues el temor de que ganase la partida, ha sido un fuerte acicate para Luis. ¡Qué quieres! Así es la humanidad. Sólo sabe aferrar un bien cuando lo ve en peligro. Yo comprendía de sobra que Luis no abría los labios porque, sin darse cuenta acaso, te creía segura. Pero hoy, al ver él esa mano que intenta atraparte, instintivamente da el salto para defender su tesoro... Ya puedes comprender si me alegro. Esas cartas merecen un marco. Según me dijo Luis, no están mal escritas... Al oír su opinión favorable, me vi tentada de darle las gracias... porque... ¿no lo sospechas aún, mi buena Herminia?... Pues... prepárate a oírlo y a reír: has de saber que el autor de esas cartas... soy yo. Tal como lo oyes. Desesperada de ver la apatía de Luis, me he valido de esa argucia para empujarlo hacia ti... Pero cuida bien que él no se entere... ¡Como la humanidad tiene espíritu de contradicción!... Guardemos, pues, el secreto para siempre...

Tu amiga que te abraza

BERTA.»

Madrid.

EL RETRATO

EL RETRATO

¡Si el tiempo tuviera piedad!... Pero no la tiene. Por eso los cabellos de las dos hermanas habían comenzado a emblanquecer, y en sus ojos—antes tan hermosos aunque siempre tristes—, se acentuaba la sombra.

—Si él viviera—dijo Paz—, ¡qué pena tuviera yo de verme la cabellera gris! Pero tal como son las cosas...

—Es verdad—respondió Consuelo, que era la hermana menor—. Muerto Octavio, ¿qué puede importarte ese detalle triste?... Nada. Lo mismo pasa conmigo. Todo ha tomado un solo color; todo tiene el tinte gris de mis cabellos...

Y las miradas de las dos hermanas, como consecuencia de un mismo pensamiento, se dirigieron a la vez hacia el pequeño escritorio de Paz, un mueble antiguo de caoba, ricamente incrustado, en cuya parte superior, confundido con algunos delicados *bibelots*, se veía un retrato oval que representaba a un hombre joven y guapo, con traje de marino y en actitud pensativa.

Aquel retrato pertenecía a la mayor de las hermanas. La dedicatoria lo decía bien claramente:

A su bella amiga Paz, con el afecto de Octavio. Pero Consuelo, en silencio, llamaba *mío* ese retrato—como llamamos *mío* al mar, al cielo, al paisaje—. Y así como llamando *míos* al paisaje, al cielo y al mar, solamente podemos contemplarlos si abrimos la ventana o nos acercamos a ella, Consuelo, para recrearse con aquel retrato que nombraba *suyo*, tenía que abrir la puerta de comunicación que daba a la alcoba de su hermana, ya para ver la fotografía desde el marco de aquella puerta, o ya para entrar al cuarto de Paz y detenerse frente al escritorio de caoba, donde Octavio, el marino, meditaba silenciosamente hacía muchos años.

Paz, en cambio, no tenía que abrir puerta alguna para contemplar el retrato. Al levantarse por la mañana, sus miradas comenzaban a recrearse en él; durante el día, sólo con alzar los ojos, encontraba al punto las miradas de Octavio; por la noche, igualmente; y si el insomnio en las altas horas la sorprendía alguna vez, bastábale encender la luz y volver el rostro hacia el rincón del cuarto para hallar la compañía de aquel amigo fiel, que daba la impresión de estar eternamente entregado a los recuerdos.

Bien hubiera querido Consuelo tener otro retrato igual sobre su escritorio—que remedaba en todo al de Paz—, o al menos alguna copia de la fotografía; pero ésta era una sola, y el intento de sacar esa copia era otra cosa imposible. Ni Consuelo se habría atrevido a proponerlo, ni Paz hubiera

admitido que saliera de la casa el retrato, por el temor a una pérdida o a un desperfecto. Sobre todo, ¿qué habría pensado Paz si Consuelo se hubiese aventurado a proponer tal cosa?... No; aquella idea sólo cruzaba por su pensamiento como un aletazo de pájaro que va de huída; y la conformidad volvía a alisar la agitada linfa de sus divagaciones. Todo quedaba como antes: Consuelo, sin el retrato, en su alcoba; Paz, acompañada en la suya por el retrato... Y así continuaba la vida de las dos hermanas.

De tiempo en tiempo, era Paz quien lanzaba esta exclamación:

—¡Qué destino tan triste! ¡Si el buque no hubiera naufragado!...

La catástrofe de ese vapor que se hundió, publicada en todos los periódicos, dejó fríos a muchos lectores, y a otros, momentáneamente impresionados. Mas para Consuelo y Paz, que eran amigas adictas de Octavio—el capitán de aquel vapor—, ese suceso fué una sombra que cayó sobre las vidas de las dos hermanas, obscureciéndolas para siempre.

La tripulación y el pasaje habían sido salvados. Pero el capitán—un héroe, que no salió del barco sino cuando en él no quedaba ni *Faluco*, el perro—tuvo la desgracia de dar un paso en falso, y cayó sobre la furia del mar, que le engulló con violencia instantánea, sepultándole para siempre.

Y esto, cuando Octavio—según noticia oportu-

na, dada por Elodia, la oficiosa y buena amiga que nunca falta—volvía de aquel viaje, dispuesto a declarar su amor a Paz, y listo para casarse con ella...

El golpe fué de muerte. Moralmente, Paz tuvo ya que apoyarse en muletas para seguir el camino; y Consuelo—cuyo nombre debía haber sido Resignación—, tomó su cruz auestas—porque amaba en silencio a Octavio—y marchó tras de su hermana, resuelta a sostenerla en aquel derrumbe que intentaba aplastarlas a las dos.

Si andando el tiempo se hubieran presentado nuevos pretendientes que aspirasen al amor de Consuelo y de Paz, tal vez—no lo sé de cierto—las almas de estas dos mujeres, al riego del cariño, se hubiesen abierto nuevamente a la ilusión; pero el destino dispuso que, aun siendo muy bellas las dos jóvenes, ningún enamorado apareciera. Así se entiende bien por qué, aun pasado ya el tiempo, seguía siendo ese retrato el mayor y más dulce tesoro de aquella casa tranquila. Ese retrato oval era el símil de la única ventana por donde entraba el sol... Paz, que era la del derecho, tomaba sus rayos en voz alta; Consuelo, calladamente; pero las dos mujeres vivían del recuerdo de Octavio. La madeja se torcía y se destorcía sin parar, y el estambre multicolor pasaba ante los ojos de las dos hermanas, animando con los brillantes hechos del pasado la plomiza quietud del presente...

¿Recuerdas qué extraño y bello era el tinte

de sus ojos?—preguntaba Paz, como una monomaniaca. Y sin esperar la respuesta añadía: —Lo curioso es que el retrato, siendo obscuro, despide el verde mar de aquellas pupilas amadas.

—En verdad que es milagroso—decía Consuelo—. El fotógrafo que hizo este retrato ha de ser un gran artista, porque, hasta sin conocer a Octavio, cualquiera podría decir, al ver el retrato, que los ojos del original eran verdes.

—Yo le diera un premio al autor de esa obra maestra—agregaba Paz—. Pero como no es cosa de hacer un viaje a Nueva York (que fué de donde Octavio me envió el retrato) para averiguar quién lo hizo y dónde vive hoy el artista, me guardo mis deseos, y me contento con las alabanzas que a diario le prodigo. ¡Bendito sea, porque ha prolongado hasta hoy la dulzura de ese rostro amado!

Consuelo asentía calladamente, y luego se entregaba a sus pensamientos. El recuerdo de todo estaba fresco en su memoria: las visitas de Octavio; su afecto por las dos hermanas; las flores que les llevaba frecuentemente; después, un día, aquella súbita aclaración, como relámpago amenazante que cruza por el escenario: la noticia de que el hombre elegido volvía de un viaje dispuesto a casarse con Paz; y luego, como final de la tragedia, el naufragio... Pocos actos había tenido el drama, pero todos eran intensos. Consuelo no contó siquiera con el tiempo necesario para preguntarse cuál iba a ser su papel, frente a Paz, al volver Octavio; la

muerte había tomado a su cargo el desenlace, indicando a cada uno el sitio y la actitud que debería guardar. Y todo se había guardado estrictamente. Porque las dos hermanas siguieron queriéndose como antes, y unidas como antes siguieron viviendo. Un solo detalle puso alguna diferencia en el plano: que Paz, con derecho ya, habló en alta voz de su pasión fracasada. Consuelo, en cambio, persistió en guardar su afecto baja llave, pero sin desistir jamás de amar a Octavio, a quien juzgaba un hombre libre hasta el fin de su vida. Con toda conciencia le guardaba, pues, en el relicario de su corazón.

No era extraño que uno mismo fuese el elegido de las dos hermanas. Desde pequeñas habían gustado de las mismas cosas. Idénticos eran sus escritorios, idénticos sus libros, idéntico su tocado. La misma tela se cortó para sus trajes de niñas; iguales eran entonces sus cabellos rubios, iguales eran después sus cabellos grises... Lógico tenía que ser su amor por aquel marino de ojos verdes y enigmáticos, que pasaba la vida en el mar, y que a fuerza de estar en él, parecía haberle robado el mejor color para pintar sus ojos. Y lógica era, por último, la devoción que esas dos mujeres consagraban al retrato.

—Si yo lo tuviera sobre mi escritorio—pensaba Consuelo continuamente—, volvería a ver la vida con el gusto de otro tiempo. La ilusión me reanimaría; tendría para mí un objeto el ir y venir

dentro de casa; porque yo cambiaría continuamente las flores de los vasos que estuvieran delante de ese retrato sugestivo; correría la cortina para defenderlo del sol; haría un plumero especial para sacudirlo; lavaría el cristal con mano de seda, y, sobre todo, podría contemplar el retrato a mi sabor cada vez que me lo pidiera el alma. Pero hay que ver con claridad las cosas: ese retrato, que por un capricho llamo mío, es un objeto ajeno...

Consuelo quedaba con la vista en el aire, lo mismo que un niño ante la mariposa que se escapa...

Y así corrían los años.

Pero una vez...—las sorpresas de la vida arreglan o desarreglan las cosas a su antojo; por eso no vale en ocasiones marcarse el camino—una vez... habían sonado ya las nueve de la mañana y Paz no salía de su alcoba. Consuelo corrió hacia allá para ver lo que ocurría.

—He pasado mala noche—dijo Paz—. Me duele todo el cuerpo. Si se me pone el termómetro, marcará muchos grados...

Consuelo tembló. He ahí una cosa en la que nunca había pensado: en que Paz llegara a faltarle. Las enfermedades no solían visitar aquella casa; la salud de las dos hermanas era completa. Por tanto, el temor de que una de ellas desapareciera, no había penetrado nunca en la mente de la otra. Mas en esta ocasión, de pronto, como al golpe de un latigazo que estimulara el pensamiento, la

chispa de una idea brilló con claridad ante los ojos de Consuelo: Paz podía morir...

Al instante, un temblor desconocido comenzó a recorrerla de cabeza a pies. Y con él fué y vino por todas partes durante los ocho días que se prolongó la enfermedad de Paz. Al alba del noveno día, el temblor se transformó en una especie de inconsciencia o de fuerza automática, con la que pudo, sin caer al suelo, oír estas palabras del doctor:

—Paz... nuestra buena Paz... se nos marcha...

Consuelo alzó los ojos para fijarlos en el médico, y él, con piedad, poniendo suavemente sobre su hombro una mano atenuadora, repitió despacio:

—Digo que Paz, la buena Paz, quiere marcharse de este mundo...

Consuelo corrió hacia la alcoba de su hermana, y arrodillándose junto al lecho, clavó los ojos en ella con trágico dolor.

—Confórmate—le dijo Paz débilmente, cortando las frases—. He arreglado ya mis cuentas con Dios... Ayer, mientras descansabas en tu cuarto... para que no te asustaras... nuestra querida amiga Elodia...

Y no dijo más. Clavó la vista en un solo punto, y así se quedó, hasta que la mano del médico le cerró para siempre los ojos.

Consuelo hundió la cabeza en las colchas que arropaban a la muerta, y se entregó a las expansiones de un inmenso dolor. De allí la arrancaron

a viva fuerza el médico y Elodia. Era preciso, además, vestir a Paz para el viaje; y el tiempo apremia siempre en este mundo. Otras amigas fieles buscaron en la cómoda lo necesario para ese triste avío.

Cuando Consuelo volvió a la alcoba de su hermana, ya Paz estaba lista y ataviada para el camino. A la idea de ese viaje que iba a separar a las dos, Consuelo volvió nuevamente a caer de rodillas a los pies de la muerta, y entonces fué ya imposible arrancarla de allí. Hubo que dejarla. Se le llevó una silla, que colocó junto al lecho, y en ella pasó todo el día, rezando y llorando por la que iba a partir.

Llegada la noche, fué preciso encajonar a Paz.

—¿Encajonarla? ¿Como se hace con los cuadros, con los libros, con las cosas?...—dijo para sí Consuelo, ayudando ella misma a bajar del lecho a su hermana—. ¿Es posible?...

—Sí—le respondió la realidad.

—Al menos—rogó Consuelo, desolada—, que no se ponga la tapa al cajón durante la noche.

El médico aprobó, y Consuelo quedó instalada junto al féretro, donde pasó la velada completa.

Al rayar las primeras luces del amanecer, un calofrío la recorrió, pensando que algunas horas después saldría Paz de la casa. Mas así como cuando van a marcharse las visitas estamos pendientes de que no olviden prenda alguna de interés, Consuelo recordó el rosario de plata que tanto amaba su hermana, el crucifijo, el abanico de concha

nácar—recuerdo de su madre cuando era joven—, las medallas, un collar, el relicario... Era preciso traer todo eso y colocarlo cuidadosamente dentro de la caja. El rosario se le pondría a Paz en las manos; el crucifijo, sobre el pecho, bien atado para que no pudiera resbalar ni separarse de ella, y el collar, el relicario y las medallas, en el cuello...

De pronto, Consuelo se dió un golpe en la frente... ¿Cómo había podido olvidar una cosa tan importante?... ¿Era posible aquello? Mentira parecía; pero el hecho estaba claro ante los ojos: Consuelo no había inscrito en la lista de los objetos que debía llevarse Paz, el retrato de Octavio... ¿Era el egoísmo el que se interponía para ocultar aquel objeto y lograr que Paz se marchara sin él?... Consuelo se estudió brevemente. Durante ese corto momento, una rápida vacilación, como el movimiento instantáneo de un edificio cuando hay temblor de tierra, le dijo al oído que no se apartara de aquel retrato. «¡Quédate con él!—insinuó una voz halagadora—. Tuyo será ese retrato para siempre... No lo entregues...»

Pero Consuelo, escapando al sortilegio de aquellas palabras, dijo en tono firme, como quien da en alta voz una respuesta inquebrantable:

—Ese retrato se irá con Paz.

Y se levantó de la silla para correr en busca de él. Mas al llegar al escritorio, una exclamación de sorpresa le subió a los labios: el retrato había desaparecido...

Con ojos de espanto examinó la mesa, la vitrina, el anaquel. Después se dirigió hacia el armario: allí revolvió cajones, paquetes, ropa... El retrato no estaba por ninguna parte. Volvió al escritorio para buscarlo en los diversos departamentos; pero tampoco pareció. Después de un riguroso examen por toda la casa, fueron interrogados los criados, mas ninguno de ellos pudo decir una sola palabra que diera luces sobre él.

Aquellas investigaciones ocuparon muchísimo tiempo. Cuando Consuelo pudo advertirlo, se encontró con que apenas disponía de algunos momentos para colocar las reliquias en la caja de Paz. Voló a buscarlas, y ya sin darse cuenta exacta de las cosas, porque el dolor la tenía como anestesiada, volvió con ellas y las colocó lo mejor que pudo; besó largamente la frente de su hermana, y luego vió cómo ponían la tapa sobre el cajón, cómo levantaban éste en hombros y cómo avanzaban todos hacia la puerta... El fin había llegado ya.

Consuelo, bañada en lágrimas, se apoyó en el muro del pasillo; de allí la arrancaron unos brazos piadosos: eran los de Elodia.

Esta devota amiga no se apartó de ella un solo instante en el transcurso de ese día; ni la abandonó tampoco en los que le siguieron, todos largos y crueles como aquél.

Más tarde, pasadas tres semanas, Elodia tuvo al fin que partir.

—Todos se van—exclamó Consuelo—. Esa es la ley...

—Pero antes de marcharme—le dijo Elodia en voz baja y con tono misterioso—, quiero entregarte un encargo que tengo para ti: es una carta de Paz y un paquete que ella misma me dió...

Consuelo, temblando de sorpresa y de emoción, recibió ambas cosas de las manos de su amiga.

—Queda cumplida mi encomienda—dijo Elodia—. Me marcho, pues, para volver mañana.

A solas ya en el salón, Consuelo puso el paquete en el diván, y rompiendo con mano temblorosa aquel sobre, sacó el papel y leyó entre sollozos:

«Mi querida hermana: Dejo a Elodia esta carta para que te la entregue días después de mi partida. Cortos serán mis renglones, pues me siento muy mal. Pero vamos al objeto de ellos.

»Sé de antemano, porque te conozco bien, que al verme morir, intentarás poner dentro de mi féretro, con otras queridas reliquias, el retrato de Octavio; pero yo, que he adivinado tu profundo cariño por ese amigo de las dos, no puedo permitir tan abnegado intento; por el contrario, deseando ser una hermana digna de ti, he resuelto dejarte ese retrato como la mejor y más preciada herencia. Así, pues, para que esto se cumpla rigurosamente, he rogado a mi buena Elodia que apenas me vea cerrar los ojos, retire del escritorio el retrato de Octavio y lo guarde consigo para entregártelo, con

esta carta, cuando yo esté ya dormida en el cementerio.

»Que ese retrato te acompañe en mi nombre. Nunca olvides a tu hermana

PAZ.»

Consuelo, bañada en llanto, puso devotamente los labios sobre aquel papel, y después de encomendar a Dios el alma de su hermana, desenvolvió el paquete y sacó el retrato. Era el mismo de siempre, la misma figura sugestiva, con su traje de marino, su actitud pensadora y sus ojos color de mar...

Lo tomó con unción, y encaminándose a su alcoba, llegó hasta el escritorio y en él lo colocó suavemente, mientras murmuraba para sí:

—Ya es mío. *Paz* me lo ha legado... Puedo retenerlo en *paz*.

Y después de contemplarlo un momento, fué a correr la cortina para defenderlo del sol.

Madrid.

LA GLORIETA DE LOS JACINTOS

LA GLORIETA DE LOS JACINTOS

Mi amiga Lola tenía a su cargo la sección de consultas de la revista *Floridel*. Las cartas le llegaban a montones, y los sobres eran de todas formas y tamaños; los había largos, cuadrados, blancos, grises, azules, rosa... Antes de poner la mano en ellos, Lola vacilaba un poco. ¿Por cuál debería comenzar?

—Hoy, empieza por éste—le dije una mañana, indicándole un pequeño sobre orlado de violeta, en cuyo cierre se veía un gran lacre redondo, sellado con una mariposa.

Mi amiga, después de leer aquella carta, sonrió y me dijo, poniéndola en mis manos:

—Como es anónima, no tengo escrúpulo en mostrártela. Y si quisieras ayudarme respondiendo a la consulta que trae... Mientras tú lo haces, podría yo seguir abriendo sobres...

Tomé la carta y busqué la firma. Era de mujer y decía lo que sigue:

«Soy muy desdichada. El orgullo me convierte en su víctima. El es mi verdugo y mi guía; él hace de mí su juguete. Y lo peor es que entendiéndole

así, no encuentro fuerzas para corregirme. Pero lleguemos al punto concreto. Por una futilidad que no es del caso referir, he roto relaciones con mi prometido. La boda había quedado fijada para el próximo otoño. La casa estaba puesta. El viaje de novios iba a ser delicioso: recorreríamos Alemania, Italia, Suiza... Datos son éstos que muestran lo serio y formal del compromiso. Pues bien, a pesar de todo ello, aguijoneada solamente por el acicate del orgullo, cegada por él, he prescindido de cuanto tenía delante, y he roto los lazos que me ataban a mi prometido. ¿Quiere usted decirme ahora cómo podría volver a él sin que esto constituya para mí una humillación? Yo sé que con sólo escribirle: «Ven, que te espero donde siempre», él estaría puntual en la *glorieta de los jacintos*, que es uno de los más hermosos sitios del parque de mi casa, donde iba yo a esperarle cada vez que venía. Esas cuantas palabras bastaran para traerle nuevamente; pero el orgullo me ha cogido la mano con su garra, y no quiere soltármela... ¡Por favor, un plan que me salve, porque me siento morir! ¡Algo que no sea humillante y que me lleve de nuevo hacia el hombre que amo con toda el alma! El es mi vida. Sin su amor no hay felicidad para mí. Con ansia espero ese plan. Una palabra salvadora, un consejo, un ardid... ¡algo, Dios mío, que me saque de este tormento, sin que peligre mi... orgullo—lo confesaré de una vez—, sin que ello me traiga ninguna humillación! Mis señas son

ésta: *Rosalinda. Poste Restante*. Todo se lo agradecerá infinitamente su más devota servidora.»

Concluída la lectura de la carta, dije a Lola, mi amiga:

—Difícil es la respuesta. Hay que volver el prometido a esta mujer, sin que ella tenga que abrir los labios, porque su orgullo es desmedido... Ella misma confiesa que le bastaría citar a su amigo en cierta *glorieta de los jacintos*, para que él...

—¿De *los jacintos*, dices?—exclamó mi amiga—. Pues oye—añadió—: lo curioso es que el novio adolece del mismo defecto... Tiene también un orgullo indomable...

—¿Cómo lo sabes?—le pregunté—. ¿Acaso le conoces?

—Mira esta carta que estoy leyendo: por lo que ella dice y por lo que me dices tú, acabo de identificar a este hombre como el novio de esa mujer.

Lola me tendió el papel, y yo leí lo siguiente:

«Por una verdadera nimiedad he reñido con mi prometida. Fácil me sería reanudar las relaciones, pues sé que ella me quiere, y ella sabe muy bien lo mucho que la quiero yo; me bastaría, pues, con escribirle: «Hoy, a la hora de siempre, estaré en la »*glorieta de los jacintos*; te ruego que me aguardes »allí.» Pero el hecho de pronunciar tales palabras, constituye para mí una humillación que me es imposible aceptar. Confieso que me domina la pa-

sión del orgullo. Sólo así se concibe que estando ya señalada la boda para el próximo otoño, puesta la casa, y el viaje de novios planeado para recorrer Alemania, Italia y Suiza, prescindiera de todo con tal de no ser yo quien busque la reconciliación. El orgullo me lo impide. No puedo escribir palabra alguna que me humille. Para salvarme, pues, y salvar mi dignidad, recurro al talento y argucia de una mujer que, como usted, vive señalando a cuantos se lo piden, caminos hábiles que llevan siempre a la meta deseada. Ruégole, por tanto, que me indique lo que debo hacer para que mi prometida vuelva a reanudar su lazo conmigo sin que yo sea quien lo solicite. Sólo una mujer podrá ayudarme a lograrlo. La fuerza del hombre nada vale junto a la astucia femenina. Toca a la bondad de usted señalarme un plan para recuperar la inmensa dicha que he perdido. Yo adoraba y adoro a esa mujer. Sin ella, estoy desesperado. ¡Vuélvamela usted, por favor!... Mis señas son estas: *Leonel. Poste Restante*. Acepte mi reconocimiento, y créame su más humilde servidor que le besa los pies.»

—No cabe duda—dije a mi amiga concluyendo la lectura—. Este es el novio que hay que restituir a la autora de la carta. Y se lo restituiremos en seguida; acabo de discurrir el plan. Los dos prometidos quedarán reconciliados, como desean; pero a la vez hay que mortificar su orgullo... Vas a ver.

Y tomando la pluma, escribí lo que sigue:

«Rosalinda: Está en mi poder la carta de usted; voy a darle el consejo que me pide. Por lo que dice la misiva que aquí le adjunto, y que, como usted verá, es de su prometido para mí, pude identificar a este caballero como el novio de usted. Voy a escribirle a él diciéndole que mañana, a las cinco de la tarde, acuda a la *glorieta de los jacintos*, pues sé que una sorpresa le espera allí. El irá, sin duda alguna, y usted podrá presentarse en ese sitio sin menoscabo de su orgullo, mostrándole simplemente la carta que aquí le adjunto, y que, como ya le indico, es de su novio y está llena de afecto hacia usted. La autorizo para decirle que yo se la envié y que usted ignora cómo procedí para saber que esa carta se refiere a usted. El quedará castigado en su orgullo, y aunque de momento se vuelva contra mí, como es natural, habrá de perdonarme al ver que usted queda al fin reconciliada con él. (Porque no dudo que usted sabrá aprovechar la hermosa ocasión que le ofrece esa carta para volver a su prometido sin menoscabo alguno de la dignidad, y hasta en triunfo, ya que él mismo dice que no puede vivir sin usted.) Tal es el plan que le propone su más atenta servidora.»

Y minutos después de mandar estos renglones a *Rosalinda*, agregando a ellos la misiva de *Leonel*, dirigí a este caballero la carta que sigue, incluyendo en ella la de *Rosalinda*:

«Por lo que dice la adjunta que le envió, pude identificar a la autora de ella como la prometida de usted. Ya le escribí diciéndole que mañana, a las cinco de la tarde, esté en la *glorieta de los jacintos*, pues sé que le espera allí una sorpresa. Irá seguramente, y usted podrá presentarse también en ese sitio sin mengua de su dignidad, atendiendo simplemente al gran afecto que muestra por usted la carta adjunta, la cual enseñará usted a su novia, notificándole que yo se la envié y que usted ignora del todo cómo he procedido para saber que dicha carta se refiere a usted. El orgullo de su prometida quedará castigado, y aunque ella me censure de momento, juzgándome indiscreta, y quizá desleal, podrá perdonarme fácilmente cuando vea que la paz entre ustedes dos está arreglada. (Pues creo que usted aprovechará la ocasión que le da esa carta para reconciliarse con su novia sin detrimento de la dignidad.) El plan que propongo a usted no puede ser mejor. Quedo su más atenta servidora.»

Días después de escritas estas líneas, se recibió en la redacción de *Floridel* un pequeño sobre conteniendo las palabras que siguen:

«Como dos gorrioncillos incautos caímos en el lazo que usted nos tendió... Puntuales llegamos a la *glorieta de los jacintos*... El castigo fué duro

y cruel... pero estamos ya reconciliados. La boda será en otoño. Gracias le envían por su consejo —que ha sido lección provechosa—sus adictos amigos *Rosalinda y Leonel.*»

Madrid.

RESULTADOS DE UNA CARICATURA

RESULTADOS DE UNA CARICATURA

(De las memorias de Juanilla.)

Don Ciriaco era el amigo preferido de mi padre. Tarde a tarde compartía con él su chocolate y sus pasteles.

En casa, don Ciriaco tenía una silla, un sitio en la mesa, y hasta una taza especial y una cucharilla.

Mi padre no podía pasársela sin él. La presencia de su amigo le era absolutamente necesaria.

Si en el almuerzo presentaba mi madre algún platillo extraordinario de mermelada o postre, en el acto decía mi padre:

—Hay que guardar un poco de esto a don Ciriaco.

Si algo le hacía sonreír—cosa que acontecía muy contadas veces, porque el autor de mis días era un hombre excesivamente serio, casi grave—, se le oía exclamar:

—¡Lástima que don Ciriaco no esté aquí para que riese a boca llena!...

La llegada de aquel amigo ponía en la fisonomía

de mi padre cierta luz de complacencia. Y cuando sonaban las seis, hora que invariablemente marcaba la despedida, el rostro de mi padre se velaba.

—¡Que salgan los chiquillos a dejar a don Ciriaco!—gritaba mi padre desde el corredor, dirigiendo la mirada hacia el patio.

—¿Has oído, Juanilla?—repetía mi madre, llamándome ansiosamente—. Sal con tu hermano, que don Ciriaco se marcha...

Y entonces, de entre las apretadas matas de aquel jardín oloroso a naranjos y a tomillo, salían pausadamente dos diablejos socarrones que, haciendo esfuerzos por contener la risa, se unían a don Ciriaco para hacerle guardia de honor hasta la puerta... Esos dos diablejos éramos mi hermano y yo.

Don Ciriaco, mientras cruzábamos los corredores, ponía cariñosamente una mano sobre nuestros rebeldes rizos, y entretanto, las miradas de mi cómplice y las mías se cruzaban en el aire como espadas relampagueantes de doble filo...

Era que don Ciriaco tenía sus puntas de personaje cómico.

Aquella nariz, que le había valido entre nosotros el sobrenombre de *tío Juditas*, era idéntica a la que los coheteros eligen para personalizar al apóstol traidor que paga su delito de año en año, muriendo ignominiosamente chamuscado, mientras un público alegre le escarnece con sus risas. Las piernas de don Ciriaco, delgadas y curvas, delineaban

una O perfecta; el cuello era largo, muy semejante al de una ave zancuda; dos mechones, en curva también, le adornaban las sienes, lo mismo que si fuesen dos cuernecillos cuidadosamente dibujados con carbón; los ojos eran redondos y expresivos; la sonrisa, halagüeña y jovial... No, no era posible que un personaje de tal naturaleza, pasara inadvertido ante la crítica infantil, y menos aún teniendo, como tenía *tío Juditas*, causas particulares para ganarse nuestro descontento.

Figuraos que, cuantas veces por la tarde atrapábamos con nuestra red algún abejorro deslumbrante de hermosura, y pretendíamos entrar en el despacho para mostrarlo a nuestro padre, aquellos deseos justísimos eran rechazados por unanimidad:

—¡Cuidado con interrumpir! Hay visitas. Don Ciriaco ha llegado...

Ya comprendéis... Abejorro y red iban a dar al suelo, y nuestras manos se alzaban en el aire pidiendo al dios de las venganzas los más crueles castigos para don Ciriaco...

Si durante la merienda, en el momento que don Ciriaco estaba con la palabra en la boca, nos atrevíamos a levantar la voz para solicitar mayor ración de postre, una mirada severa de nuestro padre y un rápido ademán de nuestra madre, nos imponían silencio, y entretanto, el criado levantaba de la mesa la fuente, y todas nuestras esperanzas tenían que partir con ella a la cocina...

Entonces mi hermano y yo, calladamente, nos

mirábamos de nuevo, y las espadas volvían a cruzar en el aire sus agudos filos...

¡Vamos, que don Ciriaco se había convertido en nuestra cruz!

Su nombre era el símbolo del impedimento. Con él se desbarataban todos nuestros planes, todos nuestros más hermosos castillos...

Por eso cuando se despedía en la puerta y nos volvía, por fin, la espalda, mi hermano y yo, discretamente para que mi padre no pudiese advertirlo, le tarareábamos la más jubilosa *diana* que ha sonado en este mundo.

Pero nunca estuvo don Ciriaco más asaeteado por los rayos de nuestra santa cólera que en aquella noche del 20 de mayo...

Se estrenaba el Teatro Infantil; debutaba en él la *Gran Compañía de títeres Rosas Berriel*; daban *Los polvos mágicos*; y mi padre, saliéndose de aquel programa de encierro a que sujetaba su vida y la nuestra, había decidido llevarnos a la función.

No hay para qué describir el júbilo que nos embargaba. Estábamos en los círculos del éxtasis.

La rebeldía de nuestros rizos había sido aplacada convenientemente por las manos suavísimas de mi madre. Mi hermano lucía su traje de marino; a mí se me había ataviado con el vestidillo azul de seda y el sombrero de los días festivos; mi padre, sin perder un ápice de su prosopopeya habitual, portaba sus pantalones claros, su levita negra, su sombrero de ceremonia, sus guantes, su bastón...

Temblábamos de pensar que un aguacero repentino viniese a impedirnos la salida. Habíamos puesto cruces de papel tras de la puerta de entrada, para que no pudiese pasar por ella visita ninguna—en don Ciriaco no pensábamos, porque jamás iba de noche y porque ya había estado en casa por la tarde—; habíamos rezado los cincuenta padrenuestros gloriados, que vencen dificultades... en fin, lo habíamos hecho todo.

Y a pedir de boca habían salido nuestras peticiones, porque después de los mil arreglos que precedieron a la partida, pudo por fin la alegre caravana cruzar sin dificultades el largo corredor y desembocar sin peligro en aquel cubo de zaguán provinciano, largo y angosto como un anteojo de teatro.

El corazón nos latía con violencia... Diez pasos más, y estaríamos en la calle... Ibamos a correr para salir más presto aún, cuando he aquí que dos formidables golpes, dados en la puerta, nos paralizan de sorpresa y de horror... Mi padre avanza, la puerta se abre, y en el hueco de ella, como en una maligna linterna mágica, vemos pintarse enérgicamente la sombra chinesca de don Ciriaco, que se adelanta hacia nosotros seguido por otra sombra...

Mi hermano y yo perdemos el habla; pero aun nos queda sano el oído para escucharlo todo...

—¡Por fin!—dice don Ciriaco dirigiéndose a mi padre—. ¡Por fin entra en tu casa don Basilio

Méndez, nuestra gloria nacional en química!... Trabajo me ha costado arrancarlo a sus retortas; pero no ha podido escaparse... no, no ha podido... Ya le tenemos aquí... ya... ya...

—Pasen, pasen ustedes—dice mi padre con entusiasmo, dando media vuelta hacia adentro y arrastrando consigo al *tío Juditas* y a su acompañante—. ¡Buen rato vamos a tener!... ¡A la sala, a la sala!...

Mi hermano y yo, como dos deportados y sin explicación alguna, somos conducidos a las piezas interiores, y allí, sin compasión, sin una mirada de misericordia, se nos despoja de nuestros elegantes atavíos y se nos ponen nuevamente los baberos rayados, que ahora nos parecen uniformes de presidiarios.

La verdad es que, con ellos encima, creemos estar en carácter, porque tenemos la mirada torva y nos sentimos capaces de cometer los más horrendos crímenes...

¿De qué modo habríamos podido hacer pagar a don Ciriaco el que a su vez acababa de perpetrar contra nuestras indefensas personas? ¡Ah! Hubiera habido mil maneras de tomar venganza; pero era imposible dar a nuestro padre el mayor de los disgustos, hiriendo a su favorito.

—¡Nada podremos hacer contra él!—dijo mi hermano con la voz apagada por la cólera y tomando asiento en un sillón.

—Es verdad—le respondí—. ¡Nada!... ¡Absolu-

tamente nada podemos hacerle!... Pero—agregué en seguida—no se librará de que yo le pinte su retrato.

Y diciendo esto traje un lápiz, una goma de borrar y un cartón azul.

No era la primera vez que mi afición al dibujo me llevaba a manejar el lápiz; así, pude con facilidad hacer primores sobre la chinesca silueta de don Ciriaco. Le respingué la nariz, le combé más las piernas, le redondeé los ojos, y en seguida le puse joroba de polichinela, pescuezo de ganso, cabeza de melón y cuernos retorcidos...

Concluído el trabajo, lo pasé a mi hermano para que opinara, y una estrepitosa carcajada, que le tiró en el suelo, donde rodó regocijadamente, fué la comprobación de que mi dibujo merecía la nota de *sobresaliente*.

—Ahora—dije—¡a meter este cartón en el gabán de *tío Juditas*!...

Y, muy a las callandas, llegamos al sitio donde estaba el perchero, buscamos el gabán de don Ciriaco, e introdujimos la caricatura en uno de los bolsillos.

—Sólo así—dije a mi hermano—podremos vengarnos de ese viejo, sin que papá lo sepa.

Hecho esto volvimos a la alcoba, y no dejamos de reír sino hasta que el sueño nos venció.

Pero al día siguiente, al despertar, los dos nos vimos asaltados por el mismo pensamiento de temor: don Ciriaco podía mostrar a nuestro padre aquel dibujo...

La sangre se nos heló en las venas...

—Ahora sí—dije a mi hermano—, estamos completamente perdidos...

Hubiéramos querido que la tarde no llegase, para que *tío Juditas* no pusiera los pies en nuestra casa; pero contra todos esos deseos, la tarde se presentó bien pronto, y con ella, la silueta de don Ciriaco cruzó parsimoniosamente los corredores para internarse en la sala...

Mi hermano y yo huímos hasta el fondo del jardín; pero la intranquilidad nos obligó a volver, y entonces resolvimos observar el campo enemigo metiendo un ojo por la ranura de la puerta.

Nuestros presentimientos no nos habían engañado.

Allí estaba don Ciriaco, en pie, como esperando un fallo, en tanto que mi padre, con las gafas puestas, observaba atentamente un cartón azul que tenía en la mano... Aquel cartón era el retrato de su amigo.

Temblé; pero a pesar de mi terror, me pareció descubrir en el semblante de mi padre algo como una sonrisa que pugnase por plegar sus labios...

Mas esto, que seguramente era sólo una ilusión de mis ojos, no me alentó, y nos retiramos de la puerta más atemorizados aún.

Concluída la visita de don Ciriaco, mi padre apagó las luces de la sala y se dirigió a la alcoba de nuestra madre, donde mi hermano y yo, mus-tios y cariacontecidos, habíamos ido a refugiarnos.

Al ver el rostro severo de mi padre, volvimos a temblar, e, inclinando la cabeza, nos preparamos para recibir el aguacero... Pero contra todo lo que esperábamos, mi padre, señalándome con el índice, dijo así a mi madre:

—Mandarás llamar a don Manuel para que, desde mañana, dé lecciones de dibujo a esta chiquilla... Parece que tiene algunas disposiciones...

En seguida mi padre tomó el camino de su cuarto, y mi hermano y yo sentimos la frescura del que, después de estar en un horno de fuego, sale de pronto al aire fresco de un jardín encantado...

Y al día siguiente, bien peinada, con las manos relucientes y los ojos brillantes de felicidad, recibía yo de don Manuel mi primera clase de dibujo.

Méjico.

CÓMO ES MI VECINO

COMO ES MI VECINO

¿Cómo es mi vecino?

Las lectoras noveleras se lo imaginarán de cabellos rubios, alto, delgado, interesante, muy cerca de los treinta, con el aire un poco romántico. Y las lectoras que no han leído folletones, lo supondrán corpulento, elegante, de sanos colores, de cabello y ojos negros, muy buen bailador y frisando en los veinte... ¿No es así?

Pues todas os habéis equivocado.

Sabed que mi vecino es pequeñín... porque sólo cuenta nueve años.

Mas ya se lo perdonaréis cuando haga yo su descripción. Y no adelantemos; es preciso decir antes otras cosas.

En Madrid hay tres tipos de casas: el palacio, más o menos grande, más o menos suntuoso; el hotel o casa particular, rico o modesto, habitado por una sola familia, y la casa de departamentos, donde viven tantas familias como departamentos hay.

El que mi vecino habita es pequeñito: sólo consta de una alcoba, de un comedor chiquitín que hace

a veces el papel de recibimiento, y de una cocina minúscula.

Estas tres piezas tienen cada una su correspondiente ventana, y estas ventanas se abren sobre un cubo de patio interior, hacia el cual da también una de las ventanas de mi casa.

Diré asimismo que estando la vivienda de mi vecino más baja que la mía y frontera a ésta, puedo muy bien enterarme de lo que en ella pasa.

«¡Curiosa es la vecina del chicuelo!», diréis, pensando en mí.

Pero me lo perdonaréis al punto, porque muy bien puedo yo decir a mi vez: «¡Curiosos sois vosotros, que estáis leyendo lo que sobre mi vecino escribo!...»

Mas basta de digresiones, y concretemos.

Mi pequeño amigo vive con el único ser que le es allegado: su padre. Y su padre—cosa extraña—es casi un anciano, alto, con el rostro un tanto demacrado y los ojos melancólicos.

La historia de estos dos seres me es desconocida del todo; pero su existencia diaria está ante mi vista.

Por las horas metódicas que dura cotidianamente la ausencia de mi vecinillo, comprendo que el niño va a la escuela. Y por las horas, metódicas también, que dura la ausencia del padre, comprendo que éste sale a desempeñar diariamente algún empleo u otra labor particular.

La vuelta del padre y del hijo a su casa coin-

ciden. Y he advertido, además, que al entrar los dos, a mediodía, siempre traen en las manos diversos paquetes que colocan y desenvuelven sobre la mesa del comedor.

Sé muy bien lo que viene en esos paquetes, y voy a decirlo para que vosotros no lo ignoréis: en ellos vienen huevos, panecillos, jamón, queso algunas veces, azúcar otras, leche condensada, café, sal, arroz, tomates, merluza, caracoles o quisquillas... Con más o menos variación, los paquetes traen siempre estas cosas.

Y no preguntéis por la criada de esa casa, porque ya comprendéis que allí no hay criada ninguna.

Bien temprano, por la mañana, padre e hijo arreglan su alcoba, sacuden y barren el comedor y dejan como el oro la cocina. Después, ¡al fogón!

He advertido que el niño no permite a su padre acercarse a la lumbre, sino que es él quien maneja a maravilla los cacharros y las llaves del gas. He observado con cuánta pericia descuelga la sartén, vierte en ella el aceite, lo quema como es debido, y luego dora en él una raja de merluza o una pescadilla entera, rebozada en harina. Sabe hacer muy buen arroz con almejas, un plato de callos, unas criadillas aderezadas con tomates y pimientos, un rico bacalao con patatas, una sopa de ajo, unos calamares, unos cangrejos...

Mas no porque mi vecinillo es un maestro de cocina, vayáis a pensar que él y su padre se regalan

con opíparos banquetes. Bien lejos de ello están los dos.

Un solo plato de éstos compone a diario la comida o la cena de mis dos amigos; y por la mañana, una simple taza de café con leche y un panecillo forman su desayuno.

Lo diré ya, si no lo habéis comprendido: mi pequeño vecino y su padre sufren pobreza. Y esa es la clave de que no haya criada allí, de que en la mesa no se tome vino, de que el calzado del padre y el del hijo esté deteriorado, de que su sombrero haya perdido la buena forma, de que su ropa esté raída...

Me duele ver la escoba en las manos del anciano, y me duele ver las blancas manecillas del pequeño frotando los cacharros o traficando en el fogón.

Querría ser una hada para entrar a hurtadillas en esa casa y dejar sobre la mesa del comedor un saquillo con oro. O por lo menos, ya que esto se halla fuera de lo posible, quisiera diariamente descolgar por su ventana, sin que nadie lo viese, otros paquetillos suplementarios que dieran mayor amplitud a los alimentos que se aderezan en ese fogón; pero esto no puede ser, porque, según lo he explicado, la ventana de mi vecinillo está precisamente en el muro frontero al de la mía, y todo lo que no fuera arrojar hacia allá los pequetes en una indebida forma, resultaría infructuoso. Por tanto, nada he podido hacer. Además, he advertido que

mi vecino y su padre son personas retraídas y delicadas, quizá un poco orgullosas. Se diría que habiendo guardado buena posición en tiempos anteriores, están dolidas, susceptibles, y tratan de evitar todo contacto con los vecinos para ahorrarse algún dolor. Sin embargo, el pequeño no ha podido eludir mi saludo y algunas palabras que le he dirigido cuando nos hemos encontrado en la escalera. Una gran timidez le impide verme frente a frente; pero con los ojos bajos ha respondido a las cortas preguntas que he podido hacerle:

—¿Cómo te llamas?

—Enrique.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—¿Quién es el caballero que vive contigo?

—Mi padre.

—Y tu madre, ¿dónde está?

—Ya murió...

Tras una larga y penosa pausa he continuado:

—¿De dónde eres?

—De Portugal.

—¿Y tu padre?

—También de allá.

Después de estas respuestas no me he atrevido a hacer otras nuevas preguntas; pero es ya bien conocida la historia de esos portugueses que, emparentados con alemanes, o empleados en casas alemanas, tuvieron que salir de su país a toda

prisa, expulsados por la guerra. Dramas han sido éstos que han echado abajo más de una buena posición considerada como estable. Y uno de estos dramas debe de ser el de mis vecinos.

Pero comprendo que no tengo derecho alguno para hacer indagaciones; así, guardo un completo silencio y me concreto a deplorar en mi interior la mala suerte de mi pobre amigo y de su padre.

En cierta ocasión compré unos mazapanes y los di a mi vecinillo al encontrármelo en la escalera. Sonrió tímidamente, y los tomó con las puntas de los dedos.

Luego, como los vientos de octubre se soltaron furiosos el día que menos se esperaba, Enrique tuvo que sacar del armario las ropas de invierno, y una mañana le vi, ayudado por su padre, cepillando cuidadosamente las bufandas y los gabanes. Hacían sus preparativos para la terrible estación de las nieves.

Al siguiente día tuve la triste impresión de ver en la escalera a mi vecinillo con el abrigo abrochado hasta la boca, pero ¡qué abrigo, santo Dios! No quiero describirlo porque lo juzgo cruel; sólo digo que la vista de aquel guiñapo me dió fuerzas bastantes para entrar precipitadamente en la alcoba, abrir uno de los armarios de mi casa, descolgar el primer gabán que tuve entre las manos y casi sin verlo, correr con él detrás de mi vecino y decirle atropelladamente:

—Acéptalo sin vacilaciones; haz que te lo recorten, porque te viene muy largo, y pónelo sin tardanza, que los fríos nos hielan ya...

Y sin esperar respuesta, sin ver siquiera el rostro de mi amigo, le colgué sobre el brazo el gabán y huí a toda prisa, temerosa de haber cometido una falta.

A cada momento esperaba yo después oír el repique de la campanilla anunciando la devolución de una prenda de vestir... Pero la campanilla guardó reposo por un buen tiempo, y más tarde comenzó a sonar como de costumbre, para avisar que el panadero esperaba, que el periódico había llegado, que la criada volvía de la compra.

Mi corazón empezó a aquietarse, y no me dirigí hacia la ventana que daba al patio, con objeto de investigar lo que pasaba en casa de mis vecinos, porque ya sus ventanas sólo se abrían un momento en la mañana, debido al intenso frío que a todos nos hacía estremecer.

Procuré no encontrarme en la escalera con el pequeño Enrique, para evitar una conversación que diera por resultado la devolución de la prenda. Di tiempo sobrado para que se la arreglasen y hasta para que él se habituase a usarla; y cuando ya comprendí que todo eso estaba hecho, abandoné el cuidado de entrar o salir de casa a determinadas horas.

Fiada, pues, en que las cosas se habrían llevado al cabo según mis deseos, me aventuré por la es-

calera una mañana; pero he aquí la sorpresa que tuve. Apenas había dado un paso para bajar, mi vecinillo se presentó en la puerta de entrada, aprestándose a subir. Traía la gorra muy inclinada sobre la frente, para resguardar sus ojos del cierzo, y, cosa increíble, no iba envuelto en el nuevo gabán, sino que llevaba el antiguo, aquel triste guñapo que podía servir para todo menos para defender del frío...

Asombrada quedé. Y cuando comenzaba yo a idear lo que iba a decir a Enrique, éste, dando violentamente media vuelta, bajó a todo correr los pocos escalones que había subido, y desapareció como una ráfaga.

Mi desconcierto fué grande. Por un breve momento no supe qué pensar, pero después caí en la cuenta. Yo me había pasado de largo, es decir, me había desentendido de que no siendo mi vecinillo el hijo de un mendicante, sino el de un caballero respetable que tenía trabajo y seguros medios de vida, aunque modestos, el niño no podía vestirse con prendas regaladas en mitad de una escalera, y continuaba llevando sus ropas raídas, para conservar con ellas su entera dignidad.

Esto era lo cierto. Por tanto, yo había sido culpable de una indiscreción. Y mi vecinillo, para no echármela en cara, para no verse en el caso de hacerme los reproches merecidos, prefería desaparecer, como acababa de hacerlo.

Grande fué mi confusión, y por algunos días me

encerré dentro de casa, miedosa de encontrar en la escalera a los ofendidos.

Pero como no podía guardar clausura de por vida, tuve que salir de nuevo, y con tan mala suerte, que apenas puse los pies afuera, sorprendí a mis vecinos entrando en su casa precipitadamente para poder escapar a mis miradas; mas no supieron hacerlo tan presto que no me dejaran ver con toda claridad a Enrique, arrebujaado en su viejo gabán y con la gorrilla hasta los ojos. El anciano había ya dado un paso hacia adentro, y su hijo le empujaba ansiosamente con ambas manos para que le dejase libre el camino y le permitiera entrar cuanto antes.

Escenas como estas, o parecidas, se repitieron después con alguna frecuencia. Ya era el padre quien desaparecía violentamente por la puerta, ya era su hijo el que huía como un relámpago...

Me arrepentí sinceramente de haber hecho tan desatinado regalo, y quedé confundida, sin saber qué actitud adoptar. Tanto más lamentaba el caso, cuanto que había perdido la amistad de mi pequeño y querido amigo. Pero en medio de todo, no dejaba yo de censurar la conducta de su padre, pues estaba predicando al hijo el orgullo y casi la ingratitud, ya que en el fondo, mi acción no había tenido más móvil que un afectuoso interés por el niño, lo cual debía haber obligado al uno y al otro a mostrarme alguna consideración, en vez de hacerme el reproche mudo que ambos me ha-

cían obstinándose en huír de mí y hasta en volverme la espalda...

Confieso que esta idea, después de trabajar en mi ánimo por algunos días, me condujo al desagrado y al enojo. Francamente, yo no merecía la actitud que habían tomado mis vecinos. Resolví, pues, avistarme con Enrique, tratar el asunto abiertamente y darle mis excusas, para hacerle ver con ellas que no estaba bien su conducta.

Y ese mismo día, como le encontrase de manos a boca en la escalera y sin tiempo para huír, me enfrenté con él y le dije:

—Siento lo ocurrido, porque si yo te di el gabán fué solamente...

—Dispense usted—me dijo Enrique, interrumpiendo mi discurso y levantando hacia mí sus ojos llenos de lágrimas—. Dispense usted... Comprendimos, ciertamente, que hacíamos mal, porque el deseo de usted era que el abrigo fuese para mí; pero... como el gabán de mi padre estaba peor que el mío...

—¡Cómo! ¿Pero qué estás diciendo?—exclamé, indecisa, sin comprender del todo la explicación del niño—. ¿Qué quieres decir?...

—Digo—repitió el pequeño con la voz muy baja—, digo que como el gabán de mi padre estaba más raído que el mío... pues.... le he regalado el que usted me dió... Mi padre no quería aceptarlo, porque... bien lo comprendemos... no debíamos contrariar la voluntad de usted, y

usted deseaba que ese gabán fuese para mí; pero como...

—No, no—le dije prontamente—. Así es mejor, porque no ha sido necesario hacer recorte ninguno al abrigo... Se habría echado a perder... Y ahora dime—añadí bajando también la voz—: ¿aceptarás para ti un modesto gabán completamente nuevo y hecho a la medida?...

Mi vecinillo guardó un discreto silencio, pero sus ojos se volvieron hacia mí con suprema dulzura, y sus labios se plegaron en una sonrisa encantadora.

He aquí, pues, el más completo y fiel retrato de mi vecino. La cámara le ha tomado en su momento mejor: en el del éxtasis. Le habréis ya perdonado sus cortos años y ya no preguntaréis cómo es.

Madrid.

EL CONSEJO DEL BUHO

EL CONSEJO DEL BUHO

Tom terminó de tallar con su navaja aquel buho, y, entregándoselo a su pequeña amiga Mariucha, le dijo:

—Tómalo; es para ti.

La niña, transportada de júbilo, tendió sus delicadas manos para recibir el hermoso regalo. Era un buho delicioso, enigmático, de ojos encapotados y sombríos, de pupilas misteriosas, de garras medio escondidas entre un plumaje que no parecía de madera, sino que afectaba tener las suavidades y el brillo del raso.

Mariucha pasó repetidas veces las manos sobre el ave. Resbalaban deliciosamente, sin tropiezo alguno, como si acariciasen un terciopelo. Después clavó sus ojos en los del pájaro: parecían reales; aquellas pupilas fijas tenían un gran poder hipnótico.

—No comprendo—dijo Mariucha—qué es lo que has hecho para que te quedase tan bien.

—Lo he copiado de un buho verdadero—repuso Tom—. Hace ocho días que lo cogí, y lo he tenido en una jaula, escondido en el bosque, para que tú no lo descubrieras. Si quieres verlo, ven conmigo.

Mariucha se levantó del césped, y los dos chucelos, corriendo precipitadamente, cruzaron el resto del llano y se internaron en el bosque.

Un rumor fuerte, como de mar agitado, bajaba de los árboles, balanceados por el viento. Los pinos se apretaban cada vez más, y la sombra se hacía más y más densa. Cualquiera se hubiese perdido entre aquel sinnúmero de troncos, todos recios, todos oscuros, todos diseminados a iguales distancias; pero Mariucha y Tom conocían tanto aquellos sitios, que hubiesen podido cruzarlos llevando los ojos cerrados. Para ellos había veredas y rutas tan bien marcadas, como lo están las calles en un plano de ciudad. Por la derecha se encaminaban hacia el pino *abuelo*, como llamaban a un árbol altísimo en cuyo tronco, liso y grueso, Tom había grabado con gran habilidad dos niños cogidos de la mano, que representaban a Mariucha y a su amigo; por la izquierda estaba el gran hormiguero, fuente de observaciones, y hasta enseñanza de la caridad, del trabajo, de la humildad y de otras muchas virtudes cristianas que a veces faltan en las moradas de los hombres. Juan y Mariucha pasaban horas enteras ante aquel hormiguero. Sin saber que tenían testigos, las hormigas iban y venían atareadas, cumpliendo con sus encomiendas. Las unas se dedicaban a enterrar a las muertas; otras volvían con cargas diez veces mayores que ellas; éstas, se llevaban la tierra inútil y mala; aquéllas, traían la tierra nueva y rica, que

olía a salud y a frescura; todas cambiaban ideas al encontrarse en el camino. La organización de aquel ejército era perfecta. Había hormigas policías que cuidaban el orden y hormigas jueces que imponían castigos.

¡Cuántas veces Juan o Mariucha, cogidos de momento por la pereza, habían encontrado difícil cumplir alguna obligación impuesta por sus mayores! Mas recordando la voluntad admirable de las hormigas, su paciencia y su docilidad, sentían que el rubor les subía a las mejillas, y se apresuraban a cumplir con los mandatos.

Siguiendo el ejemplo de las hormigas, cuando murió la gallina blanca y negra, que era la favorita de los dos chicuelos, éstos no fueron a tirarla al monte, como hacían los vecinos del pueblo con todo animal que rendía el aliento, sino que cavaron un hoyo profundo y allí la enterraron cuidadosamente.

A ejemplo de las hormigas, Tom y Mariucha vivían en paz perfecta. Jamás reñían, jamás disputaban. El acuerdo entre los dos era completo.

Apenas tenían un momento libre, salían de sus casas, que estaban contiguas, y se lanzaban hacia el bosque. Por eso lo conocían como a sus manos.

Y cuando no visitaban el hormiguero se iban al árbol de la *ardilla*, un corpulento sabino en cuyo tronco, horadado ampliamente, habitaba la más graciosa y simpática ardilla que se ha visto. Merced a la astucia y a la maña, Tom y Mariucha se

habían hecho amigos de aquel animalejo, al que llevaban migajas de pan y pedacillos de azúcar. Muchas horas muertas de domingo pasaban los niños, casi inmóviles, sentados frente al sabino, intentando prestar confianza a la ardilla, que, meses después, iba y venía ante ellos con toda naturalidad, deteniéndose a sus pies para recoger las migajas o la fruta.

Otras veces, los dos amigos llevaban su merienda al bosque, y ya sobre el césped o ya sobre la amplia copa de alguno de tantos árboles, la soboreaban con delicia, arrullados por el susurro suave de los follajes y por el canto de los pájaros.

—¡Cuéntame un cuento!—suplicaba a veces Mariucha dirigiéndose a su amigo.

Y Tom, que era un poco mayor que la niña, se sentía paternal ante esa súplica, y, adoptando una actitud muy seria, comenzaba:

—Pues, señor, este era un brujo muy malo, que vivía en el flanco de una montaña...

Mariucha se reclinaba cómodamente sobre el tronco que estaba detrás de ella, estiraba los pies y, entrecerrando los ojos, se aprestaba a escuchar el relato de su amigo.

Pero como en aquel largo cuento había horribles cabras que se volvían personas, pajarracos con cuerpos de leones y niños asados en las brasas, Mariucha empezaba a sentir el calofrío del miedo.

Tom, exaltado por su propia imaginación, que era grande y ardiente, aumentaba el número de

los crímenes que el brujo cometía a mansalva, y cuando veía que su amiga se acercaba más a él, demandando la protección de su brazo de hombre, un gran orgullo le bañaba el corazón, y entonces, cambiando el tema de su cuento, pasaba violentamente de la parrilla donde el niño se achicharraba, al jardín maravilloso del hada Florinda, en el cual vivía el mirlo encantado que con el tiempo tomaría de nuevo su primitiva forma de príncipe.

La sonrisa y la tranquilidad volvían a los labios y al espíritu de Mariucha. Porque, pensad: ¡un mirlo que espera tan sólo el golpe de alguna varita mágica para convertirse en príncipe!... ¿No es deliciosa y alentadora esa esperanza? ¿No es ella sola capaz de alegrar y confortar una alma entenebrecida por las sombras del terror?

Mariucha sonreía, y cuando ella plegaba así los labios, a Tom le parecía que el bosque se iluminaba con una luz hermosa y nueva.

Pero volvamos a nuestro relato, que se ha quedado muy lejos. Decíamos que Mariucha, después de pasar muchas veces la mano sobre el buho de madera que su amigo acababa de regalarle, fué invitada por Tom para ir al bosque a ver el pájaro vivo que le había servido de modelo.

—¿Y cómo lo has cogido?—le preguntó Mariucha mientras corrían entre los troncos.

—Hace ocho días que lo apresé—respondióle Tom—. Estaba dormido en una rama de nuestra encina. Cuando abrió los ojos, ya se encontró cogi-

do entre mis manos. Brincó, aleteó, me hundió las garras, me picó... pero nada pudo valerle. Me lo llevé conmigo a casa, lo metí en la jaula que estaba en el cobertizo, y lo traje de nuevo al árbol para que tú no pudieses verlo. Y aquí mismo, subido en la encina y teniendo enfrente al preso, he labrado mi buho.

—¡El mío!—gritó con vehemencia Mariucha—. ¿No dices que me lo regalas?

—¡Pues si lo hice para ti!—respondió inmediatamente el artista, dulcificando la voz—. Ya sabes que es tuyo.

Los dos amigos llegaron a la encina. Tom trepó violentamente por el tronco, y tras de atar la jaula con un bramante, la hizo bajar poco a poco hasta que Mariucha la recibió en sus manos. Después, casi vertiginosamente, el chiquillo saltó de rama en rama, se dejó resbalar por el tronco, lo mismo que una lagartija, y en un santiamén estuvo en el suelo.

—¿Qué te parece el bicho?—preguntó a su amiga, ansioso de oír la respuesta.

—Me parece—dijo Mariucha sin dejar de observar al buho—que la copia es exacta. No sé cómo has podido hacer un animal tan difícil. Porque hay que ver cómo tiene los ojos... las pupilas le giran como una ruleta, y las plumas de la cara forman círculos. Y luego ¡ese entrecejo!... Parece un monje. ¿En qué estará pensando?

—Se dice—repuso Tom, imitando sin quererlo

la voz de su maestro—, se dice que el buho es un filósofo.

—¿Un filósofo?—repitió Mariucha—. ¿Y qué es eso? ¿Lo sabes tú?

—No muy bien—respondióle Tom, amedrentado un tanto por los ojos tan bellos y tan abiertos de su amiga, que parecían a veces adivinarlo todo, y que se fijaban en él con exigencia para pedirle respuestas exactas—. No lo sé muy bien; pero creo que un filósofo es un hombre que sabe mucho, que piensa mucho y que dice y aconseja las verdades, que son lo mejor.

El peso de tanta ciencia como dejaron caer en un momento los labios de Tom, puso a Mariucha pensativa.

Fijó los ojos en el buho y se absorbió en su contemplación. ¡Qué animal más extraño! No hacía frío, y él hundía la cabeza cuanto podía, envolviéndose en su plumaje espeso y erizado. El bosque, pleno de vida, se estremecía por todas partes, como un gigante que se espereza al despertar. En cambio, el buho luchaba por dormir y entrecerraba los ojos.

—Tiene mucho sueño—dijo Mariucha.

Pero Tom respondió con suficiencia:

—No; es que quiere aislarse. Como piensa tanto, los ruidos del bosque le estorban.

En ese momento, un mirlo entonó su canto. El buho, casi asustado, abrió violentamente los ojos, y en seguida los cerró de nuevo.

—¿Ya lo ves?—insistió el observador—. Le enoja todo ruido.

—Pero si ése no es un ruido, sino un canto.

—Para un filósofo, el canto debe ser un ruido. Porque el canto no es cosa seria, y al filósofo le gusta lo grave, lo juicioso, lo profundo.

Mariucha volvió a fijar los ojos en el pájaro, y luego preguntó:

—¿Qué diría si hablara?

—Ya te he explicado que sólo podría decir verdades y dar consejos útiles, porque... tú misma lo has dicho: parece un monje; y ya ves que los monjes son los que predicán en las iglesias.

—Y tú—dijo Mariucha dirigiéndose a su amigo—¿harías lo que te mandara un buho?

—Como un buho, es decir, como un filósofo no puede mandar sino aquello que es útil y conveniente, yo haría a ojos cerrados lo que un buho me dijera...

Iba a responder Mariucha, cuando unos pasos precipitados se oyeron en el bosque, y un momento después apareció el tío Lucas, padrino de Tom, con el cual vivía el chiquillo desde la muerte de sus padres.

—¡Por fin quedó ya arreglado el asunto!—dijo el hombre con voz de alegría, dirigiéndose al niño—. Todo está definitivamente arreglado. He aquí la carta que esperaba con tanta ansiedad: Varidel, el gran cortador, el sastre más hábil que se ha conocido, consiente en recibirte, y te espera en la

ciudad para enseñarte el oficio. ¡Dios sea loado, querido Tom! Tendrás que marcharte en seguida. Varidel me ofrece que, mediante tu buena voluntad, hará de ti un hombre útil y honrado. Conque ya ves que hay razón para el contento que me adviertes. Pero... ¿qué veo? ¿Os ponéis tristes los dos?...

Efectivamente, los rostros de Tom y de Mariucha se habían nublado con una sombra de melancolía.

—¿Qué tenéis, pequeños?—insistió el tío Lucas, fijando en ellos sus ojos asombrados.

Pero los labios de los niños no se abrían.

Por fin, después de una larga pausa, Mariucha se aventuró a decir:

—¿Está muy lejos la ciudad adonde Tom tiene que ir?

—Hay un día de camino en ferrocarril.

Mariucha sintió que esta distancia era tan larga como de la tierra a la luna.

—¿Y cuándo vuelve Tom?—preguntó la niña, dispuesta, como siempre, a saber las verdades.

—Tom volverá cuando ya sea un hombre.

Estas palabras, que eran tan sencillas y reconfortantes para el tío Lucas, fueron como un golpe de martillo en el corazón de Mariucha.

Tom guardaba un completo silencio. Parecía profundamente interesado en observar el buho, que parpadeaba de continuo, como si estuviese atento a lo que se decía.

—Pero cuéntame, hijo mío—agregó el tío Lucas, deteniéndose por primera vez ante la jaula del pájaro—, ¿cómo has podido coger ese bicho?

Tom seguía callado, cual si no escuchase las preguntas de su tío.

—Lo ha cogido en la encina, cuando estaba dormido—respondió Mariucha, tratando de ahorrar a su amigo una respuesta que acaso le costase mucho trabajo en aquellos momentos—. Es un pájaro filósofo.

—¿Sí?—dijo el tío Lucas, pensando ya en las cosas prácticas—. Partamos en seguida, porque hay que preparar la maleta y es preciso hacer otros muchos arreglos. Necesitamos aprovechar la vacante que deja un mal aprendiz en casa de Varidel. No todos los días hay gangas de esas...

Tom, siempre en silencio, se había levantado del suelo y con la jaula del buho en la mano empezaba a caminar tras de su tío.

—Pero ¡vamos!—dijo el viejo Lucas—. ¿Adónde llevas ese pajarraco tan feo? Dale libertad antes de salir del bosque.

Tom, maquinalmente, abrió la puerta de la jaula, y el buho, con una violencia de que no se le hubiese creído capaz, huyó volando hacia los pinos.

Mariucha se asió del brazo de Tom, como si con la huída del pájaro su amigo se considerara solo y necesitase más cercana compañía, y, apretando contra su pecho el buho de madera tallado por Tom, caminó con éste detrás del tío Lucas.

Por primera vez los dos niños cruzaron el bosque sin ver ni oír lo que pasaba en él. Parecían dos autómatas cuyo papel era seguir a aquel hombre que iba apresurado ante ellos.

Cuando los tres llegaron a la casa del tío Lucas, Mariucha, apretando aún el buho contra su pecho, y sin soltar el brazo de su amigo, se atrevió a preguntar:

—¿Hoy mismo sale Tom para la ciudad?

—No, pequeña—dijo al punto el tío Lucas, sonriendo al ver que la niña juzgaba tan fácil el arreglo de un viaje—. Se irá mañana tal vez. Di a tu madre que esta noche pasaremos por allá para que Tom se despidiera de vosotros.

Mariucha juzgó llegado el momento de soltar el brazo de su amigo, y, clavando en él una mirada que las lágrimas hacían borrosa, avanzó hacia su casa sin decir una palabra más.

Tom siguió a su padrino, y sin hacer preguntas, sin comentar el caso, con la resignación del niño pobre y huérfano cuyo deber es la obediencia, se aplicó a sacar una por una sus prendas de ropa, y fué colocándolas en orden sobre el lecho, mientras su padrino repetía con júbilo:

—¡Una ganga, una verdadera ganga!... Ve que ser aprendiz de Varidel no es poco. Hay que hacerse cargo de ello. ¡Una Casa tan acreditada como esa, que se halla en calle tan principal!... En un momento sabrás cortar elegantes trajes, y en otro momento serás ya un hombre con oficio, que tra-

baje por su propia cuenta. ¡Vamos, que Dios y la fortuna se han unido para ayudarte! Hoy mismo compraré tu billete, y mañana por la tarde saldrás para allá. Si hay que recoser alguna prenda, entrégasela inmediatamente a Cruz. Ya podrás imaginar lo mucho que voy a extrañarte, porque esa pobre vieja coja y sorda, no presta gran compañía; pero es mi obligación sacrificarme. Necesito ponerte al abrigo de la miseria. Yo tengo que morirme el mejor día, y como no poseo ni un trasto viejo que dejar, es de mi deber encarrilarte por el camino más rápido que te lleve a ganarte la vida. Siquiera eres fuerte y llevas contigo lo mejor, que es la obediencia; con ella y con tu aplicación cuento para que pronto seas un hombre de provecho. Varidel era un chiquillo como tú, que vivía junto a mi casa, y ahora... ahora le hace los trajes al rey... ¿Quieres más? ¿Y por qué tú no habías de llegar a eso mismo? Con la constancia y el empeño se consigue todo. Vamos a ver.

El pobre tío Lucas mostraba sus ideas con la sencillez del hombre que ha vivido ya y que está acostumbrado a batirse briosa y serenamente con la vida; pero para Tom, que apenas se abría a ella, cada palabra de su padrino era un golpe.

¡Dejar al tío Lucas, a quien veía como a un padre! ¡Dejar aquella casa en cuyos recovecos tenía guardadas tantas cosas y tantos recuerdos! ¡Dejar la aldea, dejar el bosque; dejar las ardillas, los hormigueros, los árboles amigos! ¡Ir a vivir con

un hombre a quien jamás se ha visto! ¡Ir a cortar casacas para caballeros, y, sobre todo, no volver nunca más a jugar con Mariucha, no saber más de ella!... Todo esto era tan extraordinario, tan imprevisto, tan doloroso, que Tom no atinaba a hablar palabra ni a formar el plan de los últimos momentos que iba a pasar en su aldea natal.

Como un vértigo se llegó la noche, y, siempre como un autómata, el niño se vió de pronto acompañado de su padrino, visitando la casa de Mariucha. Iban a despedirse, porque Tom partía para la ciudad al día siguiente. La señora Angélica, madre de la niña, felicitaba al tío Lucas por la buena plaza que había conseguido para su ahijado.

—Los años corren en un momento—decía la buena señora con una naturalidad incomprensible para Tom—; los años vuelan, y el día menos pensado veremos llegar a este chiquillo hecho un hombre, y hasta convertido en un caballero elegante... Porque aprendiendo a cortar y a vestirse en casa de Varidel... no podrá ser de otro modo. Y si no es mucho predecir, quizá no quiera ya ni hablarnos, avergonzado de tratar con gente campesina... Porque pensad no más: ¡un lujoso caballero que llega de la corte!...

Las voces de todos eran cariñosas y halagüeñas; pero Tom y Mariucha, sentados al fin del estrado, no las oían como sonidos, sino que las sentían como dardos que se les clavaban en el alma. Ellos sólo

sabían que iban a separarse para siempre, y se figuraban asistir cada uno por su lado al entierro del otro.

Como Tom era de continuo el objeto de las conversaciones, nada pudo decir Mariucha a su amigo ni éste a la niña.

Al dar las diez de la noche, el tío Lucas se levantó. La señora Angélica abrazó fuertemente a Tom, y éste salió de la casa sin haber dicho palabra a nadie, y menos a su amiga.

La noche fué larga y dolorosa para el niño. Muy poco durmió en ella. Su imaginación, como una sombra vagabunda, recorrió con Mariucha todas las veredas del bosque, cazando por la última vez ratoncillos del campo, lagartijas y camaleones. Pálido y casi extenuado, salió muy temprano del lecho. Ya el tío Lucas le esperaba para el arreglo de tanta cosa como había que preparar.

El día fué otro vértigo. Durante la mañana, el tío, siempre al lado de Tom, iba y venía con él, ya para ordenar la maleta, ya para acompañarlo a que se despidiese del cura y de otros amigos no menos respetables, ya para aconsejarlo e indicarle cuanto tenía que hacer. En todo esto se fué mucho tiempo. Comieron precipitadamente, y por la tarde la faena continuó. Cuando ya faltaba poco para la partida, Tom, después de pedir a su padrino que le permitiese despedirse otra vez de Mariucha, salió corriendo en busca de ella; mas el destino, que es muy cruel, no le otorgó este justo deseo. La niña

había partido con sus padres para visitar a unos parientes en la aldea vecina.

—Pero ha dejado esto para ti—agregó la mujer que le abrió la puerta.

Y al decir de este modo, le entregó un pequeño papel escrito y un paquete muy bien envuelto y atado. Luego la puerta volvió a cerrarse.

Tom sintió que la casa le daba vueltas y que todo en su rededor estaba desolado y vecío como un desierto. ¡Conque iba a partir sin volver a ver a su amiga?... ¡Qué dolor!

Pero era preciso saber lo que decía ese papel. Temblando, lo desdobló y leyó en silencio lo que sigue:

«Querido Tom: Estoy muy triste de que te vayas, pero me alegro si es por tu bien. Ojalá que no te olvides de tu amiga Mariucha; y como aseguraste que harías a ciegas lo que te dijese un buho, te dejo el mío para que te lo lleves, pues le he encargado que te aconseje cosas buenas y que te haga volver algún día. Te abraza con mucho cariño

MARIUCHA.»

Tom sintió que las lágrimas le corrían ya por las mejillas. La carta, el buho, todo estaba empapado... ¡Qué iba a decir su padrino al verle en ese estado lastimoso? Pero no era posible contenerse. Tom se recargó en el muro, y al arrimo de la pa-

rra que lo sombreaba, descargó por algún tiempo su llanto, como lluvia contenida que al fin rompe las nubes y cae a torrentes...

Pero no podía pasarse allí la vida; era preciso que volviese a su casa. Guardó el papel en la blusa obscura y, enjugándose los ojos cuidadosamente, se dirigió hacia la verja que separaba su jardín de la calle. En él estaba ya el tío Lucas esperándole.

—Partamos, hijo mío, que apenas tenemos tiempo...

Tom, de dos saltos, se internó en la salita y luego entró en la alcoba. ¿Qué iba a hacer? Una cosa tan sólo: dar un último vistazo al hogar que abandonaba. Salía y entraba por todas partes, como alguien que busca un objeto perdido.

—¡Hijo mío!—gritó de nuevo el tío Lucas, asegurando con fuerza el maletín que llevaba en la mano—. Ven de prisa, que el tren se nos escapa.

Tapándose la boca para reprimir el sollozo, corrió hacia afuera, llevando en los ojos el recuerdo de su lecho de niño, colocado en el rincón bajo una hermosa estampa del arcángel San Gabriel. ¡Todo se había perdido!...

Ese fué verdaderamente el último instante de la niñez de Tom, porque después, ya solo en el tren, sin el tío Lucas, sin Mariucha, sin su aldea, se sintió como con alma y cuerpo ajenos. Tom era ya un nuevo personaje que se encaminaba a su nuevo destino. El niño se había quedado atrás...

Cuatro días después, tenía ya su cuarto en la hermosa casa del cortador Varidel, que efectivamente se hallaba en calle muy principal.

Los salones para la prueba de trajes parecían de castillo encantado: estaban adornados con altísimas plantas, y en los muros había gigantescos espejos con marcos florentinos.

Varidel era un completo caballero, vestido irreprochablemente.

—Me alegro mucho—había dicho a Tom cuando le vió llegar—, me alegro mucho de que vengas a trabajar conmigo. Has de saber que soy paisano tuyo, porque nací en tu pueblo. Tus padres y tu padrino fueron amigos que mucho quise; algunos favores les debí. Mis hijos son de esta corte, pues hace veinte años que yo vivo aquí; pero quiero con toda el alma lo de allá. Así, pondré gran empeño en formarte, y haré de ti un buen cortador. ¿Tienes alguna disposición para esto?

—No lo sé—habíale respondido Tom, mirándose con timidez la blusilla mal forjada que llevaba encima—. Nunca he cortado trapo alguno con las tijeras.

Varidel, que era de buena pasta, sonrió.

—Tienes razón, hijo mío. ¿Cómo lo has de saber? Pero con inteligencia se aprende todo. Espero que en pocos años serás mi mejor oficial en el taller.

Un mes más tarde, nadie que hubiese llegado del pueblo habría reconocido al aldeanillo Tom en

aquel muchacho que iba y venía por los salones de prueba, llevando en el brazo lujosas prendas de vestir, y vestido él mismo con elegancia y distinción.

Ninguno mejor que Tom para cobrar las cuentas y recorrer la ciudad en todas direcciones sin equivocarse jamás el rumbo. Nadie como él para apuntar con exactitud las medidas de las prendas que había que hacer. Un mes tan sólo, y ya Varidel, que no encontraba indispensable a nadie, no se la pasaba sin tener a su lado a Tom.

Había comenzado a enseñarle el corte, y Tom, cuya disposición era general, en poquísimos tiempos se hizo cargo del número de piezas que forman una casaca y de las que constituyen un pantalón. Sabía ya perfectamente doblar la tela según el molde lo pedía y cortar cuatro o seis delanteros a la vez. Ninguna mano tan segura como la suya para dibujar con el jabón sobre el paño; para señalar las rectificaciones, para indicar los ajustes, para marcar las pestañas, para planchar las costuras. Su habilidad en todo lo que era de manos y de inteligencia saltaba a la vista.

En pocos meses Tom se había hecho indispensable no sólo en el taller, sino en la misma casa del gran cortador. Su mujer le encomendaba el desempeño de asuntos delicados; sus dos hijos, Raúl y Rubén, le pedían consejo para todo, y su hija Gloria, algo mayor que Tom, le hacía también mil encomiendas: la compra de esta o aquella cinta,

algún pasador para el cabello, algún perfume, tal o cual juguetero para el tocador...

Tom no podía quejarse del trato de Varidel y de su familia: todos parecían quererle bien.

El tiempo se había deslizado furtivamente, como ratoncillo que se acoge a los rincones; porque el tiempo es así; nadie le mira correr, nadie nota sus excursiones a un solo sitio, sino cuando ya devoró las mejores hojas de un libro adorado, o cuando ya se llevó a otro lugar lo que era parte de nuestra vida... Sólo así se explicaba que Tom, pasados algunos años, hubiese dejado de tener la vista fija en el pueblo natal y se hubiera convertido en un mozo risueño y bien trajeado, que sabía llevar los cabellos a la moda y pasar las tardes de los domingos ya en el teatro o ya en algún paseo por el campo, invitado amablemente por la familia Varidel.

Mucho tiempo hacía ya que el tío Lucas descansaba a la sombra de un árbol en el cementerio del pueblo; pero antes de morir supo bien, por las frecuentes cartas de Varidel y de Tom, y hasta por los tres o cuatro viajes que hizo él mismo a la corte, que su sobrino era ya un mozo de provecho, listo para trabajar por su propia cuenta si así lo deseaba. Gracias a esto, aquel buen viejo pudo cerrar los ojos con tranquilidad completa. ¡Pobre tío Lucas! Tom envió una suma regular para los gastos del entierro, mandando decir por su alma algunas misas, durante las cuales el sobrino derra-

mó sinceras lágrimas por aquel buen hombre que había sido como su padre.

Después, el tiempo, ese tiempo ingrato que va corroyendo en el corazón y en la mente los antiguos sentimientos y los recuerdos lejanos, borró casi por completo el pasado de Tom.

Además, el mozo no tenía ya tiempo para sentarse en una silla a recordar los pormenores de su infancia; su vida estaba llena en todos los momentos. Durante el día, su trabajo en la Casa de Varidel, y por la noche, sus asuntos propios: arreglar apuntes y papeles, estudiar contabilidad, practicar en la máquina de escribir, aprender francés e inglés, dos idiomas que a Varidel le habían abierto muchas puertas; en fin, tantas cosas que era preciso ordenar, dirigir, disponer...

Tom tenía ya en el Banco una buena suma ahorrada, pues su proyecto era instalarse por su propia cuenta. Todas estas cosas le obligaban a vivir la vida de presente. El no sabía lo que era ir por la calle con el paso mesurado, deteniéndose de cuando en cuando ante este o aquel escaparate para contemplar tanta cosa hermosa como se expone a diario en ellos; su marcha era precipitada, violenta, y más de una vez derribó en la acera a algún viandante distraído.

Le parecía que así, apresurándose en todo, llegaba más prontamente a la meta de sus planes. Era preciso instalarse ya y ser un hombre; porque a pesar de la gran altura que medía y del hermoso

bigote rubio que llevaba con tanta seriedad, Tom no quería juzgarse un hombre sino hasta que ya estuviese trabajando por su propia cuenta. Y a eso se debía la precipitación con que iba por la vida.

Hasta cuando estaba en el campo con Varidel y su familia hubiera querido que las horas volasen. La campiña, sin embargo, convidaba a la contemplación; una vereda de sauces se dibujaba a lo lejos, cruzada a veces por pastores que conducían sus rebaños, o por grupos de aldeanos que pasaban cantando en coro. La distancia dulcificaba aquella música, y una honda poesía se extendía por todas partes. El mismo Varidel, que era un hombre práctico, se abandonaba a la dulzura y paz que ofrecían esos momentos, y hasta Gloria, su hija, que por naturaleza era dada a las expansiones joviales, guardaba silencio para gozar de esos instantes. Pero Tom, aunque percibía mejor que todos aquel ambiente de belleza delicada, no cesaba de exclamar para sí:

—Aun no tienes derecho a recrearte; hazte un hombre, y entonces podrás gozar de las cosas.

Y como casi nunca son vanos los esfuerzos que se dirigen a alcanzar un objeto que depende de la constancia, del orden y de la economía, Tom logró por fin la realización de sus proyectos.

Los vecinos de la calle Mayor vieron una mañana levantarse las cortinas de un gran escaparate donde había varios maniqués de caballero,

vestidos de un modo irreprochable. Las telas estaban llenas de novedad y dispuestas hábilmente para que los dibujos y los tonos lucieran. Las prendas parecían pintadas, porque en ellas no se advertía por ninguna parte la menor arruga; su corte era la última palabra de la moda y la elegancia, y hasta las mismas costuras desaparecían, debido a la presión eficaz de una plancha de nuevo invento que se aplicaba por primera vez en la ciudad. Aquel escaparate era la revelación de que un sastre artista ofrecía sus trabajos al público; y ese sastre era Tom. El mozo había logrado por fin su mayor anhelo. Y no hay para qué decir que comenzó su negocio con estrella propicia. La vitrina hablaba claramente de lo que era capaz el jefe y dueño de esa casa; y la clientela acudió al instante.

Varidel, que era un hombre honradísimo, estaba encantado del éxito, y el día de la apertura de la nueva sastrería obsequió a su empleado con un banquete muy ruidoso.

Tom abandonó la Casa de Varidel y se instaló modesta y juiciosamente en un departamento amueblado que había cerca de su tienda.

—¡Pobre tío Lucas!—solía exclamar el mozo cada vez que una fuerte suma caía en su caja—. Yo le hubiese traído a vivir conmigo, para pagarle en algo lo mucho que por mí se afanó y lo mucho que me quiso. Gracias a su previsión, he podido por fin hacerme un hombre de verdad...

Y lágrimas de gratitud humedecían sus mejillas.

—En efecto—decíale algún amigo—; hubiera sido muy justo que ese venerable viejo estuviese aquí prestándote compañía; pero sólo Dios sabe por qué no permitió una cosa que tan natural parece. Ahora, lo que te conviene más bien, es casarte. Necesitas alguien que además de ofrecerte grata compañía, vigile los intereses del hogar.

Tom asentía con la cabeza, y la vida seguía su curso natural.

Meses después, una noche en que el nuevo cortador había pasado la velada con los Varidel, el jefe de la Casa le llamó a su despacho cuando ya se despedía.

—Mira—le dijo—, deseo manifestarte una idea que me ha venido. Sabes de sobra que mi hija Gloria es un modelo de bondad y de juicio. Pues bien: yo te la ofrezco por esposa. No me des una respuesta inmediata, porque tanto me preocuparía que formularas al instante un *sí* como un *no*. Esas cosas tan serias, que sólo se hacen una vez en la vida, deben pensarse concienzudamente. Medítalo, pues, reflexiónalo, estúdialo, y ya me dirás tu respuesta. Gloria ignora mis proyectos.

El joven iba a decir alguna cosa, pero Varidel puso inmediatamente una mano sobre los labios de Tom, y éste se vió forzado a callar. Guardó, pues, silencio, y pudo observar al partir lo que nunca antes de entonces había observado: que Glo-

ria era una joven verdaderamente linda, con la cabellera ensortijada, el cuerpo fino y flexible y el rostro risueño.

Una vez que Tom estuvo ya tranquilo en su casa, se dió a pensar en las inesperadas proposiciones que Varidel acababa de hacerle. Efectivamente, Gloria le convenía para esposa. Era una joven bellísima, llena, además, de innumerables cualidades. La casa estaría perfectamente dirigida por ella, y él podría dedicarse con toda tranquilidad a los negocios de su tienda. No era posible, no, seguir en aquella existencia solitaria. Todos tenían una familia; solamente él iba pasando los años en la soledad más completa. Y si la vejez llegaba, o la muerte, ¡qué triste sería que le sorprendiera de ese modo, como un paria, como un postergado, como un abandonado!... No; no era posible continuar esa vida. Sería preciso casarse; era necesario decir a Varidel que sus proposiciones habían sido aceptadas.

Y para responder como debía, consultó las libretas del Banco y los cuadernos de las cuentas, con objeto de saber exactamente a cuánto ascendían sus haberes; hecho esto, que buen tiempo le llevó, arregló sus papeles y apuntes, calculó los gastos que un nuevo estado podía ocasionarle, sumó, restó, dividió, garabateó con lápiz y con pluma sobre muchos y muy variados papeles, y acabó por levantarse de la silla para ir hacia el armario en busca de algunos documentos importantes, entre

ellos su fe de bautismo. Era necesario prepararla, porque sin ella nada se haría.

Tom removió cajones, desató paquetes, hurgó dentro de los baúles; pero aquel papel no aparecía por ninguna parte. De pronto, las manos atareadas del mozo tropezaron en el fondo del armario con un objeto duro que se resistía a salir. ¿Qué podía ser? El joven lo asió fuertemente y lo arrastró para sacarlo a la luz: era un pájaro de madera, un buho. ¿Un buho?... ¿Pero de dónde había podido venir a sus manos un animalejo semejante?... La luz de un recuerdo le hirió de pronto la mente: era un buho tallado por él mismo en su infancia; era un buho que había labrado para... ¿para quién?... ¡Ah, sí! La luz de otro recuerdo llegó a refrescarle la memoria, poniéndole delante a Mariucha, la compañera de sus juegos. Sí, para ella había sido tallado ese buho.

Y Tom, encaminado de pronto hacia las memorias de la infancia, con el buho apretado en la mano, comenzó a pasar revista al viejo tiempo. Su aldea, su casa, la de Mariucha, el bosque donde los dos amigos cazaban mariposas y cogían gorrioncillos; el bosque donde erraban los dos en santa libertad, observando las hormigas y poniendo trampas para los camaleones... todo se le presentaba claro y fresco, lo mismo que antaño... ¿Qué existencia aquella, en pleno aire libre, dorada por el sol, mecida por los fuertes vientos, perfumada por todas las esencias de los árboles!... Tom, sintiendo

que las lágrimas le subían a los ojos, se dejó caer en un sillón para llorar a gusto, y volvió a pasar revista a todo, recordando al tío Lucas, la última vez que le tuvo en los brazos allá en el pueblo, junto a la verja del jardinillo, la última vez que contempló también su aldea natal, la última vez que vió a Mariucha... La niña tenía en esa noche un delantal color de lila, salpicado de florecillas blancas... Y no había vuelto a verla. Tom recordó a su amiga tal como estaba entonces: pequeña, con las manos diminutas, con los cabellos sueltos, con los grandes ojos cargados de preguntas... ¡Ah, qué mal amigo había sido Tom al no volver a acordarse de ella! Aunque pequeña de cuerpo y de manos, Mariucha tenía un gran corazón que se dolía de los animalejos muertos y de las mariposas cautivas. ¡Y no haber vuelto a escribirle!... Sería preciso reparar el daño. Tom le escribiría muy pronto para notificarle su casamiento con Gloria. ¡Cómo se alegraría de saber todo eso!...

El joven, siempre reclinado en el sillón, y con el buho en la mano, sintió de pronto que sus ojos comenzaban a cerrarse... ¿Era que el sueño le invadía?... No; aunque los objetos parecían huír muy lejos, Tom oía claramente la voz del buho... Sí, sí: la voz del buho, que hablaba y decía de este modo:

—La ciudad te ha cambiado, viejo amigo; pero Mariucha, que no es ya la niña pequeña de otro tiempo, sino una hermosa joven llena de encanto

y muy discreta, te espera en el pueblo para casarse contigo, porque ella no ha dejado de quererte nunca...

Tom se estremeció en la silla, se pasó la mano por los ojos y fijó sus miradas en el buho. ¿Acababa de hablar el pájaro efectivamente?... Era indudable que no; todo había sido un sueño. Pero Mariucha... Mariucha... ¿sería verdad que le quería, que le aguardaba en el pueblo?...

Una repentina ansiedad le hizo levantarse de la silla y dar algunos pasos por la alcoba, como si los pies le pidiesen que se encaminara ya hacia la aldea para ir en busca de su amiga.

Y como si aquello hubiera sido una orden dada por un sér invisible, Tom, bañado completamente por los recuerdos de la infancia, influído en lo absoluto por ellos, y con un deseo poderoso, invencible, de verse con su amiga, de saber qué era de ella, de hablarle, de volver a vivir por algunos momentos su antigua vida, tomó de pronto esta resolución: marcharse al pueblo y buscar a Mariucha.

Durante esa noche no pudo Tom cerrar los ojos ni conciliar el sueño. Su amiga, convertida ya en mujer, estaba a cada momento junto de él para recordarle mil escenas lejanas: cómo habían educado entre los dos un ratoncillo del campo, cómo se habían construído una pequeña casa con piedras y ramas de encino, cómo saboreaban juntos dentro de ella la deliciosa merienda de la tarde...

Aquella cascada impetuosa de recuerdos tenía casi ahogado a Tom; los sollozos le subieron más de una vez a la garganta. ¿Cómo había podido vivir tantos años sin alimentarse con todo aquello, sin probar ese pan, que era el pan del sentimiento y de la dicha? No; había que repararlo todo. ¿Qué tenía él que ver con la ciudad? Sus raíces estaban en la aldea. Allí estaban sus padres enterrados; allí se hallaba el tío Lucas; allí había transcurrido su primera existencia; allí moraba su única amiga... Era preciso ir a buscarla inmediatamente.

Los albores del amanecer encontraron al mozo despierto aún. Sin esperar a más, comenzó a preparar una maleta de viaje, dentro de la cual introdujo el buho; tomó un frugal desayuno, mandó llamar a su empleado principal y, después de encargarle que se hiciese un completo cargo de la tienda mientras él volvía, salió precipitadamente rumbo a la estación, compró un billete para el pueblo natal y se metió en el tren.

No le pareció tan largo el viaje cuando salió de su terruño; pero en esta ocasión lo encontraba interminable. De bruces en la ventanilla, miraba atentamente los árboles que iban pasando, mientras devanaba ideas y formaba planes. Después, fatigado de tanto cavilar, se reclinó en el respaldo del asiento y procuró calmarse, contemplando de tiempo en tiempo los horizontes rosados y el cielo azul, punteado a veces por bandadas de pá-

jaros. Ya por la tarde, el ansia le obligó a bajarse en cierta estación para dar algunos pasos. Iba y venía precipitadamente, cuando un mozo copulento se acercó a abrazarle.

—¡Cómo! ¿Eres tú, querido Tom? ¿Y hacia dónde te diriges?

—Voy al pueblo—díjole el cortador, pagando con efusión aquel abrazo—. Yo no he vuelto allí desde que era niño. ¡Cuánto me alegra encontrar-te! Pero tú si habrás estado en nuestra tierra, ¿no es eso?

—Tampoco he vuelto—respondió el amigo—; pero vivo de lo de allá, porque mis compañeros de infancia me escriben a menudo.

—En ese caso sabrás muy bien dar razón de todos los que viven en la aldea.

—¡Ya lo creo!—respondió con énfasis el mozo— Me sé al dedillo la lista de sus habitantes.

—Entonces—dijo con timidez nuestro amigo Tom—, entonces... podrás quizá decirme...

Pero no concluyó de formular su pregunta, porque la campana de la máquina anunció que el tren partía de nuevo, y los dos amigos tuvieron que separarse violentamente para subir a sus respectivos compartimientos.

Mas al detenerse otra vez la máquina en la próxima estación, que era la penúltima del viaje, los dos camaradas volvieron a buscarse en el andén.

—Estoy a tus órdenes—dijo a Tom su amigo—. ¿Por quién deseabas preguntarme?

—Pues... por una niña... es decir, por una joven que se llama... Mariucha del Bosque... ¿Sabes de ella?

—Mi querido Tom—respondióle el mozo—. ¿Tienes mucho interés por enterarte de la verdad?

—Sí—dijo Tom—; el mayor interés que puede existir en la vida.

—Siento mucho entonces no poder decirte alguna cosa lisonjera, porque según llegó hace tiempo a mis noticias, esa pobre joven... ¡vamos!... ¿no lo comprendes?... La infeliz Mariucha... hace ya algunos años que está enterrada...

Si el silbato de la máquina no hubiera lanzado en ese momento un alarido estridente, los pasajeros habrían podido escuchar el doloroso grito de Tom. Su amigo le cogió violentamente por los brazos y lo arrojó dentro del compartimiento, como un paquete inútil que va al azar, sin motivo y sin dueño. Pero el tren, que sí sabía adónde iba, corrió vertiginosamente, lo mismo que un prófugo perseguido.

—¿Para qué haber hecho semejante viaje? —preguntábase Tom, abatido y desmoralizado, mientras el tren lo arrastraba hacia el pueblo—. ¿Qué atractivo puede ya tener para mí ese pedazo de tierra?...

Pero como no iba a detener el tren, ni menos a bajarse en la soledad de la planicie, el pobre mozo se vió forzado a continuar el viaje.

¡Qué cosas de la vida! El día anterior ¡tan tran-

quilo, tan lleno de proyectos halagadores, tan henchido de esperanzas! Y poco después ¡qué amargura, qué desaliento, qué gran desilusión de todo!... ¡Para qué una hermosa tienda? ¡Para qué las comodidades? ¡Para qué los afanes y los proyectos? ¡Qué aliciente podían ya tener esas cosas? ¡Cuál era la recompensa de todo?...

Tom vió extenderse ante sí un inmenso vacío, como un cielo plomizo y sin horizontes... Hundió la cabeza entre las manos y se dejó arrastrar por la máquina, que parecía ser su terrible destino empeñado en llevarle hacia la desesperanza más negra.

De pronto, sintió que alguien le tocaba el hombro. Alzó los ojos y se encontró con otro paisano suyo.

—He venido luchando por reconocerte, hasta que por fin me he convencido de que eres tú. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué llevas esa cara tan triste?

Los dos amigos se abrazaron, y Tom contó despacio la dolorosa impresión que le había causado saber la muerte de Mariucha del Bosque, «porque era una amiga que él estimaba demasiado...»

—¿Mariucha del Bosque?... ¡Pero si la pobre Mariucha no ha pensado en morirse! Precisamente hace unos meses que recibí cartas del pueblo, y en ellas me hablaban de Mariucha.

—¡Es posible!—gritó con regocijo Tom, poniéndose en pie—. ¿Es posible?... ¡Conque no ha muerto Mariucha?

—¡Pero qué va a morir!—dijo el amigo—. Por el contrario, ha querido entrar a nueva vida, puesto que se ha casado...

Tom volvió a caer en el asiento, herido por un nuevo golpe. No sabía ya qué era peor, si el que se hubiese muerto o el que se hubiera casado...

En aquel momento el tren paraba en la estación final, y la gente se atropellaba por salir. El paisano de Tom le abrazó violentamente, y, sin darse cuenta del estado en que le dejaba, se echó a buscar sus maletines y bajó con ellos a toda prisa, perdiéndose bien pronto entre la gente que se amontonaba afuera.

Tentado estuvo Tom de no salir del tren, pensando que sería mejor quedarse allí escondido, como gato que se mete en alguna madriguera para huir de la persecución y los palos... Pero tendrían que tomarle por loco los que allí le vieran. Era preciso, pues, salir cuanto antes y hacer lo que hacían los demás.

Mientras recogía la maleta y cambiaba su gorra de viaje por un sombrero, se trazaba el plan que debía seguir, obligado por lo imprevisto. Entraría en el pueblo sin darse a conocer y sin buscar a nadie. Se instalaría en cualquiera casa de viajeros; visitaría el cementerio para rezar algunas preces sobre las tumbas de sus padres y del tío Lucas; volvería después a su albergue para pasar allí la noche, y al día siguiente, muy temprano, tomaría de nuevo el tren y se volvería a su casa.

Pero, ¡ay!, quizá más triste aun que el pueblo, encontraría de regreso la ciudad... No había ya un rincón para él... ¡Todo estaba perdido!...

Iba a ocultarse el rostro con las manos, invadido por la más negra desesperanza, cuando advirtió que un empleado comenzaba ya a bajar los vidrios y a sacudir los asientos del vagón.

Tom cerró violentamente la maleta y salió con ella del tren.

—Caballero—le dijo un chiquillo en las puertas de la estación—, me ofrezco a llevar el maletín.

Tom lo puso en sus manos, y el chiquillo preguntó:

—¿Hacia dónde quiere el señor que le conduzca?

—Llévame—le dijo Tom—a la posada que esté más cerca de aquí, pues me siento muy cansado y deseo recogerme cuanto antes.

El chicuelo tomó la delantera, y Tom marchó detrás casi sin levantar los ojos, sintiendo una emoción profunda.

—No tengo valor para ver mi pueblo—se dijo—y no lo veré.

Como un ciego, pues, recorrió las pocas calles que había de la estación a la posada, pagó al chiquillo y entró en el ancho zaguán de aquella casa.

Una joven que arreglaba las enredaderas en el corredor se adelantó para recibirle.

—Deseo pasar la noche aquí—dijo Tom—. Si hay una alcoba disponible...

—Puede el señor contar con ella—respondió la

joven, abandonando las tijeras de podar y disponiéndose a atender al recién venido—. Mas habrá que inscribir el nombre del viajero en el libro de la Casa—agregó—. Pasemos por aquí.

La joven condujo al huésped a la modesta salita de recibo, sacó del cajón de una mesa un gran infolio, mojó la pluma en el tintero y preguntó cortésmente:

—¿El nombre del señor?...

—Mi nombre es Tom Rivera...

—¿Tom Rivera?—repitió la joven con gran asombro y con dulcísima voz—. Así se llamaba un amigo de mi infancia...

—¿Es posible?... ¿Hay otra persona que se llama como yo?

—¿Y por qué no había de ser la misma?—dijo la joven, clavando sus bellos ojos en el viajero—. Hasta creo observar en el señor rasgos muy claros de que es él la persona a quien hago referencia... Quizá mi nombre lo aclarase todo... si es que el señor tiene buena memoria.

—¿Cuál es ese nombre?—dijo Tom con ansiedad.

—Mariucha del Bosque...

—¡Mariucha querida! ¿Eres tú?...—gritóle Tom sin poder contenerse—. ¡La amiga preferida de mi infancia, y a la que vengo a buscar!...

Le había tendido la mano y estrechaba la suya con efusión. En su sorpresa habíase olvidado el mozo de que un marido era ya el único dueño de la hermosa prenda que tenía delante; pero vol-

viendo de pronto a la triste verdad, exclamó con desencanto:

—Perdona mis ímpetus efusivos; olvidaba completamente que puede no agradar a tu esposo...

—¡Cómo a mi esposo!—exclamó Mariucha con un grito más argentino que una campana de oro—. ¡Pero si yo no soy casada! ¿Quién ha podido decir semejante tontería?

Tom no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡Conque Mariucha no se había casado! ¡Conque estaba más libre que el viento! Y esto aún, lo más delicioso: ¡conque ella, su amiga de la infancia, era aquella joven bellísima, cuyos ojos le veían en un éxtasis?...

—Pues mira—le dijo Tom—, ya te contaré despacio las diversas y tristes versiones que sobre ti he sabido en el camino; pero lo que ahora importa que sepas es el motivo que me trae al pueblo, y que es uno solo: pedir tu mano para llevarte conmigo.

—¿Es posible tal cosa?—exclamó Mariucha transportada de júbilo—. ¡Conque al fin se cumplió mi anhelo?...

—¿Tu anhelo?—preguntóle Tom, arrobado.

—Sí, mi anhelo—repitió con firmeza Mariucha—, porque como yo nunca he dejado de quererte...

¡Luego era verdad lo que el buho de madera había revelado la víspera!... Parecíale a Tom estar oyendo las palabras del ave: «Mariucha es ya una

hermosa joven, llena de encanto, que te espera en el pueblo natal para casarse contigo, porque ella no ha dejado nunca de quererte...»

—¡Si tú adivinaras, Mariucha, cómo he sabido yo que me querías aún y que me esperabas!...

—Cuéntamelo todo—rogó la joven.

Y Tom, extasiado, contó a su amiga cómo al tomar el buho en sus manos cierta vez, el ave le aconsejó que fuese al pueblo por su amiga.

—Veo—dijo Mariucha—que el buho cumplió fielmente con mi encargo.

—¿Con tu encargo?...

—Sí, con él. ¿No recuerdas ya mi última carta? Mira, aquí guardo el borrador. Es la carta ingenua, pero seria, de una chiquilla.

Y Mariucha, sacando de un pequeño cajón un papelillo arrugado, leyó con su voz dulcísima:

«Querido Tom: Estoy muy triste de que te vayas; pero me alegro si es por tu bien. Ojalá que no te olvides de tu amiga Mariucha; y como dijiste que harías a ciegas lo que te dijese un buho, te dejo el ^mmío para que te lo lleves, pues le he encargado que te aconseje cosas buenas y que te haga volver algún día...»

—Ya ves—continuó Mariucha—que ese buho llevaba un serio encargo.

—Es verdad—dijo Tom—. Ha cumplido con él a maravilla. Parece increíble...

Y emocionado por la lectura de ese papel que acababa de refrescarle más vivamente aún el recuerdo tristísimo de aquella tarde en que salió del pueblo con el corazón destrozado, sin haber podido siquiera despedirse de su amiga, Tom, impresionado, dejó escapar un suspiro doloroso.

Pero la dulce voz le llevó nuevamente a la dicha actual.

—Y dime, querido Tom, ¿conservas aún el buho?

Por toda respuesta, el viajero se inclinó sobre el maletín que llevaba, hurgó unos instantes dentro de él, y sacó el animalejo.

—Aquí lo tienes.

Entonces tocó su vez a Mariucha para que en sus ojos temblasen las lágrimas...

—¡Querido y fiel consejero!—repetía dirigiéndose al buho—. Tendré que ponerte en jaula de oro para que me acompañes de por vida...

Luego volvió sus ojos asombrados hacia Tom, repitiendo emocionada:

—¡Parece mentira todo!...

Y así, frente a frente los dos, y conmovidos hasta lo indecible, les sorprendió de pronto la señora Angélica.

—Nada te extrañe, madre mía—dijo al instante Mariucha—. Este caballero que aquí ves no es otro que Tom Rivera, nuestro viejo amigo, que viene a pedir mi mano...

La señora Angélica se arrojó en los brazos del

viejo amigo, y éste contó en un momento cómo era ya un buen cortador de la escuela Varidel y cómo había llegado por fin a reunir una bella suma y a instalar una elegante casa de la que era dueño.

—Lo dije yo también—exclamó la señora Angélica—. De sobra repetí que los años correrían y que el día menos pensado veríamos a ese chiquillo hecho un hombre y hasta convertido en un caballero elegante, porque aprendiendo a cortar y a vestirse en casa de Varidel no podría ser de otro modo...

—Pues bien—dijo Tom—. Las predicciones de todos se han cumplido: aquí está de vuelta el caballero, y viene a pedir la mano de Mariucha.

Por toda respuesta, la señora Angélica volvió a arrojarle en los brazos de Tom, lo cual significaba el pleno consentimiento para la boda.

Y un mes después, Tom y Mariucha, casados ya, se instalaban alegremente en un pequeño departamento cerca de la tienda del gran cortador.

Y cuando algún vecino del pueblo partía para la ciudad y pedía las señas de la feliz morada de los esposos, se le respondía invariablemente, después de citar la calle y el número:

—Su casa tiene dos balcones: en el uno hay crisantemos, y en el otro, una jaula dorada con un buho...

Madrid.

INDICE

	<u>Pesetas.</u>
El ardid.....	7
El misterio de su muerte.....	25
La historia de un ramo.....	67
Laura y su orgullo.....	85
El nuevo pretendiente.....	101
El retrato.....	109
La glorieta de los jacintos.....	125
Resultados de una caricatura.....	135
Cómo es mi vecino.....	147
El consejo del buho.....	161



Date Due

Ag 15 '39

OCT 18 '55



863.6
C17e

863.6 C17E



a39001



008169941b

74521

